

ELIZABETH BOWMAN

LA CONSTANCIA DEL MAR

*Un corazón que sobrevive al olvido
solo para descubrir que
lo más peligroso
no es perder el amor,
sino volver a encontrarlo.*

Bowman, Elizabeth

La constancia del mar / Elizabeth Bowman. - 1a ed. - San Martín : Vestales, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-6854-04-9

1. Novelas Románticas. 2. Novelas Históricas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2026.

© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-631-6854-04-9

Primera edición en libro electrónico (epub): Agosto 2026

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi querida Miriam Bonardini,
de Paisaje.de.libros,
incansable lectora y maravillosa persona.
Gracias por ser inspiración.*

PRÓLOGO

Mershaw Cottage, Smallton,
condado de Hampshire, 1795.

Primero, fue consciente del intenso picor *in crescendo* detrás de los párpados; después, percibió el grosor de las lágrimas que ya le velaban los ojos y danzaban intrépidas en el arco oscuro de las pestañas.

El papel vitela, sostenido a media altura bajo la luz titilante de la palmatoria, temblaba entre sus dedos del mismo modo que lo hacía la trémula flama.

De ese modo, con la mirada velada por las lágrimas y el pulso poco confiable, leyó en su cabeza:

“Señorita Everglott...”

Ese comienzo extraño, por formal y displicente, azuzó un repentino ejército de hormigas en su estómago y alertó sus sentidos.

“¿Señorita Everglott?” ¿Desde cuándo era “señorita Everglott” para él cuando siempre había sido Myriam o, incluso, Myri?

Con el corazón en un puño, el estómago en revolución y la carta oscilando en su mano incierta, continuó deslizando la mirada por las líneas que parecían no pretender otra cosa más que lastimar su corazón:

Estas letras, que han de ser las últimas que usted reciba de mí, soportan la responsabilidad de anoticiarla del estado real de mis afectos, y de lo diferentes que son estos hoy en día con respecto a lo que fueron en el pasado...

Tragó saliva para deshacer el nudo seco y apretado que atoraba su garganta.

Una, dos y hasta tres veces.

Pero el nudo continuaba allí, duro e inamovible.

Esas no parecían las mismas letras, ni tampoco parecían haber sido escritas con el mismo sentimiento que las de hermosa y varonil caligrafía que componían el grueso atado de cartas guardadas como el más valioso de los tesoros en el fondo de su *bureau*.

Escaso el aliento, consciente del nefasto abismo al que ambicionaban orillarla las líneas oscuras, continuó leyendo, aunque no fue capaz ya de centrarse ni de distinguir los trazos con nitidez.

Tan solo breves retales de verbo, palpitantes e hirientes, acudían a su magín para resonar una y otra vez a modo de martirizante eco:

Lamento comunicarle que mis afectos han sido trasladados a otra parte y, a estas alturas, pertenecen por completo a otro corazón,

Jadeó, se sentía al borde del desmayo mientras su corazón –el corazón que no mencionaba la carta– golpeaba con furia la carcasa ósea que lo abrigaba.

Ya no eran simples letras palpitando sobre el papel, sino que era él, él en persona quien hablaba desde la distancia, apuñalando su sensibilidad, su alma y su ser entero al expresarse de ese modo.

Una lágrima, una sola en realidad, abandonó el lecho que la acunaba para deslizarse rauda y descarada por la mejilla hasta morir en la comisura temblorosa del labio.

Dejó caer la mano a un costado del lecho, con la carta todavía entre los dedos, mientras la otra mano acudía a la frente para tratar de aliviar el repentino sudor frío que la perlaba.

La mirada permanecía fija e inmóvil en la pared mientras un frío acerado ascendía por los pies para asentarse en el lugar donde el corazón, último vestigio de vida en ese sayo desvanecido, golpeaba con saña.

¿En qué momento había sucedido? ¿En qué momento sus afectos habían sido trasladados a otra parte?

Cierto que había transcurrido algo más de medio año desde su última carta, pero ella, ingenuamente, atribuyó semejante abandono a los exigentes estudios de Derecho en Eton, consolada por la certeza de que pronto se licenciaria y regresaría para pedir su mano en matrimonio, tal y como habían proyectado.

Tal y como habían proyectado...

Una náusea repentina le embistió las entrañas, lo que la obligó a doblarse sobre sí misma y arrojar a un lado todo el contenido de su estómago, que le quemó la garganta con la violencia del magma al

explotar hacia el exterior a través de la apertura volcánica. Ella misma se dejó caer, incapaz ya de sostenerse sentada, resbalando por el colchón hasta terminar en el suelo.

Las lágrimas, consecuencia del violento esfuerzo, se entremezclaron con las provocadas por el terrible sufrimiento que asolaba su alma, mientras su cuerpo entero se arqueaba entre estertores a causa del terrible dolor que lo acometía.

Esa carta, esas letras, esa certeza: suponían el fin de su vida, de sus ilusiones y de cualquier esperanza fraguada durante tantos años de espera y devoción.

Arrodillada en el suelo de tabla, con los brazos ejerciendo de apoyo a ambos lados del cuerpo y la cabeza hundida entre los hombros, convulsionando en llanto y miseria, asumió que jamás hasta entonces habría pensado que su vida podría terminar con apenas diecisiete años.

CAPÍTULO 1

Mershaw Cottage, diez años después.

Myriam sonrió mientras observaba a sus pequeños sobrinos corretear por el jardín entre risas, grititos y cabriolas disparatadas.

De vez en cuando, adornaba todo ese pintoresco y bullicioso espectáculo una pelota que se escapaba oportunamente de su trayectoria para acabar demasiado cerca de donde Myriam permanecía sentada, bajo la sombra de un manzano.

Obediente y feliz, Myriam devolvía la pelota a los pequeños, consciente de que, más pronto que tarde, el juguete regresaría a ella, y así sucesivamente hasta que los chiquillos se agotaran o se aburrieran de tal actividad, puesto que la amorosa tía estaba más que dispuesta a seguirles el juego hasta la extenuación.

Embelesada con la feliz escena y con el bucólico escenario del que formaban parte, suspiró de forma lenta y prolongada, hasta rematar el suspiro con una sonrisa radiante que elevó sus pómulos e hizo brillar de dicha su verde iris.

El sol de finales de agosto descendía sobre la campiña con una tibieza deliciosa. Ornaba a sus generosos rayos una agradable brisa que mecía dulcemente la hierba y agitaba los cabellos castaños de la muchacha.

En volandas de dicha brisa, llegaban hasta ella los aromas de la hierbabuena que crecía a lo largo del jardín o la madreSelva que se desplegaba sobre el vallado que cerraba la propiedad; también se escuchaba con facilidad el cántico de los pajarillos que se escondían entre los numerosos macizos en flor.

Su hermano mayor, David, banquero de profesión, había llegado de visita esa misma mañana acompañado por su prolífica familia y, aunque su llegada siempre acababa perturbando de algún modo la quietud de los Everglott, Myriam agradecía íntimamente esos pequeños retazos de alboroto y diversión.

Se había acostumbrado a la rutina del campo y a la convivencia sosegada con su anciano padre, un pastor que tras enviudar apenas salía de casa si no era para asistir a los oficios o realizar paseos cortos por el jardín. Aunque sus dos hermanas menores proporcionaban de vez en cuando algún inocente sobresalto, y la camaradería con su hermano Connor, dos años mayor que ella, suponía un bastión inefable, resultaba de agradecer alguna pequeña improvisación en su día a día, protagonizada esa vez por la vitalidad y la loca pasión de los primeros años.

De ese modo, sus cuatro sobrinos, cuyas edades oscilaban entre los dos años del más pequeño y los ocho del mayor, suponían para la aletargada tía un soplo de aire fresco.

Mientras se prolongara la visita de David y familia, esperaba de corazón que permanecieran con ellos al menos durante un mes completo, cada día supondría una nueva ilusión, un pequeño pero estimado cambio en la rutina diaria.

Cerró los ojos un instante e inspiró en profundidad, deleitándose con las fragancias de las aromáticas que le traspasaron los sentidos y le hicieron vibrar el alma. Una sonrisa apacible estiró sus labios y ensanchó su rostro en una expresión de dicha absoluta.

Esa era, sin duda alguna, la vida que había elegido.

Una vida tranquila, familiar, amparada en la seguridad de su casa y en los afectos fraternos.

No necesitaba nada más, ni tampoco otro tipo de afecto diferente.

El pasado verano había rechazado la proposición de matrimonio de ese oficial tan amable –Harry Spencer se llamaba–, cuando la milicia se instaló en Smallton. A pesar del buen corazón que dejaba entrever el oficial Spencer; pese, también, a su notable apostura, a su cuidado bigote y a lo bien que le sentaba la casaca roja; Myriam jamás albergó dudas acerca de la que había de ser su respuesta.

Había amado una sola vez en la vida. De una forma tan intensa y devota que acabó asumiendo la certeza de no poder volver a amar jamás con la misma intensidad. De todos modos, ¿qué sentido tendría hacerlo de nuevo? ¿Qué era el amor, después de todo?

Amar implicaba sufrir, implicaba dolor tarde o temprano y –¡por su vida!– no estaba ya dispuesta a volver a padecer un sufrimiento semejante al que había experimentado diez años atrás.

—¡Tía Myriam, devuélvenos la pelota!

La voz cantarina de su sobrino mayor reclamó en la distancia su atención, devolviéndola al presente.

Sin duda, agradeció regresar, porque tornar a aquellos fatídicos tiempos no solo resultaba una absoluta pérdida de tiempo, sino que, en el fondo, sabía que reavivaba la herida del corazón que ella se empeñaba en hacer cicatrizar a la fuerza.

Abrió los ojos, la sonrisa regresó a su rostro y, tras levantarse de un salto, acudió en busca de la pelota que permanecía apenas unos pasos delante de ella.

—¡Voy!

* * *

—Los consientes demasiado —la regañó sin demasiado entusiasmo David, mientras la familia al completo permanecía reunida en la sala de estar, tomando el té y compartiendo una agradable tertulia vespertina.

Myriam dirigió una mirada a los niños, que se entretenían en un ángulo de la habitación jugando con figuritas de madera, tumbados con abandono en el suelo y por completo ajenos a la conversación de los adultos.

—¡Oh, no digas eso, te lo ruego! —protestó—. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que se escucharon risas y correteos de niños en esta casa?

David compuso una expresión pensativa. Desde las pasadas Navidades no habían visitado Mershaw Cottage, por lo que habían transcurrido ya demasiados meses, en realidad.

—Últimamente, solo se oyen las protestas y las quejas de Nancy y Molly, me temo. —Esas palabras provocaron la sonrisa en todos los presentes, excepto en las aludidas, que permanecían, como era habitual, encerradas en su alcoba, perfectamente ocupadas en renovar sus sombreros de alambre o en coser lazos a los vestidos. Tampoco se inmutaron los niños, que no prestaban atención a nada de lo que se decía en la sala—. Vuestras visitas suponen un agradable aliciente a nuestra rutina, querido David —continuó Myriam—. Como bien sabes, por aquí no hay demasiado que hacer, ni mucho con lo que entretenerse. —Dirigió una mirada agradecida a Connor, que se sentaba a su lado en el tresillo—. Por fortuna, Connor y yo acostumbramos a pasear a diario y, de ese modo, logramos

concedernos un cierto entretenimiento; además, los Harrison y los Watson nos suelen invitar a tomar el té o a cenar con ellos; otras veces nosotros les devolvemos la visita...

—¿No suelen celebrarse bailes en Smallton? —preguntó Anne, la esposa de David—. En mi Merryton natal, a estas alturas de la estación, ya habríamos disfrutado de más de media docena de bailes. —La mujer compuso una expresión soñadora—. ¡Adoro los bailes públicos, campestres, de caza...! Oh, ¡qué maravilloso disfrute proporcionan!

—De vez en cuando sucede, querida Anne —admitió Myriam, indulgente con la emoción de su cuñada—, aunque no tan a menudo como nos gustaría.

—Es una lástima, porque Myriam es una bailarina excelente —apuntó Connor—; sin duda, la mejor de todo el condado.

Myriam inclinó la cabeza, ligeramente encarnada por el halago, mientras esbozaba una sonrisa plagada de gratitud.

—Exageras, hermano...

—¡En absoluto! —aportó David con una gran sonrisa. Se dirigió a su esposa—: Mi querida Anne, recuerdo que, de jovencita, nuestra Myriam estaba bastante solicitada y solía bailar durante toda la noche. Algunos muchachos, de hecho, debían esperar sus buenos minutos para encontrarla libre y poder bailar con ella. No tenían la culpa, por supuesto, de que hubiera preferidos dispuestos a monopolizarla durante un par de bailes consecutivos...

Ese señalamiento, aunque inofensivo y carente de intención, provocó que la mente de todos —excepto la de Anne, que permanecía ajena a la situación y no disponía de recuerdos comunes de semejante antigüedad— retrocediera de forma inmediata en el tiempo; tal retroceso implicó unos segundos de aplastante silencio y

miradas inclinadas. También, por supuesto, de un claro sentimiento de culpabilidad en quien había, sin pretenderlo, regresado con su comentario el pasado al presente.

Pero Myriam se recompuso de inmediato, tras alejar de su cabeza cualquier posible recuerdo que se atreviera a perturbarla y, sonrisa en ristre, cambió por completo de tema:

—Tengo veintisiete años y, espero, mucha vida por delante, así que, David, os ruego a ti y a Anne que me permitáis ser la tía consentidora y adorada que deseo ser para mis queridos sobrinos. Nada me apetece más que quererlos con auténtica devoción y ser correspondida de algún modo.

—Por supuesto, querida —concedió Anne, que profesaba un sincero afecto por su sensata y cariñosa cuñada—. Los chiquillos te adoran, eso por descontado. ¡Ni te imaginas la alegría que mostraron cuando les dijimos que vendríamos a ver al abuelito y a todas sus tías!

—Y a su tío, espero... —apuntó Connor, risueño.

—Y a su tío, por supuesto —aceptó Anne, devolviéndole la sonrisa —, aunque debo confesar que el primer nombre que mencionaron en medio de su explosiva efusividad fue el de la tía Myriam.

—No podía ser de otra forma —aprobo Connor, atrapando la mano de su hermana bajo la suya en un gesto cariñoso.

—Tienes un don para los niños, Myriam querida —intervino David —. Sin duda serías una madre excelente para tus propios hijos.

David se silenció en el acto, consciente una vez más de lo inoportuno de su observación. Quiso enmendarse, pero, seguramente, con su siguiente apunte fracasaría de manera estrepitosa:

—Es una pena que... la vida no...

De verdad ruborizado al percatarse de su constante desatino y torpeza, miró a su esposa con expresión atormentada, rogando un auxilio silencioso.

Myriam fue consciente del apurado intercambio entre el matrimonio, como lo era cada vez que comentarios de ese tipo —poco habituales en realidad, pero no por eso inexistentes— surgían durante las conversaciones.

David no había pretendido en modo alguno lastimarla con sus palabras, eso lo sabía a ciencia cierta, pero la incomodidad se encontraba ahí, del mismo modo que lo hacían las negras sombras del pasado, esas que al parecer jamás acabarían de disiparse.

—Estoy segura de que Myriam siempre tiene algo que hacer por aquí y mil cosas en las que ocuparse —añadió Anne, tratando de salvar la situación.

Su esposo, quien, si contara en ese instante con una tralla a mano, no dudaría en fustigarse, agradeció la intervención de Anne con una mirada cálida y trató él mismo de llenar el silencio con un carraspeo forzado, una sonrisa más forzada todavía y un comentario insustancial:

—Bueno, parece que esta tarde es más que posible que llueva...

Myriam se llevó la taza de té a los labios, agradecida incluso del leve tintineo que produjo el plato al reunirse después con el pocillo. Cualquier sonido resultaría aceptable con tal de rasgar la pesada losa que de pronto parecía haber descendido sobre ellos.

Connor, imbuido en el silencio que provocaban sus propias cavilaciones, hubo de percatarse de la tensión imperante y, por supuesto, también de la incomodidad de su hermana. Siempre lo hacía, de hecho.

En la última década, se había erigido como una especie de escudero para Myriam, porque, de alguna forma, se sentía culpable – o, al menos, partícipe involuntario– de la desdicha acontecida diez años atrás. La misma desdicha que cambió de forma fulminante la vida de Myriam y que la orilló, por propia imposición, a la condición de resignada solterona.

Por eso, no dudó en intervenir en favor de la joven, aunque sus palabras en el fondo encerraran una inevitable tristeza en lugar de la determinación que pretendían transmitir.

—En efecto, Anne, el hermano soltero en la casa, medio cojo y siempre necesitado de la compañía y el buen consejo de una hermana sensata y juiciosa, sumado a dos hermanas jóvenes prestas al encaprichamiento y al disparate continuo mantienen, me temo, a nuestra querida Myri perfectamente ocupada.

Myriam dirigió a su hermano una mirada agradecida al tiempo que sonreía con levedad.

David se incorporó de inmediato para acercarse a su hermana y, acto seguido, inclinarse hacia ella, tomarla de la mano y depositar un beso en el dorso. Sus ojos se encontraron con los de Myriam a diferente altura.

—Por supuesto, Myriam querida, nada en Mershaw Cottage sería lo mismo sin ti. Eres un miembro inefable de esta familia; y todos te adoramos.

Anne se levantó detrás de su esposo para acercarse a Myriam, inclinarse hacia ella y rodearla en un abrazo cariñoso. Con eso, pretendía secundar las palabras de David y el cariño infinito que todos profesaban a una muchacha tan dulce y merecedora de afecto como era Myriam.

El señor Everglott emitió de pronto un sonoro ronquido que sorprendió a todos, porque ninguno había percibido el instante preciso en el que el anciano había sucumbido al sueño en su sillón favorito, lo que provocó risitas disimuladas entre los presentes.

Y eso sirvió sin duda para aligerar definitivamente el momento y disipar cualquier atisbo de tensión o incomodidad que pudiera haberse instalado en la sala minutos antes.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente, aprovechando que los pequeños hacían la siesta diaria, que el matrimonio formado por David y Anne permanecía reunido con el señor Everglott en la biblioteca y que las chicas habían ido al pueblo a comprar lazos y encajes, Connor y Myriam decidieron salir a dar el paseo cotidiano.

En la medida de lo posible, cada cual deseaba mantener sus costumbres habituales porque era justo que todos se concedieran tiempo para la privacidad y el esparcimiento, más allá de los instantes comunes que tendrían que compartir durante la visita de sus familiares.

La tarde agasajaba a los caminantes con un clima excepcional, propicio para disfrutar de una jornada al aire libre; Myriam estaba más que dispuesta, esa vez y siempre, a disfrutar de un par de horas de extravío sensorial.

Un cielo límpido e impecablemente azul se extendía infinito sobre las cabezas de los hermanos mientras el sol derramaba su esplendor sin encontrar obstáculo alguno a su generosidad lumínica sobre el manto verde y ondulante que conformaba la campiña despejada.

Tan solo algunos toscos vallados de madera pretendían marcar confines en la vastísima colcha remendada de diferentes tonos verdosos; a lo lejos, algunos rebaños dispersos pincelaban la acuarela de manchones blancos y ocupaban la atmosfera con balidos roncós.

La brisa suave que mecía las espadañas, las salicarias floridas y las hierbas altas conseguía que la temperatura resultara tolerable, a pesar de la impetuosidad del astro rey.

Como de costumbre, los dos hermanos realizaron el primer tramo del paseo en silencio, respetando los pensamientos del otro, sin duda avivados por la inspiración que crecía y bullía de forma inevitable en un entorno tan idílico.

No obstante, cuando llegaron a las primeras casas del pueblo, algo captó de inmediato la atención de ambos.

La gran casa de ladrillo rojo y tejado de pizarra que había permanecido clausurada durante los últimos nueve años mostraba ahora las ventanas abiertas de par en par en un apurado intento de ventilación.

Considerable trasiego de sirvientes en el patio –ora sacudiendo alfombras, ora desplazando mobiliario o aireando cortinajes– imponía movimiento a un lugar que había permanecido desolado y solitario desde la muerte del anciano señor Bailey.

Myriam paró en seco en mitad del camino. Su corazón se paró también unos segundos, imitando los pasos de la perpleja caminante.

Connor y ella paseaban por allí a diario, pero, en su cabeza, hacía años que aquella casa simplemente había dejado de existir.

Como todo lo que le concernía a ese edificio.

Una especie de burbuja o de velo atemporal la había ocultado durante los últimos diez años, eliminándola del campo visual de la joven, condenándola a su indiferencia más absoluta e incluso desterrándola de su memoria.

Pero ahora, en medio de todo aquel trasiego repentino, entre tanta vida descubierta de nuevo en su patio delantero, la casa parecía haberse desprendido del velo que la ocultaba para asomar, enhiesta y desafiante, a un costado del camino.

A la cabeza de Myriam acudieron de inmediato, sin que pudiera evitarlo, imágenes de otro tiempo.

Imágenes de aquella casa, de aquel entorno, de dos almas...

Dos chiquillos correteaban entonces por el jardín, persiguiéndose entre risas.

Eran muy jóvenes, sin duda alguna.

La niña llevaba su cabello castaño suelto, plagado de bucles, que le ondeaban en cascada por la espalda. Un vestido azul con pechera de encaje flotaba entre los rosales y los macizos de lavanda espigada. Las risas, como los ruidosos abejorros, cascabeleaban también entre las flores.

Tras ella corría un muchacho, en apariencia mayor que ella, bastante más alto y desgarrado.

El pantalón de tiro alto, el chaleco perfectamente abrochado y las amplias mangas de la camisa le concedían una apariencia que cabalgaba entre la pubertad y el principio de la anhelada adultez.

—¡Detente, Myriam! —gritó él, ligeramente retrasado en la persecución—. ¡Detente te digo!

—¿O qué si no lo hago? —preguntó también a los gritos la niña sin mirar atrás.

—¡Verás cuando te atrape!

—¡Tendrás que correr mucho más, Bailey, para conseguirlo! ¡Eres demasiado mayor y para nada tan veloz como yo!

—¿Cómo te atreves? ¡Párate de una buena vez!

—¡Te falta mucho para ser capaz de alcanzarme!

Pero, finalmente, tras un requiebro, la alcanzó.

La sujetó por el talle; la alzó en el aire en un giro imposible. Se lanzó al suelo con ella, anteponiéndose a sí mismo a modo de escudo para protegerla de la caída.

La niña quedó tumbada sobre él, los dos jadeantes tras el ejercicio reciente, risueños y mirándose a los ojos fijamente. Existía todo un universo encerrado en aquellas miradas enlazadas.

—Te atrapé —musitó él bajo su rostro—. Ahora deberás disculparte.

Myriam jadeó una risotada incrédula.

—¿Disculparme? ¿Por qué? ¿A son de qué?

—Por decir que soy demasiado mayor —espetó él componiendo una expresión perfectamente seria—. Solo te llevo cinco años, Myri Everglott.

Ella alzó ambas cejas.

—¡Cinco años es mucho! Eres tan mayor como mi hermano Connor, y él ya está en la Marina; ¡fíjate qué viejo eres!

—¡Yo exijo una disculpa en firme, señorita...!

—O si no, ¿qué? —lo retó ella—. Que tengas mucho dinero no significa que todos debamos reclinarnos ante ti, Marcus Bailey.

Él frunció el ceño.

—Yo no tengo dinero, es el señor Bailey quien lo tiene.

—¡Oh, pobrecito entonces el señorito Bailey! —Rio ella, aprovechando la confianza que profesaba hacia aquel muchacho para burlarse de él—. ¿Te he disgustado mucho por llamarte “viejo”? ¿O tal vez por llamarte “lento”?

Por respuesta, él incorporó levemente la cabeza para depositar un casto beso en los labios de la niña.

Myriam se revolvió, espantada, y se levantó de un salto. Él no la retuvo. Fingió limpiarse los labios con la manga de su vestido.

—¡Se lo diré a Connor! —lo amenazó mientras se alejaba corriendo.

Pero nunca se lo dijo, por supuesto, porque ese beso inocente, fugaz y robado, fue lo más bonito que había experimentado a sus doce años.

Un nervioso parpadeo devolvió a Myriam al presente.

Ya no había ni rastro de aquellos dos niños correteando felices por el jardín de la casa de ladrillo, tan solo media docena de sirvientes perfectamente afanados en su labor.

Miró a su hermano de soslayo para encontrarlo igualmente concentrado en lo que acontecía ante sus ojos.

Connor se mostraba ceñudo, apretaba mandíbula como una prensa e incluso un músculo palpitaba en su mejilla; seguramente, se encontraba tan desconcertado como ella misma.

Qué estaría pensando era algo que tan solo podía saber él.

—¿Crees que... la habrán alquilado? —preguntó Myriam a media voz, con la mirada puesta en la gran casa.

—Es posible —apuntó Connor, que consideraba de forma privada la otra alternativa posible, mucho menos aceptable.

Pero, ¿improbable? Dios no lo quisiera.

Myriam jadeó. Con un único cabeceo y una sonrisa trémula, concedió veracidad a la opinión de su hermano. Tal vez la hubieran alquilado.

—Deberíamos regresar —sugirió con cierta precipitación—. Tanto papá como David y Anne nos estarán esperando para tomar el té.

—Claro...

Sin intercambiar ningún otro comentario, conscientes ambos de que la expectativa de un paseo delicioso se había truncado de repente, los hermanos se volvieron a un tiempo para regresar sobre sus pasos.

Durante buena parte del trayecto de vuelta al *cottage* familiar, Myriam caminó con la cabeza volteada hacia un lado del camino, al tiempo que fingía entretenerse con la contemplación de la naturaleza o concedía la atención que merecía el canto de los pajarillos.

No obstante, nada de todo lo que la fascinó al inicio del paseo fue capaz de tentarla o entretenerla en ese punto, puesto que su cabeza permanecía ocupada con recuerdos de otros tiempos y con suposiciones que provocaban un molesto aleteo en su estómago y cierto temblor en las rodillas.

Ajeno a lo que fuera que estuviera pensando Myriam en esos momentos —teniendo en cuenta, además, las circunstancias y la sensibilidad de su hermana, por fuerza tenía que estar pensando en

algo... o en alguien—, Connor permanecía enredado en sus propios pensamientos, tan intrincados y tan opresivos como las hiedras trepadoras.

¿Se habría en verdad alquilado la casa del anciano Bailey?

La otra posibilidad, mucho más terrible y desafortunada, era que él regresara.

¿Y si lo hacía? ¿Y si regresaba? ¿Y si había decidido trasladarse a Smallton con su propia familia?

Esa sería una decisión terriblemente desafortunada, desde luego, pero debía reconocer que no se trataba de algo en lo que no hubiera pensado a lo largo de toda una década.

Si él regresaba a Smallton, por más fuerte que fuese Myriam, que sin duda lo era, no estaba seguro de que pudiera soportarlo.

La había visto sufrir tantísimo por su culpa. Por su vida que no deseaba que un sufrimiento similar volviera a repetirse.

* * *

Antes incluso de traspasar la cancilla del *cottage* fueron conscientes de que sus hermanas habían regresado a casa.

Las exclamaciones alborotadas de las chiquillas se escuchaban desde el exterior por encima de cualquier otra voz, evidenciando así que ambas muchachas, de trece y quince años respectivamente, habían monopolizado por completo la conversación.

Tal circunstancia solía acontecer siempre y cada vez en lo que a Nancy y Molly respectaba.

En todo momento, trataban de imponer sus pensamientos por encima de los del resto de la humanidad y, en cuanto sentían que tenían algo que compartir con la familia, no se detenían ni escuchaban a nadie más sin antes haber desenrollado del todo su propio carrete dialéctico.

Y ese carrete, Myriam bien lo sabía, a menudo se componía de auténticos disparates, muy poco juicio junto a grandes dosis de egocentrismo y vanidad.

Nada más cruzar el umbral, ambos hermanos se encontraron con la temida escena. La familia, sin los niños, permanecía reunida en la sala de estar. David y Anne ocupaban respectivos asientos a ambos lados del anciano Everglott, mientras las muchachas se habían establecido de pie en mitad del salón.

El paquete de estraza donde guardaban sus recientes adquisiciones había sido olvidado sobre la repisa de la chimenea porque, al parecer, algo más importante ocupaba la atención de ambas, exigiendo todo y más de su juvenil entusiasmo.

Myriam y Connor se incluyeron en la escena situándose con discreción por detrás de los espectadores más aventajados. Ambicionaban mantenerse al margen cuanto fuera posible. Lo que resultaría inevitable, por supuesto, sería tener que escuchar lo que las dos muchachas pretendían transmitir con exacerbada algarabía e inevitable gesticulación.

—¡Nos lo han confirmado las hermanas Fisher en la tienda del señor Spooock! —exclamaba Nancy, encarnada por la emoción—. ¡Así que es una información más que verídica, si tenemos en cuenta lo chismosas que son esas Fisher!

Myriam puso los ojos en blanco y torció los labios en una sonrisa irónica. Sin duda en lo que a chicas Fisher y Everglott respectaba, se habían juntado el hambre con las ganas de comer. No había

chismorreó en todo Smallton del que cualquiera de ellas no fuera conocedora.

David intercambió una mirada rápida con Connor que no pasó desapercibida para Myriam, aunque ninguno de los recién llegados había tomado conciencia aún del contenido de la información proporcionada por las muchachas, por lo que Connor regresó a su hermano una expresión de absoluto desconocimiento.

—¿Estáis seguras de ello? —preguntó David, más serio de lo habitual—. Concedo tan poca fiabilidad a esas Fisher como podría concedérsela a vosotras.

Connor inclinó la cabeza para disimular una risita.

Nancy, la más voluntariosa y eterna líder del inseparable dúo, alzó la barbilla, desafiante.

No pensaba amedrentarse ante las pullas de su hermano mayor, un vejestorio que nada sabía de la juventud ni de la realidad del mundo actual.

—¡Pues deberías! —sentenció altanera—. ¡Has de saber que la hermana de su cocinera ha sido contratada para servir en la casa! ¡Es más que probable que el propietario se instale en un par de días a lo sumo!

—¿No es maravilloso, padre? —intervino Molly, arrodillándose de pronto a los pies de su anciano progenitor—. ¡Nuevos vecinos! ¡Qué alegría! ¿Se da cuenta usted de lo que eso significa? —Ante el gesto interrogante del anciano, la chiquilla continuó—. ¡Que celebrarán un baile de bienvenida! ¡Es lo que siempre se suele hacer! ¡Un baile por fin, después de tanto tiempo! ¡Ya ni recuerdo la fecha del último!

De nuevo David miró a Connor con intensidad y este, al parecer, debió de comprender por fin la intencionalidad de su mirada, porque se cuadró de golpe en tanto fruncía el ceño con sincera preocupación.

—¿No es cierto que esa casa llevaba deshabitada mucho tiempo, padre? —preguntó Nancy, aportando una pizca de templanza al disparatado monólogo mantenido hasta entonces—. Casi me atrevo a decir que toda la vida; siempre la recuerdo así, triste y cerrada...

El anciano no respondió. Se limitó a mirar, sin ver, durante unos segundos a su bulliciosa hija para, a continuación, volver la cabeza hacia arriba y dirigir a Myriam, situada tras el respaldo de su sillón, una mirada preñada de silenciosa angustia.

—¿Y han dicho algo más? —intervino Connor, imitando la expresión seria del hermano mayor.

—No, nada más —respondió Molly—, porque entonces todas decidimos de inmediato que debíamos comprar cintas y encajes para adornar nuestros vestidos. No podemos arriesgarnos a que se celebre un baile así de repente sin estar preparadas.

—Por supuesto —concedió Connor—, en esta vida, siempre existen prioridades y donde se encuentre la posibilidad de adquirir una cascada de adornos con la que ornar la vanidad de jovencitas carentes de sesera, que quede atrás todo lo demás.

Las muchachas ignoraron tanto el señalamiento como el tonillo en el que era ofrecido.

En realidad, solían hacerlo de continuo: oídos sordos a cualquier atisbo de censura, barbilla en alto y un pie por delante del otro hacia la senda de su airosa voluntad y empecinamiento.

Nancy tomó a Molly de la mano para ayudarla a incorporarse, estaba claro que no tenían ya mucho más que revelar y sí mucho en qué ocuparse, porque, tal y como aseguraba Connor, existían prioridades a las que atender.

Debían coser lazos y encajes a sus mejores vestidos; elaborar adornos para el pelo y borlas para los zapatos, antes de que se anunciara el esperado baile.

No obstante, antes de recogerse a su alcoba común, Nancy se volvió hacia el silencioso público que –era consciente de eso– ambas habían dejado absortos en la salita. Le encantaba sentirse protagonista, de modo que no podía desperdiciar la oportunidad de serlo una vez más.

—Solo mencionaron que el nuevo propietario es un pariente del anterior, un abogado muy muy rico que viaja desde el condado de Berkshire. —Sin más, girando con efectismo sobre sí misma para concederle mayor énfasis a su retirada, Nancy abandonó la habitación, seguida de su inseparable hermana menor.

Cómo recibieron semejante información los allí presentes obedece a la compostura de cada cual, pero el modo en el que la recibió Myriam en particular resultó brutal.

Sintió primero que le faltaba el aire y, por lo tanto, se vio obligada a boquear, para concederse al menos la dignidad de disimular el gesto llevándose una mano al estómago y la otra a los trémulos labios.

Después, notó cómo las rodillas se doblegaban y perdían fuerza, como si se hubieran tornado de pronto de mantequilla y no pudieran soportar el peso con el que cargaban.

Al instante, sintió la ausencia de sangre en el cuerpo, esa lividez ingrata que se desplegó veloz desde los pies hasta el nacimiento del cabello, como si vistiera a su cuerpo de una molesta y dolorosa piel de gallina.

Por último, fue consciente de la repentina náusea que le desgarró en dos el estómago. No pudo soportar por más tiempo semejante padecimiento –aunque toda esa calamidad sucedió, en realidad, en

tan solo unos pocos segundos—, por lo que, sin mediar palabra —ninguna palabra podría salir de su boca sin verse obligada a arrojar tras ella el contenido de su estómago— abandonó la sala con paso precipitado, tratando de alejar de la vista de los allí presentes tanto su turbación como lo mucho que la afectaba lo que sus hermanas menores acababan de referir a la familia.

CAPÍTULO 3

Se sentó en el borde de la revuelta cama, agotada de dar vueltas en el lecho cuando no había conseguido hacer otra cosa más que revolverse, sudar y pelearse con las sábanas desde que se había acostado horas atrás.

Sus ojos se habían mantenido abiertos de par en par; con la mente en ebullición, propiciada por la incómoda vigilia y el hervidero de pensamientos atropellados y turbulentos cargaban su cabeza.

Apoyadas ambas manos en el borde del colchón y afianzadas a cada lado de los muslos, deslizó la mirada por la alcoba que permanecía sumida en los claroscuros de la madrugada sin sentirse capaz de detenerla en ningún punto concreto.

Tan solo buscaba alivio a sus desvelos y descanso para sus ojos, pero nada conseguía atrapar su atención hasta el punto de interesarla y evadirla.

Inhaló profundo por la nariz y cerró los ojos un instante. La oscuridad que apreció detrás de los párpados la hizo estremecer, porque esa oscuridad insondable procedía sin duda de los abismos de su ser y resultaba más terrorífica que la que imperaba en el exterior.

Se obligó a abrir los ojos de inmediato para devolver una mirada ciega a la alcoba en penumbra.

—No puede ser cierto... —susurró—. No puede serlo...

En la atmósfera sonó lánguido el eco de un suspiro trémulo, casi un sollozo.

¿Debía conceder crédito a lo que había oído esa misma tarde de boca de sus propias hermanas?

Por fuerza, había de ser verdad pues lo había dicho Nancy, porque Nancy en los chismorreos era como la reina Carlota en el palacio de Kew.

Y si el apunte venía secundado por la opinión de las Fisher, ya no había margen a error.

Entonces, ¿la gran casa de ladrillo del anciano Bailey volvería a estar habitada?

Las manos corrieron a enlazarse sobre el regazo para retorcerse con frenesí, entrelazando dedos y apretando nudillos hasta que la sangre dejó de circular por su interior.

¿Después de tantos años de silencio volvería a descubrir vida en ese lugar cada vez que se paseara por el sendero que la rodeaba?

¿Volverían a manar con fuerza los recuerdos que, durante tantos años, había empujado hacia las profundidades de su memoria en un intento de ahogarlos?

—No es justo, no lo es...

¿Decían que el nuevo propietario era un pariente del anterior?

El señor Bailey era un anciano solterón muy rico, su único familiar conocido era su sobrino-nieto.

Su único familiar, su único heredero era él.

—¿Por qué tiene que ser así? ¿No merezco acaso un atisbo de paz después de toda la tempestad ya vivida?

Nancy había mencionado que era abogado.

Y muy rico, por más señas.

Demasiadas coincidencias como para ser obviadas.

Las manos se retorcieron con mayor empeño hasta infringirse dolor en los dedos firmemente apretados, al punto de clavarse las uñas en el dorso.

¿Un abogado que viajaba desde Berkshire?

Berkshire...

¡Cómo reconocía el nombre de ese condado, pese a no haberlo visitado jamás! Aunque, en realidad, era como si lo hubiera visitado ya mil veces. Al menos, había viajado hasta allí mentalmente cada larga noche de desvelos y esperanzas, con cada carta, con cada letra...

Un nuevo suspiro escapó de los labios entreabiertos para fluir en la atmósfera queda de la alcoba. ¡Había enviado tantas cartas a esa dirección cuando escribía a Eton! ¡Había recibido tantas otras con ese mismo remite!

—¿Qué sentido tiene? ¿Por qué había él de regresar aquí?

Una sonrisa lánguida estiró con brevedad los labios de Myriam. Una sonrisa trémula, involuntaria, que jamás alcanzaría la mirada y que podría traducirse como un rictus de tormento.

Finalmente se había licenciado.

Lo había conseguido.

Ella jamás lo había puesto en duda.

Era un hombre inteligente, perseverante y cabal. Siempre lo había sido.

Pero no constante. No constante.

Al menos en lo que a ella concernía.

Así lo había demostrado.

No constante.

Se dejó caer lentamente hacia atrás para que el peso de su propio cuerpo hiciera el resto. De ese modo, acabó tumbada boca arriba sobre el colchón, con la mirada fija e inamovible en el tableado del techo.

No quería pensar en nada, pero, en realidad, no podía evitar pensar en todo a la vez y recordarlo todo.

En un vano intento de expulsar todos esos recuerdos de su cabeza, cerró los ojos y apretó fuerte los párpados hasta ver chiribitas en la negrura. Cuando los abrió de nuevo, trató de concentrarse en los nudos que formaba la madera en algunos tablones, como si procurara buscarles forma en su magín, pero incluso ese empeño la remontó a tiempos pretéritos que solo hacían daño al ser evocados.

Permanecía tumbada boca arriba, pero en esa ocasión sobre la hierba, y no observaba tablón alguno ni techos en penumbra.

La luz del sol se derramaba sobre ella con absoluta impiedad, por lo que solo la mano abierta dispuesta en lo alto para cubrirle el rostro y proporcionarle sombra la salvaba de sufrir ceguera lumínica. El cielo azul era infinito, brillante y hermoso como un tapiz de terciopelo. Ni una sola nube empañaba su vivacidad.

El tiempo parecía haberse detenido, el mundo entero había dejado de girar: tan solo el canto pulsante de los grillos escondidos en alguna parte a su alrededor concedía realismo y continuidad a una acuarela tan idílica.

Tan perfecta.

Solo el paso del tiempo le demostraría después que jamás podría haberlo sido más.

Myriam sonrió al cielo azul.

Era divertido guiñar primero un ojo y luego el otro, intercalándolos con rapidez, para descubrir el sol situado en diferentes puntos: a un lado primero y después al otro lado de la palma extendida.

Bailaba, el sol bailaba en el cielo. Jugaba con ella.

Una aureola dorada brillaba formando el contorno de los dedos. Ella se entretenía separándolos despacio para que los rayos se deslizaran entre las cinco falanges y aterrizaran en su cara. Después volvía a cerrarlos, y el sol desaparecía tras la pequeña mano de nieve.

Al cabo de un rato, se cansó del juego, así que ladeó el rostro hacia la derecha y descubrió el hermoso rostro masculino vuelto hacia ella, junto con aquella penetrante mirada oscura, insondable como un abismo, anclada en una pupila de jade.

Le sonreía.

Los rubores acudieron de inmediato a su rostro, aunque, como hacía tanto sol y tantísimo calor, siempre podría achacar la coloración fulminante al clima en lugar de a la certeza de saberse observada por un hombre tan magnífico.

—¿Qué miras? —le preguntó mansamente, perdida una vez más y por siempre en la profundidad de aquellos ojos que la enamoraban desde niña.

—A la criatura más bonita que podría existir bajo el firmamento —dijo él.

Los colores escarcharon con mayor viveza los pómulos de Myriam. ¿Podría ser más feliz?

Seguramente no.

Entonces, élladeó completamente el cuerpo hacia ella, apoyado sobre un codo pero conservando, no obstante, la posición tumbada. Su mirada oscura refulgía bajo el sol de la tarde como dos obsidianas bajo un inclemente fulgor dorado.

—¿Serías tan amable de hacer algo por mí, Myri?

Ella lo miró con gesto interrogante. Tenía quince años, estaba loca por él, haría lo que fuera por él; aunque él poco pudiera necesitar, en realidad, de una muchacha como ella, apenas la hija de un humilde pastor.

—Claro... Pero, ¿qué podría hacer yo por ti?

Élsonrió de forma enigmática.

—Mucho. Más de lo que piensas —dijo al fin, sonrisa en ristre—. Deseo una promesa tuya. —Myriam abrió mucho los ojos, sorprendida—. Solo eso: una promesa, Myriam.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Promete que me esperarás. —Un jadeo huyó de los labios femeninos, entremezclado con una sonrisa trémula. ¿Era lo que ella pensaba? Lo era, sin duda—. Prométeme que me esperarás hasta que termine mis estudios en la universidad y pueda regresar a Smallton a pedir tu mano. —Marcus la miró con fijeza—. ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes prometerme eso, Myriam Everglott?

Por respuesta, se limitó a cabecear en asentimiento muy, muy despacio. En realidad porque ni siquiera podría hablar, aunque quisiera hacerlo.

Él sonrió en amplitud; su mirada refulgía como ascuas al fuego.

—Desde este momento, estamos prometidos, señorita Myriam Everglott. Yo regresaré en unos años, cuando termine la carrera, para pedir tu mano en matrimonio.

Acto seguido se alzó un poco más para inclinarse sobre el rostro femenino y depositar un beso suave, dulce y lento sobre los vibrantes labios de fresa.

Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza como si no quisiera escapar nunca del recuerdo de esa tarde, aunque el techo de su habitación se obstinaba en mostrarle lo contrario.

Sus labios permanecían desabrigados y solitarios, aunque albergaban el recuerdo de aquellos otros labios que tantas veces los habían besado.

Recordaba perfectamente su textura, su tibieza, la dulzura que los envolvía y el estremecimiento que recorría su cuerpo cada vez que bebía de ellos...

Solo entonces y tras la dolorosa evocación fue consciente de la lágrima solitaria que se fugó entre las pestañas para deslizarse por el rostro y morir contra las sábanas. Tras esa desvergonzada primera lágrima, se sucedieron un par más —y otra, y otra— hasta que las lágrimas aisladas se convirtieron en un llanto a esas alturas ingobernable.

Un gemido bajito huyó de entre los labios para ser sofocado de inmediato contra la almohada que ella misma aferró con el propósito de silenciar tanta angustia que pulsaba por ser liberada.

—¡No puedes permitirlo, Myriam! —gruñó contra la almohada—. ¡No puedes consentir que los sentimientos del pasado se antepongan a la cordura! ¡Nunca más!

De ese modo, en la quietud de la alcoba, la oscuridad se convirtió en único testigo de un dolor latente que jamás había desaparecido del todo, pero que debía ser silenciado por la supervivencia de la propia Myriam.

* * *

—¿Qué opinas de todo esto, Connor?

El aludido vació de un solo trago el contenido de su copa de brandy para dejarla a continuación sobre la repisa de la chimenea en la que se apoyaba con indolencia.

¿Que qué opinaba? ¡Estaba que se lo llevaban los demonios, cómo no!

En ese momento, tan solo tenía ganas de golpear algo o a alguien en realidad para tratar de apartar de sí la tormenta de emociones que lo devastaba por dentro.

—Bueno... —rugió, tratando en vano de serenarse—. Bueno, no me parece para nada justo, David. —Cerró las manos en puños y golpeó con el derecho la repisa de madera. —. ¡No es justo en absoluto, diablos!

David encajó la mandíbula mientras un profundo ceño le sombreaba la mirada.

—Puede que no —concedió el mayor—. Seguramente estés en lo cierto y no lo sea, hermano, pero es algo totalmente lícito.

Connor se llevó el puño a los labios y trató de contener la rabia mordiendo de forma simulada los nudillos.

—Marcus es el heredero del viejo Bailey —continuó David—. Por lo tanto, está en su derecho a regresar y tomar posesión de la casa; lo sabes tan bien como yo lo sé.

—¿Y por qué querría regresar ahora? —estalló Connor—. ¿Qué sentido tendría? ¿No hay lugares mejores en los que asentarse que Smallton? Un abogado rico y exitoso, ¿qué diablos viene a hacer a un pueblo olvidado de la mano de Dios como este?

David resopló.

—Para eso carezco de respuesta, hermano...

—¡Porque no existe respuesta posible, ni aceptable, por más lícito que resulte todo esto! ¡Precisamente Smallton! ¡Que agarre toda su maldita fortuna y se instale en Londres o en el fin del mundo si quiere! —Una mirada furiosa cintiló en sus pupilas—. ¡Pero lo más lejos posible de aquí, santo Dios!

Connor jadeó su frustración y sopesó estrellar de nuevo el puño contra la repisa de la chimenea. Finalmente, la cordura se impuso y se limitó a frenar el puño en el aire, estirar los dedos para liberarlos de la tensión que los crispaba y llevarse la mano a la abundante cabellera ondulada para deslizar los dedos entre los mechones castaños en un vano intento de liberación.

Se sentía indignado, rabioso y colérico por partes iguales. Llevado de los cien mil demonios del averno se concedió unos instantes para tratar de dominarse, pero la dureza *in crescendo* de su ceño evidenciaba lo truculentos que eran sus pensamientos y lo complicado que sería alcanzar la contención.

Había tenido bastante tiempo para macerar en privado sus emociones como para acallarlas o ignorarlas en ese punto, después de haber descubierto esa misma tarde la noticia.

Regresar a Smallton, regresar al lugar donde había empezado y terminado todo... ¡Semejante descaró! ¡Tamaño despropósito!

—Ella no lo soportará —dijo al fin y entre dientes.

David lo miró de forma sesgada y se concedió también unos minutos para la reflexión; en su caso, además, para vaciar de golpe su copa de brandy.

—Ha pasado mucho tiempo —apuntó—. Myriam es fuerte, su corazón es fuerte y ya no es una chiquilla.

—¡Claro que es fuerte! Pero no lo soportará por más que se haya convertido en una mujer hecha y derecha —repitió Connor, imbuido en cavilaciones cargadas de certezas. Y no había certeza más absoluta que la que ahora transmitían sus labios. Acompañó las palabras con el movimiento de negación de la cabeza—. ¿Y él? ¡Él! Se presentará en Smallton después de todos estos años, como si nada hubiera sucedido. Sonriente, altivo... Es más que probable que le acompañen una esposa y una recua de hijos. ¡Jesús Cristo, ella no lo soportará!

Compuso una mueca de fastidio ante semejante verdad.

Diez años habían transcurrido. Ciertamente, la posibilidad de que Marcus Bailey hubiera encauzado su vida era tan firme como aceptable.

Y despreciable.

Al fin y al cabo, a esas alturas, sería un letrado de treinta y dos años, un hombre en la flor de la vida y en el culmen de su profesión.

Rico, se había dicho. ¡Por supuesto, no podía ser de otra forma!

Por otro lado, si se tenía en cuenta la penosa justificación que le había ofrecido por carta a Myriam diez años antes, era más que probable que ya fuera un hombre felizmente casado con una esposa

devota que besara el terreno que él pisaba.

Myriam, en cambio, había permanecido soltera. Aunque en absoluto sucedió eso por falta de oportunidades, sino por imposición propia, a su hermano no le parecía justo que una muchacha tan bonita, dulce y sensata como ella se condenara a sí misma a la soledad por culpa de una mala experiencia.

Y de un cobarde.

—¿Crees que, llegado el momento, deberíamos hacerle una visita? —tanteó David—. Solo por si acaso...

Los años y la vida familiar lo habían vuelto más sosegado que su hermano Connor, guardiamarina licenciado en plena juventud a causa de una lesión.

Aunque era consciente de que en el caso de Connor no solo intermediaba su carácter apasionado o la camaradería que había fraguado con Myriam gracias a sus caracteres afines o al roce diario, consecuencia de haber sido retirado de la vida militar y regresar al hogar familiar años atrás, en el caso de Connor, pesaba especialmente el sentimiento de culpa que cargaba sobre los hombros porque, de algún modo, ellos dos se habían conocido gracias a él.

—Espero sinceramente que sea juicioso y mantenga la distancia —siseó Connor, manos de nuevo cerradas en puños—. De lo contrario, no será precisamente una visita lo que obtendrá de mí. Podré estar cojo, hermano, pero mis puños todavía funcionan bien.

CAPÍTULO 4

Al día siguiente salió a pasear ella sola.

David y Connor se habían quedado en casa para recibir al carpintero que debía encargarse de reparar las vigas afectadas de carcoma de la buhardilla.

Desde hacía un par de años, su padre había delegado por completo responsabilidades y preocupaciones en el hijo varón que permanecía en la vivienda familiar. De ese modo, Connor había pasado a convertirse en el hombre de la casa, compartiendo potestad con el anciano patriarca.

Por su parte, Myriam había asumido la administración del hogar, por lo que, entre su hermano y ella, llevaban Mershaw Cottage con absoluta diligencia.

Siempre había mucho que hacer para el buen gobierno de una casa, así que Myriam siempre permanecía entretenida, lo cual resultaba de agradecer.

Detestaría tener que encontrarse ociosa en su día a día; aparte de que su carácter activo y práctico no lo hubiera tolerado, tampoco habría resultado óptimo para su bienestar emocional.

Asimismo, Myriam solía ayudar a su padre con los sermones dominicales, asunto que la entretenía bastante y que resultaba agradable, porque le permitía compartir unas horas de cercanía e intimidad con el anciano pastor. Juntos recordaban momentos

felices de la niñez de Myriam, cuando su madre todavía se encontraba presente y la casa permanecía llena de risas y anécdotas entrañables. En ocasiones, leían los sermones de Fordyce a la quietud de la tarde o los pasajes de la biblia favoritos de su padre.

Esa tarde, su cuñada Anne se encontraba ocupada con los niños y, por supuesto, Myriam no se sentía tan desesperada como para pedirles a Nancy y a Molly que la acompañaran.

No quería pasarse todo el trayecto escuchando hablar acerca de lazos, encajes, borlas o plumas con los que confeccionar adornos y arreglar vestidos o sobre tal o cual muchacho del pueblo que hubiera dado en la flor de dedicar una mirada más prolongada de lo prudente a cualquiera de esas dos alborotadoras.

Por lo tanto, pasear ella sola en la hora pensativa y lánguida del atardecer resultó una opción de lo más acertada.

Además, tenía mucho en lo que pensar y muchas consignas que organizar en su cabeza. En primer lugar, debía recomponerse, debía aprestarse para lo que estuviera por venir y no volver a flaquear como la pasada noche. Resultaba totalmente inaceptable a esas alturas. Segundo, debía mantener a raya los recuerdos del pasado y las emociones inapropiadas, poco prácticas e inservibles, esas que había aprendido a desterrar, a sepultar e ignorar, y no concederles ni un ápice de supremacía en su presente.

La Myriam de veintisiete años ya no era la misma a la que habían roto el corazón con diecisiete.

Había padecido mucho, demasiado para una sola vida, y, desde luego, le había supuesto muchas tempestades poder alcanzar la calma que imperaba actualmente en su existencia como para desbaratar todo a causa de un exceso de sentimiento.

Suspiró con la mirada y el corazón elevados al cielo.

—Se acabó, Myriam, ya basta de sobre pensar... —murmuró al aire. De hecho, decidió no pensar más y dedicarse a disfrutar del paseo.

La temperatura era agradable, el sol había descendido y los pajarillos gorjeaban anunciando el fin de otro día más.

Al pasear sola, podía detenerse cuando quisiera sin preocuparse por aburrir a sus acompañantes. De ese modo, se concedía apreciar mejor los aromas de las flores silvestres, o entretenerse escuchando el canto melódico entre el follaje, u observar los requiebros nerviosos de alguna ardilla en los lindes del camino.

Caminó sin rumbo, despacio, sin reloj, siguiendo la senda habitual que ya habían trazado mil veces sus pies; ni siquiera se había detenido a buscar un itinerario distinto.

Por lo que se encontraba presente cuando vio llegar el carruaje.

Por fortuna, había sido suficientemente juiciosa para guardar distancia y permanecer fuera de la propiedad.

¡Nunca se le habría ocurrido traspasar el vallado de madera, santo Dios! Gracias a semejante precaución, pudo ocultarse tras un desgarbado sauco en flor que crecía pegado a la valla, justo a tiempo para no ser descubierta.

Ser descubierta habría supuesto una gran humillación.

Aunque el hecho de ser consciente de sí misma, agachada y escondida tras las ramas del arbusto a la entrada de la propiedad supuso vergüenza suficiente.

El coche que acababa de detenerse frente a la casa del anciano Bailey era un landó ligero y de elegante línea cuyas ventanillas permanecían veladas por cortinas oscuras que protegían la privacidad de los ocupantes.

Myriam continuó agachada, escudriñando en la distancia.

Sabía que no era correcto permanecer allí, especialmente dadas las circunstancias –sus circunstancias–, pero una extraña necesidad la obligaba a continuar escondida, curioseando.

Vio abrirse la portilla y descender del interior una figura masculina. No pudo distinguir los rasgos ni la identidad del recién llegado porque permaneció en casi todo momento de espaldas a su posición; no obstante, algo al verlo hizo saltar de inmediato todas las alarmas en su interior.

El hombre vestía un elegante redingote azul oscuro que destacaba la amplitud de sus hombros y asentaba a la perfección en su figura alta, atlética y fornida; pantalones beige, botas *hessian* negras y sombrero de copa. Además, portaba en su mano derecha un regio bastón con empuñadura plateada que, comprendió, actuaba como mero adorno masculino.

Un leve jadeo huyó de sus labios al comprender que, lo más probable, era que aquel desconocido fuera...él.

Marcus Bailey.

Otro jadeo siguió inmediatamente al primero en tanto, de forma sistemática, trataba de ocultarse con mayor empeño tras el frondoso ramaje del sauco.

Ciertamente, no lo recordaba vistiendo con tanta formalidad o elegancia; durante su estadía estival en el campo, acostumbraba a ataviarse con sencillez y prendas simples, pero tenía que reconocer que había pasado mucho tiempo y que ya no era un estudiante de Derecho, tampoco un muchacho de veintidós años, sino un abogado, seguramente, y teniendo en cuenta su valía, uno triunfador y plagado de méritos.

Nancy había dicho que era muy rico, así que debía de haber llegado al culmen de su carrera.

Apartó a un lado la rama que se desplegaba ante su rostro y que le impedía observar con mayor detenimiento.

Había ganado en apostura y corpulencia, porque aquel muchacho alto y desgarrado de antaño se había convertido, si en verdad se trataba de ese que sus ojos le mostraban ahora, en un hombre hecho y derecho, de formidable exterior y evidente corpulencia.

Habían transcurrido diez años.

Diez largos años.

Los dos habían cambiado.

Algún sonido debió de hacer mientras trataba de mantenerse oculta o, tal vez, se trataba del universo deseoso de darle una lección por su malsana curiosidad, pero, en un momento dado, el recién llegado se volvió de pronto para otear en su dirección.

—¡Santo Dios bendito!

Myriam no pudo evitar el hipido que le sobrevino, consecuencia del sobresalto de intuirse descubierta, no obstante fue capaz, en medio de la turbación, de recomponerse a tiempo para girar sobre sus talones y escabullirse ligera, agarrando la falda con ambas manos para procurarse mayor agilidad.

Mientras corría con tal empeño que parecía que la persiguieran los mismísimos demonios del averno, sentía el corazón golpeando con furia en su pecho y la sangre pulsando en sus sienes y atronándole la cabeza hasta el punto de ensordecirla. El rostro ardía en llamas y la respiración apurada quemaba en los pulmones.

En ningún momento volvió la vista atrás.

* * *

No fue capaz de definir sus sentimientos y emociones cuando descendió la escalerilla del landó con la mirada siempre puesta en la casa.

No podía creer estar allí otra vez después de tanto tiempo.

Jamás había pensado en volver, ciertamente.

La casa permanecía tal y como la recordaba.

Un poco más descolorido el ladrillo rojo de la fachada, quizá; mucho más asilvestrada la hiedra que ahora cubría parte de la pared frontal; y bastante salpicado de musgo y líquenes el tejado de pizarra a dos aguas. Visiblemente derruida parte de la chimenea, debería hacer llamar a alguien para arreglarla cuanto antes.

Por lo demás, sus recuerdos del lugar permanecían intactos, lo que en un principio no supo si resultaría algo positivo o nefasto, después de todo.

Quiso comprobar si también el jardín seguía conservando su distribución y si los árboles que rodeaban la propiedad habrían crecido, también si la panorámica desde el patio seguía incluyendo buena parte de la ondulante campiña, cuando un leve movimiento de color captó de pronto su atención.

Una mujer le había estado observando, oculta detrás del viejo sauco que desplegaba las ramas sobre el vallado de la finca.

No podría identificarla, desde luego, puesto que, nada más ser descubierta, esa persona huyó corriendo en sentido contrario.

Solo atinó a distinguir un vestido liviano de manga larga y color beige que se escabullía entre los tonos verde y ocre del paisaje. La propietaria del atuendo sencillo coronaba su cabeza con una cabellera castaña recogida en un rodete alto.

Y no vio nada más.

¿Podría ser...?

Meneó la cabeza en negación, avergonzado ante semejante ocurrencia.

¡Por supuesto que no!

Ella ni siquiera continuaría residiendo en Smallton a esas alturas. Seguramente, se habría casado ya y formado su hogar en alguna otra parte.

Sería lo más lógico.

Había de tratarse de alguna vecina chismosa, una que nada más distinguir el carruaje se había escabullido a la carrera para hacer llegar a sus comadres, cuanto antes, el último y más fresco cotilleo.

Esbozó una sonrisa sarcástica al ser consciente de tal certeza y saberse por un tiempo el centro de todas las murmuraciones; sabía que era lo que tocaba al trasladarse a una zona rural con escasa población.

La sonrisa trocó de inmediato en un rictus extraño y desasosegado al reconocer haber estimado en un algún momento la primera posibilidad.

Que fuera ella...

—Eres un gran necio, Marcus...

Por fortuna, la aparición de un sirviente que acudió para hacerse cargo del equipaje lo devolvió al presente, lo que le evitó seguir pensando en lo que no debería ni siquiera pensar.

CAPÍTULO 5

Myriam y Anne Everglott paseaban por el jardín trasero del *cottage*, imbuidas en un apacible silencio mientras disfrutaban de la mutua compañía.

Myriam sostenía en el brazo un pequeño cesto de mimbre en el que iba recolectando flores con las que ornamentar algunos de los jarrones de la vivienda.

Al inicio del paseo, atraparon su atención unas espigas de lavanda, que cortó con cuidado e incluyó de inmediato en la cesta; algunos pasos más adelante se sintió inclinada por pequeñas caléndulas que llenarían de color la casa: también fueron incluidas.

Continuaron caminando. Esa vez, los lirios de agua amarillos fueron llamados a engrosar el contenido fragante y colorido de la cesta.

Anne observaba a su cuñada de soslayo cada pocos pasos, porque, de algún modo, la había encontrado distinta esa mañana. No sabría definir qué había de extraño o diferente en el comportamiento de Myriam, pero sabía a ciencia cierta que no era la misma de siempre.

Ya el día anterior la había notado ciertamente taciturna y lánguida, aunque no supo encontrar un motivo real para eso; no obstante, se decantó por un posible desarreglo estacional, tal vez los primeros indicios de un pequeño resfriado. Los cambios de temperatura, el pesado calor estival y alguna insignificante corriente en la casa podían causar estragos en cualquiera.

No había dispuesto de tiempo a solas con ella para interesarse, dado que los niños habían acaparado toda su atención y, si no acaparaban la suya, lo harían con la de su querida y adorada tía; por eso, agradeció ese instante en la mañana para caminar con ella y concederse mutua compañía.

Siempre resultaba una delicia pasar tiempo con Myriam: una muchacha dulce, inteligente y de agradable conversación.

—¿Te encuentras bien, querida? —se atrevió a preguntar al cabo de un rato, mientras Myriam permanecía ocupada cortando un par de calas silvestres con su tijerita de poda.

La aludida le concedió una mirada afectuosa, seguida de una sonrisa leve.

—Perfectamente, querida Anne —respondió. No dijo nada más, se limitó a acomodar los tallos en la cesta para evitar que se aplastaran unos a otros.

—¿Estás segura? —insistió—. No sé, te noto... distraída.

Myriam inhaló profundamente por la nariz antes de sonreír de nuevo. No quería preocupar a su cuñada, ni a nadie, con sus emociones privadas, en especial, cuando, a esas alturas de la vida, no debería haber ya cabida para ellas.

¿Acaso era una chiquilla para perder los nervios, y el sueño, con absurdeses sin sentido? No, ya no lo era.

Ahora era una mujer adulta, una de mente asentada y corazón templado, alejada de las locas pasiones de la juventud y de la ingenuidad que acompaña cada paso dado en la senda de la vida.

—Es posible que me encuentre un poco cansada, eso es todo —admitió al fin.

Esa revelación, que trataba de restar importancia al asunto, consiguió precisamente el efecto contrario en Anne, puesto que, en todo el tiempo transcurrido desde que conocía a Myriam, podía jactarse de que era bastante, jamás la había escuchado quejarse o siquiera manifestar ni el más mínimo signo de agotamiento físico.

Siempre había sido una muchacha vital, activa y diligente, pese a que ya no era una jovencita: a sus veintisiete años, se presentaba como una mujer en la flor de la vida.

No obstante, y contra todo buen juicio, sabía a ciencia cierta que, en muchos círculos, la calificaban despectivamente como solterona.

Myriam no era una niña, pero tampoco podía considerarse una mujer mayor y, por lo que Anne sabía, nunca le habían faltado pretendientes.

David jamás le había explicado el porqué de su empeño en permanecer soltera cuando incluso el año anterior había recibido una última propuesta de matrimonio.

Era bonita. Su rostro de luna llena, de pómulos altos y frente despejada, habitualmente risueño y sin marcas de edad todavía, reflejaba la bondad y la nobleza de su corazón.

El cabello castaño y rizado al natural, peinado con la raya al centro, enmarcaba el agraciado rostro con caracolillos cortos y apretados que rozaban apenas los pómulos. Ojos ligeramente rasgados, cejas largas y bien perfiladas, nariz correcta y labios pequeños y carnosos, formaban en su conjunto una bonita composición.

Su figura, si bien no demasiado alta, se dotaba de formas voluptuosas allí donde deberían encontrarse, convirtiéndola en una mujer muy agradable de contemplar. No era de extrañar que, cada

tanto, surgiera algún admirador; lo que resultaba de lo más incompresible era que la joven no hubiera accedido a ofrecer una respuesta positiva a ninguno.

—Tal vez, deberías tomar durante unos días unas cucharaditas de bálsamo de Gilead —propuso Anne. Era consciente de que algo sucedía con su cuñada y, aunque estaba segura de que el bálsamo aconsejado, pese a tratarse de una cura universal, no serviría de mucho en el caso de Myriam, tampoco deseaba importunarla con preguntas cuando ella no se sentía presta a compartir sus desvelos. Esperaría y estaría disponible para cuando ella la necesitara, pero jamás se convertiría en una sombra inoportuna—. Creo que te iría bien para elevar el ánimo si es cansancio lo que te atormenta.

Myriam sonrió con amabilidad.

—No debes preocuparte, Anne —aseguró—. Con un poco de descanso y unas buenas cucharadas de miel en mi té, será más que suficiente.

Anne palmeó con cariño el antebrazo de la joven y asintió con una sonrisa.

—Me preocupo porque te quiero, querida, y no deseo verte decaída, sea por la causa que sea.

Sin profundizar más en el asunto, sabedora de que Myriam agradecería su discreción, se dispusieron ambas a regresar al *cottage* para realizar diferentes arreglos con las flores que habían recolectado, cuando un pequeño gran alboroto en la distancia las obligó a detener sus pasos.

Nancy y Molly acababan de traspasar la cancilla de la propiedad y se dirigían a la casa a plena carrera, con muy poco decoro y sin comportarse en absoluto como se esperaba de dos señoritas —o tan siquiera de dos seres mínimamente civilizados—; sujetaba cada cual la falda con una mano hasta dejar a la vista las pantorrillas y, con la

otra mano, aseguraba cada una el bonete sobre la cabeza. Las lazadas desanudadas ondeando hacia atrás y el modo despreocupado en el que asomaban las medias blancas bajo el gurrño que formaba la falda apresada evidenciaban tanto el desatino de las jóvenes como lo urgente del regreso.

En un momento dado y debido al ímpetu de la carrera, Molly trastabilló y hasta amagó con caerse de bruces en medio del camino de tierra. Por fortuna, se recompuso a tiempo, enderezándose mediante unas zancadas muy poco femeninas, para continuar corriendo como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué fuego pretenderán apagar esas dos corriendo de semejante forma? —Anne no pudo evitar sonreír después de emitir semejante comentario.

Myriam, que permanecía de pie a su lado observando el proceder de sus hermanas menores, agitó la cabeza en negación: una vez más desaprobaba su comportamiento.

—No lo sé —suspiró resignada—, pero estoy segura de que el incendio debe de ser tremendo a juzgar por la prisa y los modales. ¡Perdón! ¿He dicho modales? —Esa vez el suspiro fui sustituido por un resoplido conformista—. Me temo que ninguna de esas dos sabe lo que esa palabra significa,

Anne palmeó de nuevo el antebrazo de la joven en un intento de confortarla.

—Paciencia, Myriam querida, son jóvenes y descocadas; en algún momento han de sentar cabeza, ya lo verás.

Myriam elevó ambas cejas con escepticismo.

—Es probable, aunque me preocupa el lugar que elijan para asentarla, porque igual a ellas ha de ser quien preste atención a semejantes insensatas. —De nuevo suspiró, resignada—. ¿Crees que

debemos ir ahora?

Anne se encogió de hombros en medio de una carcajada.

—No nos quedará más remedio que atestiguar tarde o temprano lo que sea que las haya desasosegado de tal forma. Mejor antes y de primera mano, ¿no te parece?

* * *

—¡Ha sucedido, padre! —exclamó Nancy, tan encarnada como una amapola al sol—. ¡Ha sucedido!

El anciano permanecía tan absolutamente tranquilo en su sillón favorito como lo había estado durante las últimas horas, mientras sus dos hijos varones le ofrecían conversación, escoltado el grupo por los juegos de los nietos, que se entretenían bajo el ventanal haciendo papiroflexia con las enormes hojas de alguna gaceta antigua.

—¿Qué cosa, hija mía? —Suspiró larga y resignadamente el anciano—. ¿Nuestras gallinas han dejado de poner huevos? ¿O es que acaso el zorro se ha llevado alguno de los gansos?

Myriam, que acababa de traspasar el umbral con el brazo enlazado al de su cuñada, no pudo evitar esbozar una sonrisa traviesa, que disimuló replegando los labios al interior de la boca y desviando la mirada hacia Anne, quien también se mostró risueña ante las ocurrencias del bonachón anciano.

—¡Oh, padre! —protestó Molly haciendo un mohín—. ¿A quién podrían interesarle las gallinas o los gansos?

—A nuestros estómagos, sin ir más lejos —intervino Connor, ceja derecha enarcada—. Incluidos los vuestros, supongo.

—¡Connor, santo Dios, no seas aguafiestas! —apuntó Nancy, indignada ante la escasa atención recibida—. Hay cosas mucho más importantes en las que pensar que en los animales del corral.

—Eso ya me lo dirás cuando la cocinera te presente cualquier noche un guiso a base de cintas o encajes, pequeña necia.

Nancy puso los ojos en blanco y resopló, agotada ante la ignorancia social de toda su familia. Airosa, se volvió hacia su progenitor, dispuesta a ignorar apuntes que no pasaran por el aro de su vanidad.

—Padre —replicó, dirigiéndose de nuevo al anciano—, ¡por fin, han puesto fecha para el baile de bienvenida a nuestro vecino más reciente! ¡Las Fisher nos lo acaban de confirmar!

David miró a Connor, que, a continuación, dirigió una mirada inquieta a Myriam, quien, a su vez, percibió la mirada y la curiosidad de Anne asentadas en su persona.

Para evitar todos los ojos, inclinó los suyos y exhaló en profundidad las aflicciones que ya regresaban otra vez.

La esposa de David no acababa de comprender el significado real de lo que sucedía, pero no era tonta en absoluto, por lo que tantas miradas dirigidas a Myriam en los últimos días, acompañadas de gestos constantes de preocupación y temor por parte de los varones de la familia, no le pasaban desapercibidas.

Debía hablar con su esposo más pronto que tarde acerca de lo que estaba sucediendo, solo de ese modo podría dejar de sentirse una boba y ofrecer algún tipo de apoyo a su querida cuñada.

Por lo presente, se limitó a sostener con afecto el brazo de Myriam en el arco que ofrecía el suyo mientras acariciaba con la mano contraria el delgado antebrazo.

—¿Cuándo sucederá esto? —preguntó David.

—¿El baile? ¡El viernes! ¡Este viernes! ¡Qué bien hemos hecho comprando a tiempo los adornos que necesitaremos para nuestros vestidos! —se congratuló Molly, dando saltitos y palmadas ante sus atónitos espectadores—. Los Carpenter se han ofrecido a celebrarlo en su casa, ya sabéis que cuentan con el salón más grande de Smallton; seguramente, el único a la altura de un hombre tan rico como el recién llegado. ¿No resulta maravilloso?

—Pero si hoy es martes... —comentó David, ceño visible y mirada turbada dirigida a Connor.

—Me parece un poco precipitado —apuntó Anne. A la vista del intercambio visual entre los hombres y de la preocupación que transmitían sus ceños fruncidos a severidad, deseaba implicarse y otorgarles a su favor la razón al ponerse de su lado—. Organizado con tan poca antelación, la mayoría de los vecinos ya habrán adquirido compromisos previos; estas cosas deben disponerse con calma y con el suficiente adelanto.

—¿Compromisos previos? —jadeó Nancy mientras abría unos ojos como platos y le dirigía a su cuñada una sonrisa burlona—. ¡Si aquí nunca hay nada que hacer, Anne! De hecho, creo que todos nos morimos por asistir, por fin, a un baile. —Miró a su hermana Molly, que cabeceó rápida en señal de asentimiento—. El último se celebró por San Juan en casa de los Holmes, y de eso ha pasado ya demasiado tiempo. Debemos ser el condado menos bailarín de todo el imperio.

Connor meneó la cabeza, vivamente disgustado ante el cariz que tomaba la situación.

—No creo que...

Nancy interrumpió a su hermano con un resoplido airoso; acto seguido se lanzó de rodillas a los pies de su padre para aferrarse a sus pantorrillas y fijar en él una mirada cameladora.

—Si los Carpenter nos invitan, ¿podremos asistir, padre? Vaya, diga que sí —suplicó, componiendo un puchero con los labios y parpadeando con coquetería—. ¡Hace tanto tiempo que no bailamos!

—No me parece correcto, padre —insistió Connor.

—¡Somos jóvenes! ¡A este paso nos haremos viejas sin haber bailado ni media docena de veces en nuestra vida!

—Ni siquiera hemos ido a presentarle nuestros respetos... —continuó Connor, silenciándose de golpe al decir eso último, puesto que, en su interior, batallaban dos sentimientos muy distintos: el que implicaba corrección y cortesía tales que obligaban a ofrecer una bienvenida amable a cualquier nuevo integrante del vecindario, por un lado, mientras que, por el otro, aparecía el más fuerte y poderoso que se imponía sobre todos los demás: el rencor y el odio más absolutos manifiestos hacia ese maldito vecino.

¿Presentarle sus respetos? ¿A Marcus Bailey? ¡Antes le rompería la crisma, tal y como en verdad deseaba hacer!

—¡Pero todavía estamos a tiempo de hacerlo, padre! —insistió Nancy—. Si no, siempre podemos hacerlo durante el baile; al fin y al cabo, se celebrará en su honor y él estará presente. ¿No ha de haber un momento a lo largo de la velada para presentarse?

Connor apretó la mandíbula. En esos momentos, le gustaría estrangular a Nancy o, al menos, propinarle un buen pescozón.

—¿Han dicho las Fisher si el nuevo vecino ha llegado acompañado de... de... de su familia?

Todas las miradas volaron raudas a Myriam, quien se había expresado en un susurro y sin levantar la mirada del intrincado trenzado de la alfombra bajo sus pies.

Connor observó a su hermana con el ceño fruncido. ¿Por qué preguntaba eso? ¿Por qué se torturaba de ese modo?

Nancy, feliz de poder disponer por una vez de cierto protagonismo ante su siempre eficiente y correcta hermana mayor, ajena por completo a cuanto podía estar sucediendo, se volvió hacia ella para compartir cuanto sabía.

No era mucho en realidad, pero lo poco que fuera mantendría a Myriam —y a todos— pendientes de ella. Eso suponía satisfacción suficiente.

—Lo cierto es que no —admitió sin desánimo—, pero estoy segura de que las Fisher se enterarán más pronto que tarde. Las novedades vuelan más rápido que las golondrinas.

Myriam asintió con un cabeceo corto y liberó muy despacio su brazo del de su cuñada para separarse del grupo y parapetarse frente a la ventana, silenciosa y etérea como una sombra.

Los visillos levemente descorridos la agasajaron con la apacible visión del jardín a finales de la estación estival. Semejante acuarela resultó un liviano bálsamo a la desazón que empezaba a embargarla. Enlazó las manos frente al talle, cuadró los hombros, elevó la barbilla y suspiró.

A su espalda continuó la conversación, pero ella ya no le prestó oídos. Trató de centrar toda la atención en el bucólico paisaje que se derramaba del otro lado del cristal, mientras su cabeza luchaba por poner orden a los pensamientos que martilleaban dentro con descaro.

—¿Te encuentras bien?

La voz baja y grave de Connor a su espalda la devolvió a la realidad tras un rápido parpadeo. Ladeó ligeramente el rostro hacia su hermano para ofrecerle una sonrisa, que él adivinó por completo forzada.

—Desde luego —afirmó, y regresó la mirada al exterior—. Ya asoman los primeros higos de San Miguel, ¿los has visto? Este año han aparecido temprano.

Connor encajó la mandíbula con dureza, consciente del intento de cambio de conversación por parte de Myriam.

—¿Seguro que estás bien?

—Ajá.

La expresión lánguida y abismada de su hermana hablaba de una templanza admirable que incluso suponía una burla a su propia preocupación.

Si Myriam se sentía afectada de algún modo, no lo demostraba. Su semblante imitaba el rostro hermoso y casi místico de una esfinge de indiferencia.

—¿Ha concedido padre su beneplácito? —preguntó al cabo de unos segundos y sin parpadear, como quien conversa acerca del tiempo o del estado de los caminos.

Connor cabeceó un asentimiento, un asentimiento reflejado con gran pesar, pues él se manifestaba completamente en contra de semejante decisión.

Myriam apreció la respuesta por el rabillo del ojo. Su expresión no varió ni un ápice.

—¿Asistiremos a ese baile? —se atrevió a preguntar, tanteándola.

Myriam se tomó unos segundos antes de responder. Segundos en los que simplemente sus oídos se embotaron, impidiéndole oír más allá de los latidos de su propio corazón o del pulsar de la sangre en las sienes.

Ese instante de evasión fue breve, aunque infinito en su conciencia, porque, al cabo de unas cuantas palpitaciones, se devolvió al presente y volvió el rostro hacia Connor para dedicarle una sonrisa de conmiseración.

—Yo no, por supuesto. —La sonrisa se amplió ligeramente—. Aunque me temo que tú deberás escoltar a tus hermanas pequeñas. Están deseosas por asistir y bailar hasta caer rendidas. —Ladeó el rostro con conmiseración—. O hasta dejarte a ti en ridículo. Lo que sea que suceda primero.

CAPÍTULO 6

Tal y como había decidido, Myriam no asistió al baile en la residencia Carpenter.

Connor debía reconocer que la ausencia de Myriam esa noche supuso un gran alivio para él. Puede que sonara un tanto egoísta por su parte, tal vez lo fuera pensar y sentir de ese modo, pero sabía que no le hubiera resultado sencillo soportar la tensión que, estaba convencido, iba a experimentar de encontrarse ella presente.

En todo momento, se sentiría incómodo e inquieto, tratando de evitar determinadas personas y desagradables situaciones que pudieran provocarle cualquier suerte de dolor a su querida hermana.

Sabía que Myriam permanecía a salvo y tranquila en Mershaw Cottage. Para él era más que suficiente, al menos, por esa noche.

Cuando abandonó la vivienda hacía algo menos de media hora, su hermana se mostraba relajada en el tresillo del salón, al amor del fuego, acompañada de David, que, en el ángulo opuesto de la estancia, entretenía a su padre leyendo con él algunos salmos, y de Anne, ambas mujeres imbuidas en una agradable conversación.

Posiblemente conversaran acerca de afinidades comunes y puede que incluso alguna de las dos se decidiera a hacer sonar en algún momento la espineta que adornaba un rincón.

Todo parecía ir bien, simplemente otra sobremesa agradable y apacible, como solían serlo todas en la vivienda de los Everglott.

Suspiró, envidioso de la suerte que disfrutaba a esas horas la otra fracción de su familia mientras él se resignaba a la suya actual.

Sabedor de que Myriam no había asistido al baile, tan solo estaba condenado a lidiar con sus propios demonios, que no eran pocos, mientras mantenía en activo la misión de controlar a sus dos hermanas menores. ¡Tarea enojosa en sí misma!

Molly y Nancy eran demasiado niñas para ser tomadas en consideración por ningún joven caballero en condición de buscar esposa, por lo que ambas se dedicaban a diversiones inocentes e inofensivas, aunque, en efecto, demasiado ruidosas e incómodas para su hermano mayor, como era corretear entre los grupos cual gallinas alborotadas, fisgonear con sus amigas Fisher, asomar la cabeza con descaro entre los diferentes corrillos, beber limonada y estallar cada tanto en carcajadas mientras bailaban entre ellas, sin ningún tipo de elegancia o siquiera arte, limitándose en realidad a saltos y cabriolas disparatadas en cada paso de baile.

Ejercer de centinela moral resultaba sencillo con ellas, puesto que no existía por el momento actitud picaresca en su comportamiento, pero sí todo el empeño del mundo en aparentar una adultez y una experiencia de la que carecían por completo.

También gustaban de lucir adornos en sus vestidos, calzado y cabello, tal y como veían hacer a las debutantes o como observaban en las ilustraciones de las revistas de moda que conseguían leer en el pueblo; de ese modo, se acicalaban como si camparan a sus anchas por el mismísimo St. James, tan rebosantes de bagatelas, lazos y afeites que incluso en ocasiones llamaban al ridículo.

A pesar de todo eso, en el afán de las chicas existía tan solo por el momento la necesidad de alimentar una vanidad creciente que ya se intuía iba a terminar por ser demoledora.

Consideró Connor, por tanto, que podría permanecer en la residencia Carpenter un par de horas, a lo sumo, mientras consentía que las jóvenes liberaran toda la energía acumulada.

De ese modo, lo dejarían tranquilo, al menos durante el viaje de vuelta, por lo que tan solo debería sufrir al día siguiente la minuciosa y subjetiva descripción que transmitirían ambas al resto de la familia acerca de lo que había sido la velada para ellas.

Pero entonces él estaría acompañado, de modo que el suplicio de escucharlas resultaría menor. Puede que incluso Myriam le echara una mano coartándolas con alguno de sus comentarios sarcásticos y que David les obsequiara una profunda mirada censora que las obligara a encerrarse en su alcoba al menos durante un par de horas.

Mientras ese momento no sucedía, esa noche y, en solitario, intentaría salir airoso de su misión.

Interceptaría a alguno de los lacayos para hacerse con una copa de brandy de la bodega del señor Carpenter y, con un poco de suerte, evitaría corrillos incómodos y conversaciones innecesarias.

Podría dedicarse a beber tranquilo, oculto en un rincón, dejando pasar las horas antes de regresar a casa mientras rezaba por no distinguir ni de lejos al culpable de que se encontrara esa noche allí.

Culpable de demasiadas cosas, en realidad.

Para su desgracia, sus ruegos no fueron escuchados.

El señor Harrison apareció desde alguna parte, sonrisa en ristre, vapores alcohólicos en sus labios ya renegridos y copa imperecedera en la diestra.

Se hacía acompañar por un caballero que Connor identificó de inmediato y cuyo reconocimiento lo obligó a cuadrarse de forma sistemática.

Había cambiado, sin duda alguna.

Ya no era el joven flaco y desgarbado que él recordaba.

Claro que la última vez que se vieron, pensó para sus adentros, ambos tenían veintidós años; desde entonces los dos cargaban toda una década sobre sus espaldas.

No obstante, la carga de Marcus parecía haber sido menor o, al menos, más fácil de sobrellevar; al fin y al cabo, Connor había visto truncada su carrera en la Marina debido a una maldita lesión en la pierna que lo había enviado a casa con una modesta pensión y una cojera permanente, mientras que Bailey...

Bailey seguía siendo el niño rico de siempre.

Connor elevó la barbilla para observarlo a través de los párpados entornados.

Marcus Bailey era mucho más alto ahora de cómo le recordaba. Sus hombros se habían ampliado, del mismo modo que lo habían hecho su espalda y su torso. Vestía de forma impecable, como no podía ser de otro modo, y de tal evidencia quedaba constancia a través del elegante frac oscuro con el que se ataviaba, de magnífica caída y distinguido corte, del chaleco brocado con hilo dorado, a juego en tono con los pantalones de lino, o del impoluto y bien trazado nudo del *cravat* que asomaba entre el almidonado cuello de la camisa.

Impecable como un pincel o como el propio Jorge IV paseándose por la corte.

Semejante apreciación provocó que Connor torciera los labios en un indisimulado gesto de desprecio.

¡Ridículo pisaverde! ¡Estirado snob! ¿Desde cuándo había adoptado semejantes aires de pedantería?

Bailey lucía el cabello largo sobre la frente, rizado como antaño y ligeramente despeinado, tal y como marcaba la moda, también generosas patillas que se deslizaban a lo largo de la mandíbula.

Su mirada era ahora firme e insondable, casi podría decirse que incluso fría y escrutadora. Varias arrugas se asomaban a su entrecejo y señalaban su frente, confiriéndole un aspecto severo y excesivamente formal.

—¡Hombre, Everglott! —exclamó Harrison demasiado alto, animado por la cantidad de líquido que llevaba dentro y que ya debía de hervirle en las entrañas—. ¿Qué hace usted aquí solo, amigo mío? ¿Evita acaso al resto del mundo?

Connor no respondió a la efusividad de Harrison; se limitó a intercambiar con su acompañante una mirada dura como el acero y cortante como el filo de un cuchillo. Mirada que no amedrentó al recién llegado, sino que incluso fue sostenida por él con absoluta entereza.

—¿Conoce ya a nuestro nuevo vecino? —continuó Harrison, ajeno al frío intercambio visual entre caballeros—. ¿No? ¡Pues le presento a nuestra última incorporación al vecindario de Smallton, el señor Marcus Bailey! Reputado abogado donde los haya, fíjese qué porte y qué clase aporta al pueblo... —Con una amplia sonrisa, giró hacia el abogado—. Señor Bailey, le presento al señor Everglott, antiguo oficial de la Marina...

Connor tragó seco y cerró las manos en puños. Le hervía la sangre en las venas y le picaban los puños ante la solicitud de una rápida liberación.

Pero no podía ponerse en evidencia ante Harrison, ni ante sus anfitriones y el resto de invitados al baile, por más que en ese instante deseara arreglarle la cara a golpes a aquel cretino.

—Everglott... —Para su sorpresa, fue Marcus el primero en saludar y ofrecer un cabeceo seco y firme a modo de cortesía.

Connor de nuevo tragó seco y, mandíbula encajada, elevó la barbilla con arrogancia, absteniéndose de ofrecer a su vez la consabida cortesía.

¡No le debía nada! ¡Mucho menos una venia! ¡Maldito fuera! ¡Había abandonado a Myriam como un auténtico cobarde y roto lazos con toda la familia Everglott a través de una miserable carta!

—Bailey... —se limitó a sisear aquel odioso nombre entre los dientes.

Durante algunos segundos, que Harrison aprovechó para vaciar de un trago el contenido de su copa y continuar parloteando solo, ambos hombres continuaron sosteniéndose la mirada en silencio, calibrándose el uno al otro. La mirada de Connor reflejaba rabia contenida y desafío; la de Bailey resultaba sin duda indescifrable.

—¿Se encuentra su familia bien de salud? —Marcus Bailey habló de pronto, en un tono firme y conciso.

Connor encajó la mandíbula hasta que los molares restallaron.

¿A qué venía eso? ¿Preguntaba por su familia? ¿Se burlaba de él? ¿Pretendía burlarse una vez más? ¿Qué demonios le importaba a aquel cretino su familia?

—Todos se encuentran perfectamente, gracias —respondió secamente.

Fue el turno de Marcus de elevar la barbilla mientras se cuadraba en toda su apostura, recogiendo los brazos a la espalda.

—Me alegro, entonces. —Con un cabeceo pareció pretender poner fin al intercambio y continuar camino, para dejar atrás a Harrison y al propio Everglott.

Pero Connor dio de pronto un paso al frente al obstaculizarle el camino.

Parado frente a él en toda su apostura, aunque era, al menos, una cabeza más bajo que Bailey, lo desafió mirándolo de hito en hito, ceño fruncido a severidad. Sus pupilas centelleaban.

—¿De verdad se alegra?

Eso descolocó a Marcus, que se puso en guardia de inmediato.

A su lado, reducido como un botijo y encarnado como un ruibarbo, Harrison desviaba la mirada de uno a otro sin entender demasiado lo que acababa de acontecer allí.

—¿Qué quiere decir, Everglott?

—Usted sabe lo que quiero decir... —rugió entre dientes—. ¿A qué demonios ha venido a Smallton?

Por fortuna, no hubo lugar a respuesta ni a ningún tipo de actuación, porque un cuarto caballero, acercado sin duda por la Divina Providencia, se unió al grupo para entablar conversación con Harrison, interrumpiendo lo que se anunciaba a todas luces como el inicio de una segura contienda.

Fue debido, tal vez, a esa nueva incorporación al grupo, porque sabía de la presencia de un segundo testigo involuntario, que un acertado lapsus de lucidez acometió a Connor, de tal modo que se obligó a desterrar en el acto el acceso de rabia que lo había dominado segundos antes, orillándolo al borde de la ofuscación y de la violencia, para refrenar sus impulsos.

Retrocedió despacio sobre sus pasos, manos cerradas en puños a los costados y nervios a flor de piel, para terminar por desaparecer, sin mediar mayor explicación, y escabullirse de la conversación recién estrenada.

Ninguno de los presentes se percató de su discreto mutis, a excepción de Bailey, que siguió su retirada con el ceño fruncido y una severa sombra de preocupación en la mirada.

* * *

—¡Es guapísimo, Anne! —Nancy se llevó un dedo a la barbilla y elevó la mirada al techo para forzar una expresión pensativa. Tras sopesar sus últimas palabras apenas medio segundo, se corrigió con rapidez—. ¡Guapísimo teniendo en cuenta lo viejo que es, claro!

—¡Por supuesto, no podemos olvidarnos que ya rebasa la treintena y que eso lo condena a ser considerado poco menos que un viejo achacoso y decrepito! —apuntó David poniendo mala cara, porque él mismo había superado ya las cuatro décadas.

Anne inclinó la cabeza para ocultar la sonrisa que asomó a sus labios mientras dedicaba una mirada a Myriam, sentada a su diestra.

La joven permanecía de cuerpo presente escuchando los atropellados apuntes de sus hermanas menores en referencia al baile, aunque su mente trataba en todo momento de mantenerse muy lejos de allí.

—Yo no diría tanto —trató Nancy de enmendarse, ligeramente encarnada—. ¿Achacoso y decrepito? ¡En absoluto, hermano! Su porte es distinguido, viste como un auténtico caballero y ni un solo

pelo plateado asoma en su cabeza. —De nuevo David se incomodó, puesto que, en su propia cabeza, habitaban ya los primeros cabellos blancos.

Connor, quien llevaba ya un buen rato escuchando y apretando los dientes, puso los ojos en blanco y resopló de forma sonora su disconformidad. Había permanecido callado y entretenido con su taza de té durante la exaltada exposición llevada a cabo por sus hermanas, pero al escuchar la referencia de Nancy acerca de la apostura y el buen vestir de aquel estúpido, no pudo reprimirse ni pasar un minuto más sin manifestar su opinión.

¿Que vestía como un auténtico caballero? ¡En todo caso como un petimetre ridículo! ¡Oh, cómo había cambiado en tanto tiempo el desgarbado y flacucho estudiante de derecho!

—¡Menudo competidor le ha surgido al príncipe de Gales, doy fe! —farfulló malhumorado—. Desconocía que un simple abogado pudiera permitirse semejantes lujos, aunque —un jadeo desabrido brotó desde las profundidades de su alma— ¿cómo podría yo saber nada acerca del buen vestir? Solo soy un pobre lisiado con una modesta pensión militar...

David suspiró, detestaba la autocompasión inútil que, demasiado de vez en cuando, exteriorizaba Connor. De hecho, casi podría decirse de él que llevaba diez años viviendo resentido consigo mismo y con su mala fortuna.

—Pueden hacerlo, hermano —argumentó con calma, tratando tal vez de transmitir esa misma calma a los ánimos molestos de su hermano—, cuando pertenecen a casas ricas. El anciano Bailey era un hombre muy rico, no lo olvides, y él su único pariente. Si costeó sus estudios en Eton, también pudo dejarle un buen saquete con el que arreglarle la vida en cuanto se hiciera hombre.

—Y predisponerlo a un guardarropa excesivo rebosante de ringorrangos ...

—Eso también forma parte del beneficio, claro está.

Algo más rumió Connor por lo bajo, mostrando una completa discordancia con lo que se decía, pero ya nadie le prestó atención, puesto que Molly intervino a continuación, emocionada y con las manos en pose de oración.

—¡Se dice que posee una gran casa en Londres! —exclamó, completamente encarnada—. ¡Y su propio bufete en el centro de la ciudad!

—¿Todo eso lo habéis descubierto en el transcurso de un baile? —bufó Connor.

Las chicas lo ignoraron por completo.

—Seguro que su casa ha de estar ubicada en uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad —continuó soñando Molly en alta voz—, seguro también que posee varios coches a su completa disposición.

—¡Y criados! —exclamó Nancy—. Como un auténtico caballero.

—Pero no es ningún caballero —protestó Connor, quien empezaba a borbotear su indignación de forma demasiado obvia al entrar al juego dialéctico de esas dos y acalorarse tanto en el proceso—. Tan solo se trata de un hombre de leyes, leyes, una profesión como cualquier otra, como puede serlo un tabernero o un estibador.

Las chicas continuaron ignorando descaradamente sus apuntes. No así David, Anne y la propia Myriam, quienes observaban a Connor con cierta destemplanza, a la vista de la irritación y la incomodidad que *per se* exteriorizaba su hermano.

—He oído que el señor Bailey solía pasar los veranos en Smallton, en la vieja casa de ladrillo que hoy habita —miró Nancy a sus hermanos varones—. ¿Lo conocíais por aquel tiempo?

Connor dirigió a David una mirada ceñuda; luego observó a Myriam con cautela, pero la falta de expresividad en su rostro consiguió tranquilizarlo.

—Vagamente... —soltó y se levantó de su asiento, incómodo.

No le gustaba tener que hablar de todo eso precisamente con dos niñas insensatas que nada sabían del mundo ni de la vida. No quería hacerlo, no, cuando tocar ese tema, mencionar a ese hombre, suponía tener que regresar al pasado y rememorar momentos que fueron, que deberían haber sido y que terminaron por ser nada a causa de la cobardía de un necio.

—Por lo que sé es de tu misma edad, Connor. ¿Acaso erais amigos?

—¡Yo no tengo amigos relamidos! —bufó, encarándose a la chimenea para tratar de distraerse con el lánguido baile de las llamas.

Sus ojos, anclados en las anaranjadas lenguas de fuego que danzaban sin fin, refulgían de rabia; tal vez y solo tal vez, asomando también al oscuro iris una chispa de melancolía, pues ciertamente Marcus Bailey había sido una persona muy afecta para él en otro tiempo.

—¡Oh, es una lástima! —suspiró Molly desde su ingenuidad infantil—. Habría sido maravilloso que lo fuerais, porque, de ese modo, nos invitaría a su casa, y nosotros lo invitaríamos a la nuestra para rememorar viejos tiempos.

Connor jadeó en silencio, desechando por completo tal ocurrencia.

¡Invitarlo a su casa! ¡Precisamente en eso estaba pensando!

—¡Así podríamos fastidiar a Iona Fisher! —exclamó Nancy, eufórica—. ¡Se moriría de la envidia, estoy segura, si supiera que el señor Bailey se sienta en nuestra mesa antes que en la suya!

A la vista de que Connor no iba a responder —mejor así, porque, de hacerlo, no sabía David cómo podría reaccionar su hermano— y que no resultaba muy lógico que Myriam lo hiciera tampoco, sumado al desconocimiento de Anne respecto a ese tema en particular, David decidió intervenir de una vez para acallar semejante despropósito.

—Creía que las Fisher eran amigas vuestras...

—Y lo son —afirmó Nancy poniendo los ojos en blanco y suspirando a profundidad—, pero Iona es una engreída que siempre anda presumiendo de las maravillosas relaciones de su familia; sería bueno poder aventajarla por una vez para que se fastidie y se trague su orgullo.

David espurreó una risotada sarcástica.

—¡Líbrenos el buen Señor de amigas afectas como vosotras! —exclamó.

—No lo entiendes, David —señaló la joven con cierta indignación—: el señor Bailey es novedad absoluta en el pueblo, todo el mundo habla de él y todo el mundo le observa con fascinación, la propia Iona incluida. Sería maravilloso para nosotras que el señor Bailey mantuviera una amistad previa con cualquiera de vosotros; de ese modo, podríamos presentarnos como cercanos a él, como viejos amigos de la infancia —suspiró, componiendo una expresión soñadora—. Todo el pueblo nos observaría a nosotras con reverencia.

—Y envidia —intervino Molly.

Nancy cabeceó en asentimiento al apunte de su hermana, alargó una mano hacia ella y, a un gesto de la mayor, abandonaron juntas la estancia para perderse en la estela de risas y cuchicheos que dejaron

tras de sí, antes de encerrarse en su habitación.

En su ausencia, dejaron en la sala un ambiente taciturno y sombrío, plagado de recuerdos indeseados, ceños fruncidos, gestos severos y, en el caso de Anne, completa incertidumbre.

CAPÍTULO 7

Myriam extravió una mirada de ojos ciegos en el paisaje en movimiento que apreciaba del otro lado de la ventanilla del carruaje.

El sol se desangraba lentamente sobre el horizonte, enrojeciendo con su lánguida radiación las ondulantes prominencias verdes cuyas cumbres despuntaban más allá de donde alcanzaba la vista; en la quietud de los confines crepusculares, una bandada de estorninos cruzó el cielo, pincelando el firmamento de color y movimiento.

Connor permanecía ajeno a todo esto, ocupando el asiento enfrentado al de su hermana, silencioso y meditabundo, con la mirada perdida en algún invisible átomo flotante y la cabeza muy lejos del pequeño vehículo que los transportaba con lento traqueteo.

La mano diestra le cubría la boca; con el nudillo del índice, se golpeaba lenta y repetidamente los labios, fomentando una expresión reflexiva.

Como venía aconteciendo al menos una vez por semana desde hacía mucho tiempo, los Everglott habían sido convidados a cenar con los Harrison, un anciano matrimonio afecto de la familia y residente en el pueblo desde hacía unos pocos años.

En esa ocasión, el anciano Everglott había optado por no acompañarlos, puesto que una molesta ciática lo había postrado en el sillón desde media tarde, por lo que los dos hermanos mayores residentes en la vivienda acudían esa tarde en representación de la familia.

David y Anne habían resuelto permanecer en casa con sus hijos, acompañando además al señor Everglott en la convalecencia.

Las niñas jóvenes, Nancy y Molly, no deseaban participar en una cena en la que tan solo se reunía gente demasiado mayor y no existía la posibilidad de contar con música o diversión.

—¿Crees que se sentía superior? —soltó Connor de pronto en un tono bajo, todavía inmerso en sus cavilaciones.

Myriam desvió la mirada del exterior para regalársela a su hermano, quien continuaba con la suya extraviada.

—Bailey... —aclaró él, ceñudo y contrito—. ¿Crees que se sentía superior a mí..., a todos nosotros?

Myriam se demoró unos segundos en reaccionar. ¿Así que tocaba hablar de Bailey? Tras un suspiro resignado se limitó a volver la cabeza para centrar de nuevo los verdes iris en el matizado paisaje crepuscular del exterior.

—A menudo lo pienso; creo que nos consideraba muy inferiores a él —continuó Connor desgranando sus pensamientos.

Un nuevo suspiro huyó de los labios femeninos.

—No, no lo creo, Connor.

Pero él, a pesar de la respuesta conciliadora de su hermana, seguía alimentando sus propios demonios, permanecía cruelmente torturado por ellos:

—Podría hacerlo, ¿sabes? Sin duda poseía motivos para sentirse superior —exhaló de forma sonora—. Inicié mi carrera como guardiamarina a los doce años, me alejé de mi hogar y de mi familia

para instruirme en la disciplina y la austeridad militar, mientras que él se dedicaba a estudiar derecho en una prestigiosa universidad, rodeado de lujos y privilegios.

Myriam tragó seco. Tocaba hablar de Bailey, muy en contra de su sentir y de su propio corazón, al parecer no quedaba de otra.

—De sentirse superior, jamás lo demostró, y lo sabes —añadió, girada hacia su hermano—. Gastaba los días, con todas las horas, con nuestra familia.

—Puede que tengas razón; por aquel tiempo, éramos amigos. ¿Pero lo éramos de verdad?

Myriam cabeceó quedamente.

—Os entendíais bien.

Connor meneó la cabeza en negación.

—No lo sé...

—Os vi juntos mil veces, Connor, y creo que su amistad hacia ti era del todo sincera.

Connor de nuevo meneó la cabeza mientras esbozaba una sonrisa cáustica. ¿Cómo podía Myriam defenderlo después de todo? ¿Cómo podía atribuir sinceridad a los sentimientos de ese necio cuando el tiempo y la experiencia habían demostrado su absoluta deshonestidad? Tal vez, nunca habían sido amigos; tal vez, todo lo referente a ese cretino había sido una completa farsa, y Marcus Bailey un absoluto farsante.

Su corazón y el resentimiento que lo habitaba hablaron por él:

—A pesar de todo lo que sabemos que hizo, a pesar de lo que hoy pensemos de él, creo que en el fondo yo... lo envidiaba. Es posible que todavía lo envidie, Myriam. Hablando con Nancy y Molly la otra tarde debí dar esa impresión, la de un completo envidioso, y puede que no sea una impresión desacertada después de todo.

Myriam le dedicó una mirada profunda, interrogante.

—¿Envidiarlo? ¿Tú? ¿Por qué harías algo así?

Connor jadeó.

—¿Cómo no hacerlo? Bailey tenía una vida acomodada, además del futuro perfectamente planificado y resuelto; al contrario de mi persona, él nunca se vio obligado a crecer antes de tiempo, no tuvo nada que sacrificar... —Connor jadeó una risotada rendida—. Todo le fue ofrecido en bandeja de plata.

Myriam regresó la mirada al exterior. Le dolía esa conversación. Le dolía el dolor de Connor.

—Pero creció sin padres, acompañado por un anciano estricto y exigente, mientras que tú contabas con una familia amorosa, hermano. Él solo tenía sus libros y sus sueños; no tienes nada que envidiarle, ni entonces ni ahora.

Connor frunció el ceño.

—Pero finalmente él salió ganando. —Encajó con rudeza la mandíbula hasta que los molares restallaron. La mano diestra acarició la rodilla lesionada—. No en lo que a la familia respecta, por supuesto, porque me siento más que honrado con todo el cariño que me rodea, pero sí en lo que concierne a la consecución de los sueños. Los míos se truncaron de golpe justo cuando los suyos emergían.

Todavía extraviada la mirada en el paisaje, Myriam jugueteó con la fina tela de cabritilla de sus guantes, dedicándose a estirar el sobrante de la puntera de los dedos para aplastarlo acto seguido.

—Los tuyos no fueron los únicos que se truncaron... —se limitó a decir en muy baja voz, casi como si los pensamientos huyeran sin permiso entre los labios. Seguramente así había sido.

Connor apretó fuerte la mandíbula. Los puños se cerraron sobre los muslos.

—Lo sé, y por eso lo odio.

* * *

El señor Harrison cargaba con un grave problema: era un gran aficionado a la bebida y, como suele suceder en esos casos, no la toleraba en absoluto.

Su estado de embriaguez resultaba fácilmente reconocible: cuando el alcohol empezaba a reverberar en su caldera interna, el rostro se le coloreaba hasta imitar el tono de una granada madura, en la que se destacaban sobre manera las numerosas ramificaciones venosas de la hinchada nariz y los pómulos.

Su tono de voz se elevaba mucho más de lo considerado correcto y hasta aceptable; todo en su pose resultaba un tanto grotesco y vulgar.

Acostumbraba, además, a sufrir un notable cambio de humor conforme asilaba en su estómago dos o tres copas de alcohol de más, pasando de pronto de ser un anciano amable, entretenido y hasta buen conversador, a convertirse en un tipo insolente y grosero.

A Myriam, semejante mutación no la tomaba por sorpresa, porque los hermanos Everglott, junto a su padre, eran asiduos de los Harrison. Eso no significaba que aceptara tal comportamiento, tan solo que había aprendido –en realidad, se había resignado– a tolerar sus ocurrencias hasta tratar de pasarlas por alto.

A menudo, cierto era, no resultaba sencillo, puesto que el viejo Harrison podía llegar a volverse verdaderamente necio y cargoso.

Por fortuna, cuando todo esto tenía lugar, acostumbraban a encontrarse en *petit comité* –durante los bailes y demás eventos públicos, Myriam trataba en todo momento de evitar su compañía, por precaución–, por lo que el bochorno era repentino y fácilmente eludible; al fin y al cabo, las debilidades de Harrison eran conocidas por todos y a nadie extrañaba su proceder.

Pero, en esa ocasión, las bromas de Harrison contarían con un testigo inesperado.

En cuanto los Everglott cruzaron el umbral, descubrieron la presencia de otro invitado más con el que no habían contado y de cuya asistencia no habían sido informados.

Marcus Bailey en persona.

La primera reacción de Myriam y Marcus al encontrarse frente a frente fue la de permanecer ambos parados en mitad del recibidor, incapaces de apartar la mirada del otro pese a la creciente incomodidad que experimentaron ante un encuentro tan por completo inesperado.

Si existiera el momento idóneo para suplicar que la tierra se abriera bajo sus pies y los engullera a ambos hasta el centro mismo de su superficie, el momento sería aquel.

Jamás a lo largo de aquellos diez años, Myriam había esperado volver a encontrarse con él, mucho menos en circunstancias similares: en un corrillo reducido y cara a cara, sin posibilidad alguna de evitarse.

De darse media vuelta.

De esconderse o escapar.

Por su propio gusto, jamás se habrían encontrado; a pesar de la fatalidad de hallarse en el mismo pueblo, ella habría hecho lo indecible con tal de no coincidir. Dejaría de asistir a bailes, buscaría otro itinerario para sus paseos diarios... ¡lo que fuera! Desde que supo de su llegada a Smallton, se sintió más que decidida a evitar un encuentro.

Y, sin embargo, la vida, los hados o el destino parecían pretender burlarse descaradamente de ella al imponerle su presencia.

A tan breve distancia lo encontró apuesto hasta la decepción.

Ojalá los años no hubieran pasado por él con semejante donosura, convirtiéndolo en un hombre mucho más atractivo de lo que hubiera esperado... O deseado.

No era justo, no lo era en absoluto, especialmente cuando sabía que ella había ganado peso, por lo que ya no era la chiquilla flaca y grácil que él podría asilar en sus recuerdos.

Tal certeza le revolvió el estómago y apretó un poco más el nudo que amenazaba con arruinarle la noche.

* * *

Por supuesto, Myriam Everglott no podía tener el menor conocimiento de lo que esos insondables ojos de brea captaban al mirarla.

Porque Marcus no podía apartar la mirada de ella.

Era tal y como la recordaba... ¡No, de ningún modo!

La encontró sin duda mucho más madura, más hermosa, más... mujer.

Su rostro de luna llena mostraba unas bonitas redondeces en los pómulos, sus ojos eran rasgados, tal como los recordaba, igual de largas y bien perfiladas sus cejas; pero, esa vez, su mirada semejaba más calmosa, más apacible, más serena.

Su sonrisa se insinuaba apenas en un obligado gesto de cortesía; ligeras ojeras acunaban los ojos verdes, ojeras que no recordaba que hubieran existido en el pasado, pero ese detalle no la afeaba en absoluto, sino que le proporcionaba una expresión de serena reflexión. De madurez.

Recordaba el cabello castaño, ondulado por naturaleza, recogido, esa vez, en un rodete en la coronilla que permitía numerosos caracolillos cortos y apretados alrededor de los pómulos, lo que dejaba despejada la frente.

Su figura había ganado en voluptuosidad, de modo que, donde antes los vestidos carecían de contorno, se ajustaban ahora señalando las adorables curvas femeninas.

No había más que contemplar la generosidad de ese escote perfecto que, aunque pudoroso y contenido, insinuaba hermosas y delicadas curvaturas asomando bajo el ribete de encaje.

Era hermosa.

Seguía siendo igual de hermosa o más que antaño.

* * *

—¡Y aquí tenemos a la señorita Everglott! —La voz extravagante de Harrison estalló de golpe la burbuja en la que el par había permanecido aislado del resto del mundo durante lo que a ambos les semejó una eternidad. No le pasó por alto a Marcus la condición de señorita con la que el anciano acababa de distinguirla, asunto que dibujó un ligero ceño de desconcierto sobre su mirada—. No se la he podido presentar a usted en el baile de los Carpenter porque, por alguna razón, la señorita no quiso asistir. —Myriam trató de ignorar el tono de reprimenda con el que el anciano se dirigió a ella, también el gesto que le dedicó con ese propósito—. Señorita Everglott, le presento al señor Bailey.

Marcus, perfectamente contrito y ceñudo, se limitó a saludar sin mirarla, con un escueto cabeceo.

—Señorita Everglott...

Myriam aspiró una breve bocanada que retuvo en su interior hasta verse obligada a liberarla, a riesgo de colapsar.

—Señor Bailey... —soltó, junto al aire retenido, ofreciendo una reverencia lenta que no concordaba con sus sentidos encrespados.

—¡Perfecto, ya han sido ustedes presentados! ¡El elegante y acaudalado abogado y nuestra soltera empedernida! —exclamó Harrison, satisfecho de su iniciativa; al fin y al cabo, acababa de ejercer de improvisado maestro de ceremonias—. Ojalá hubiera podido presentarlos durante el baile, al menos así podrían ustedes haber bailado siquiera una pieza. —Un hipido desagradable,

provocado por los vapores del alcohol, le sacudió el cuerpo, obligándolo a cerrar la boca un segundo—. No pudo hacerse porque, al parecer, nuestra querida joven decidió quedarse en casa esa noche, debía de encontrarse usted demasiado ocupada... —insistió con la antigua pulla, componiendo de nuevo un innecesario gesto de regaño—. ¿Qué tenía que hacer, señorita Everglott, me lo puede decir? ¿Bordar una pantalla para su chimenea? ¿Coser lazos a sus sombreros? ¿Qué puede haber para una joven soltera más importante que un baile que le permita sociabilizar?

Myriam miró fijamente a Harrison, cejas unidas en un gesto turbio y labios apretados.

—A mi hermana le pareció correcto quedarse en casa para ayudar a nuestra cuñada, la señora Everglott, a cuidar de los pequeños —se apresuró a rescatarla Connor, quien no quitaba la mirada de encima a Bailey, atento a cada una de sus reacciones y dispuesto a actuar en consecuencia, llegado el caso.

Para decepción de Connor, Bailey permanecía serio e inexpresivo, imperturbable en apariencia como un bastión en medio de la niebla. Tan solo el ceño fruncido y los negros montes descendidos sobre la intensa mirada revelaban algún tipo de desconocida emoción.

—¡Oh, por supuesto, por supuesto! —aceptó el anciano—. ¡Olvidaba que su familia se encuentra de visita! —Se volvió de nuevo hacia el abogado, dispuesto a continuar con la diatriba, pero un nuevo hipido retrasó un segundo su intervención. Se llevó entonces dos dedos a los labios para tratar de acallarlo. Cuando se sintió recuperado, continuó como si tal cosa—. ¡Fíjese, usted, fíjese en nuestra señorita Everglott, una de las muchachas más bonitas del pueblo! —Dejó escapar una carcajada chisporroteante—. ¡Y, posiblemente, también la más empecinada! ¿Puede creerlo?

Myriam inclinó la mirada, incapaz de soportar por más tiempo el peso de esos ojos de brea pendientes de su vergüenza.

—Señor Harrison —señaló Connor con una sonrisa forzada, deseoso de liberar a su hermana del martirio—, tal vez, podría usted ofrecernos algo para refrescarnos, me encuentro sediento tras el recorrido en carruaje.

El anciano miró a Connor con expresión sorprendida y, al instante, batió palmas con gran escándalo.

—¡Ahora va, muchacho, ahora va! ¡Ah, la impaciencia de la juventud! Déjeme primero poner a nuestro nuevo vecino en antecedentes. —De nuevo, dirigió la atención a Bailey, quien a cada segundo lucía más incómodo en su posición—. ¿Podría usted aceptar, mirándola así de bonita y remilgada, que nuestra señorita Everglott padece auténtica aversión al matrimonio? Como le dije antes: una auténtica soltera empedernida.

Myriam no pudo evitar jadear de forma sonora mientras porfiaba por mantener la mirada inclinada y el ceño fruncido a severidad.

Connor se tensó al lado de su hermana, dispuesto a tomarla del brazo y abandonar el lugar sin mediar mayor explicación.

Al fin y al cabo, Bailey no las merecía, y el anfitrión seguramente no recordaría nada de todo aquello al día siguiente.

—Harrison, insisto, agradecería una copa... —reiteró, esa vez sin disimular su indignación.

Marcus continuó tieso como un garrote, manos enlazadas a la espalda, reunidas bajo los faldares de su elegante frac azul marino.

Su mirada ceñuda se posó unos segundos en Myriam, tratando de leer esa expresión evasiva, consciente de los rubores que le coloreaban las mejillas, deseoso también de poner término a tal enojosa situación.

—Aceptaría de buen grado también una copa de brandy, señor Harrison. —Habló por vez primera, secundando la petición de Connor.

No obstante, el antiguo guardiamarina no agradeció para nada su intervención; por el contrario, se limitó a obsequiarle una mirada sesgada bajo un ceño fruncido con dureza.

—Sí, señor, cuesta de creer —continuó Harrison con su penoso carrete dialéctico. Posiblemente, ni siquiera había escuchado la petición de ninguno de sus invitados—. El pasado año, sin ir más lejos, rechazó una propuesta de matrimonio de lo más aceptable. — Ante el incremento de ceño por parte del abogado, el dueño de casa abrió mucho los ojos antes de añadir—: ¡Un oficial del Ejército de Su Majestad! ¡Poca broma!

Llegados a ese punto, las rodillas de Myriam se doblegaron en el amago de un vahído.

Por suerte, Connor permanecía atento y pudo rescatar a su hermana, tomándola de un brazo y sosteniéndola por el talle antes de que tocara suelo o perdiera la consciencia.

Bailey mostró disposición de ayudar, pero Connor lo obligó a detenerse en el acto y retroceder tras fulminarlo con la mirada.

—Ni lo sueñes —susurró entre dientes.

Marcus retrocedió a regañadientes, con el ceño fruncido en un gesto de disconformidad y tormento.

Connor se las arregló para sustentar él solo a su hermana y, sin mediar mayor explicación ante ninguno de los presentes, atravesó el corredor para dirigirse al exterior y solicitar el carruaje.

En el vestíbulo, se encontró con la anciana señora Harrison, quien los había dejado en compañía de su esposo mientras ultimaba los detalles de la cena con las doncellas.

Se asustó bastante al encontrar a Myriam medio desvanecida y pálida como un difunto en su mortaja; no obstante, se tranquilizó un tanto al comprobar que caminaba por su propio pie y que su hermano simplemente ejercía de sostén preventivo.

Everglott se excusó alegando una leve indisposición, seguramente a causa de algo que Myriam hubiera comido a media tarde y le hubiera sentado mal.

Abandonaron el lugar con los mejores deseos de recuperación por parte de la señora Harrison, además de la mirada preocupada de Marcus Bailey, quien permaneció bajo el pórtico de la entrada hasta que vio desaparecer el carruaje tras un recodo del camino.

CAPÍTULO 8

“Señorita Everglott, le escribo hoy con la esperanza de contar con alguna certeza de su completa recuperación, porque debo admitir que quedé fuertemente preocupado tras nuestro encuentro en la residencia de los Harrison...”

Garabateó esas letras con rapidez y pulso impreciso, aunque, tras unos segundos de crítica observación, estrujó la vitela entre los dedos hasta reducirla a un gurrño informe que le cabía la palma.

Después, tras aplastarla con rudeza, la lanzó lejos de su vista con un gruñido de frustración que se desvaneció en la quietud sombría del despacho.

Apoyados ambos codos sobre el escritorio, reposó la cabeza cargada de tribulaciones en las manos, mientras apretaba las sienes con los dedos afianzados como garras.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿En qué estaba pensando? ¡No podía escribirle! ¿Cómo se le ocurría? ¡Necio, más que necio! ¿Con qué derecho se atrevía a hacerlo después de diez años de silencio?

Exhaló lenta y profundamente en tanto se repantigaba en su asiento, fija la mirada en el material de librería recientemente utilizado. Los dedos se le deslizaron entre los oscuros mechones en un recorrido descendente.

Esa vez la cabeza permaneció libre de opresión, descargado todo el peso hacia atrás y sobre la nuca.

Estaba preocupado.

Necesitaba saber cómo se encontraba ella y si se había repuesto.

Necesitaba tener la certeza de que su indisposición se había ido.

Aún recordaba cómo se había desvanecido ante sus ojos, igual que una florecilla doblegándose bajo el implacable sol del mediodía. Cuando había querido asistirle, Connor se había revuelto como un cancerbero: lo había obligado a retroceder con una mirada cargada de rabia y resentimiento.

Nada que no mereciera.

Estaba convencido de que, de haber podido, Connor lo habría apartado de allí de un puñetazo.

No le permitía tocarla, eso estaba claro.

Jamás se lo permitiría.

Pero, ¿y ella? ¿Habría consentido que la auxiliara? ¿Habría tolerado que la rozara siquiera? ¿Sería capaz de disimular el rechazo que debía de provocarle o actuaría como su hermano, destrozándolo con una sola de sus miradas?

En el aire sonó una exhalación lenta y profunda.

¿Qué había esperado una vez decidió regresar a Smallton para hacerse cargo de la casa? ¿Contaba acaso con flores y guirnaldas por parte de los Everglott? ¿Esperaba que no se sintieran afrentados por haber desaparecido sin más diez años antes?

Jadeó esa vez una risotada escéptica.

No, nunca había sido tan ingenuo como para contar con algo así.

Sabía que regresar no iba a ser sencillo. Sabía que debería enfrentarse a demasiados recuerdos, a demasiadas escenas grabadas a fuego en su memoria.

Todo: cualquier aroma, cualquier lugar, cualquier sonido familiar... Todo le recordaría a ella.

Y al tiempo compartido con ella.

A tantas promesas, a tantas esperanzas frustradas con el tiempo, a tantos sueños incumplidos...

Era consciente también de que algún Everglott había de encontrar en Smallton. No obstante, había asumido la certeza de verse obligado a lidiar con la presencia de alguien de la familia, aun cuando se sentía y se sabía él mismo culpable en todo momento, pero manteniendo las distancias con el propósito de no provocar más dolor, ni a ellos ni a sí mismo.

En su fuero interno, había alimentado el convencimiento de que Myriam no residiría ya en el pueblo.

Llevaba años suponiéndola felizmente casada y rodeada de una bonita familia en cualquier parte del vasto imperio.

Jamás imaginó que viviría todavía en el bonito *cottage*, con su padre y su hermano.

Mucho menos imaginó que permaneciera soltera.

Jamás lo habría esperado.

Myriam era tan hermosa, tan inteligente, tan especial. ¿Por qué no se había casado?

Entonces, allí sentado, en la soledad de su despacho, comprendía que tal vez no había sido tan buena idea regresar después de todo.

No era lo mismo enfrentarse a los recuerdos que pulsaban en su cabeza, que tener que encontrarse de frente y cara a cara con el origen corpóreo de semejantes recuerdos.

Mucho menos con esos adorables ojos verdes.

* * *

Septiembre dio inicio con temperaturas relativamente bajas en comparación con las disfrutadas en semanas anteriores.

Durante buena parte de la noche, había estado lloviznando; ese sirimiri incansable que habitualmente acompaña a la niebla y que acaba calando los huesos o hasta el alma de quien se encuentre obligado a padecerlo.

El campo lucía los colores brillantes que concede una humedad persistente. Las ramitas de los arbustos y las hierbas altas se doblaban bajo el peso del aguacero que las había impregnado y, en cada hoja, pendía una gota oscilante que dudaba si permanecer en el lugar o abandonarse al terreno empapado.

Algunos estorninos cantaban desde las ramas de los árboles, desafiando las precipitaciones que le humedecían los plumajes oscuros.

Anne, agotada y aburrida de intentar entretener a sus cuatro alborotadores retoños en el interior de la vivienda, compadecida también, sin duda, de la pobre Myriam, que se había visto obligada ora a cargar con uno en brazos, ora a ejercer de montura para otro y, acto seguido, a correr en persecución de todos ellos simulando ser

una bruja devoradora de niños, optó por organizar un breve paseo por los alrededores para aprovechar un instante de puntual benevolencia por parte del clima.

Por supuesto, Myriam se ofreció a acompañarla, tras sugerirle con disimulo a su cuñada un itinerario que las mantuviera alejadas de las casas del pueblo.

Más allá de Mershaw Cottage, aseguró, había un sendero que se introducía en el bosque y que resultaba un paseo realmente encantador; los robles crecían a ambos lados del camino, acompañados por gruesas matas de brezo todavía florido; la maleza baja llegaba a cerrarse en algunas zonas creando un ambiente misterioso y presto a ensoñaciones, pero, al mismo tiempo, dicho recorrido ofrecería entretenimiento a los pequeños gracias a las numerosas plantas silvestres, a las ardillas y a la cantidad de tocones que flanqueaban la senda.

De ese modo, ataviadas las damas con ligeros sobretodos y sendos paraguas por si la lluvia las sorprendía a medio camino, iniciaron el paseo perfectamente escoltadas por el pequeño regimiento de niños que no dejó de correr y saltar en ningún momento.

No dudaban en adelantarse a las mujeres para regresar correteando después, decididos a retrasarse incluso con cualquier improvisado pasatiempo hasta casi desaparecer de la vista de las adultas para, luego, volver a empezar la agitada rutina.

Siempre enredados entre las faldas de las dos, siempre entorpeciéndoles el paso, y siempre procurando besos y cariños tanto de la amorosa tía como de la paciente madre.

Anne deseaba encontrar un instante para propiciar la confidencia con Myriam; quizá, de ese modo, la joven se decidiera a compartir lo que fuera que la mantuviera distraída y taciturna, pero ni los niños favorecían esa pretendida intimidad ni Myriam parecía buscarla.

Se encontraban ya bastante alejadas del *cottage*, cobijado el grupo en el bosque que Myriam había anunciado y que entonces se desplegaba a su alrededor como el más sublime de los escenarios. Caminaban las dos mujeres resiguiendo las profundas roderas de carruaje que horadaban la tierra, mientras los niños corrían y saltaban en el montículo central pincelado de verde, cuando asomó tras un recodo boscoso del camino una figura masculina que se acercaba a pie en sentido opuesto.

Alto, fornido, ataviado con redingote marrón, sombrero de copa y bastón, caminaba el caballero con paso lento y distraído, con la mirada elevada hasta las altas copas y, sin duda, disfrutando también del bonito paisaje que acotaba la vereda transitada por la comitiva Everglott.

Anne fue sin duda la primera en percatarse de su presencia, pues Myriam se encontraba entretenida y ocupada cargando en brazos al más pequeño de sus sobrinos. Una vez que hubo depositado al niño en el suelo y recuperado la posición erguida, su mirada descubrió la oscura silueta a pocos pasos del grupo.

La sonrisa se congeló en su rostro.

Sin duda, esa era la última persona que esperaba y deseaba encontrar.

El caballero se detuvo delante de las dos y, tras observarlas con semblante circunspecto durante algunos segundos, descubrió su cabeza para ofrecer una seca reverencia dirigida a ambas.

—Señorita Everglott —la saludó.

Myriam tragó saliva, recompuesta a tiempo para ofrecer, a su vez, la consabida reverencia.

No debía mostrarse afectada, no debía parecerlo...

—Señor Bailey —atinó a decir.

El caballero miró entonces a Anne con gesto de desconocimiento.

—¡Oh, disculpe! —Myriam se apresuró a enmendar su descuido—. Le presento a mi cuñada, la señora Anne Everglott, esposa de mi hermano mayor, David.

No dudó Anne en ofrecer su cortesía, encantada de poder conocer por fin al tan mentado Marcus Bailey.

Dos de los niños más pequeños se enredaron en la falda de Myriam; se ajustaron a sus piernas, lo que la llevó a tambalearse a causa del ímpetu.

Desde su limitada estatura, observaban con curiosidad al caballero alto y bien vestido, de gesto serio y mirada profunda, del mismo modo admirativo que observarían a un príncipe o a un guerrero.

Eso debió, tal vez, de semejarles en su entendimiento infantil, puesto que no fueron capaces de cerrar la boca ni un segundo durante dicha contemplación.

—Y estos pequeños que no paran un momento son mis sobrinos —anunció Myriam con una sonrisa, revolviendo la morena cabellera de uno de ellos.

Marcus, que había estado observando fascinado el agitado movimiento de los niños, añadió, enarcando una ceja:

—Bonita familia.

Myriam lo observó con curiosidad. ¿De verdad lo pensaba?

Su ceño fruncido, su ceja ligeramente alzada y sus aires de circunspección no parecían secundar sus palabras. Pero, ¿desde cuándo el Marcus Bailey que ella conoció se había vuelto tan sombrío y taciturno? ¿Desde cuándo acariciaba los aires de un hombre tan frío y severo como antaño lo había sido su pariente, el anciano Bailey?

—Gracias, en efecto lo es —concedió, fija la mirada en esos ojos oscuros que sostenían la suya, tratando de leer en su interior, tratando de percibir su alma, como solía hacer con éxito en el pasado.

Imposible.

Marcus Bailey era ahora tan opaco e insondable como las mismísimas simas del Averno.

Entonces Marcus, como si sospechara de algún modo que su ser estaba siendo estudiado, se cuadró de pronto, lo que evidenció, con el gesto, su galante envergadura.

—Me alegra encontrarla dando un paseo. —Tragó seco—. ¿Significa eso que ya se encuentra mejor? —La mirada permanecía enredada en los ojos verde jade, incapaz de escapar de ellos y de su potente onda gravitatoria. De nuevo, envió saliva para tratar de aligerar el nudo que cerraba su garganta—. ¿Se ha recuperado de su indisposición?

Myriam miró a Anne, todavía más encendido el color al sentirse descubierta en una flaqueza que no había tenido la menor intención de compartir. Efectivamente apreció una notable expresión de desconocimiento en el rostro de su cuñada que no auguraba nada bueno para su futura paz mental.

—Me encuentro perfectamente, gracias —confirmó azorada, devolviendo la mirada al caballero.

—Me alegra saberlo; especialmente, escucharlo en boca de usted —repitió él.

Por un momento pareció que fuera a decir algo más, puesto que la mirada que dedicó a Myriam, de tan intensa como expresiva, semejaba encerrar mil y una preguntas, mil y una intenciones.

El sombrero de copa giró entre los dedos enguantados, puso en evidencia, de ese modo, la turbación interna de su propietario.

No obstante, al cabo de unos instantes de silencio, dudas, ceño fruncido y gestos nerviosos, Marcus tan solo atinó a recurrir a formalismos:

—Ha sido un placer comprobar que se halla bien; encontrarla paseando por la naturaleza en verdad me alegra mucho. —Al repetirlo por tercera vez, fue consciente, para su completo bochorno, de que debía de parecer un auténtico bobo—. Respirar este aire tan puro, amén del olor de la tierra mojada, resulta muy revigorizante. Le sentará bien, señorita Everglott, yo creo que es bueno que mantenga dicha costumbre... —¿Se expresaba con cierto titubeo o era impresión suya?—. Se dirigió entonces a la señora Everglott para tratar de poner fin a ese esperpéntico episodio y a su tremenda desazón cuanto antes —. Un placer conocerla, señora Everglott.

Con un golpe de cabeza seco y firme se despidió, asentando el sombrero en su sitio y alejándose sin mayor preámbulo del grupo, a grandes y presurosas zancadas en dirección contraria.

—El placer ha sido mío... —murmuró perpleja Anne, que se dirigió, en realidad, a la sombra que ya se alejaba por el camino.

Solo cuando lo hubieron perdido de vista, después de haber seguido con la mirada su vigoroso avance y el aleteo incesante de la caída del redingote a causa del brío concedido a sus andares, Anne pronunció en agitado susurro:

—¿Era...el señor Bailey? ¿El nuevo vecino? ¿Ese del que todos hablan?

Myriam no respondió.

No podía hacerlo porque, sencillamente, había dejado de ser dueña de sí misma. Toda presencia de ánimo se le había esfumado, sin duda extraviada tras la estela que Marcus Bailey había dejado sobre la boscosa y serpenteante senda de tierra pisada.

—¡Se dirigió directamente a ti! ¡A la señorita Everglott...! — continuó Anne, por completo desconcertada y aturullada en sus propios pensamientos—. ¿Te conocía? ¿Ya habéis sido presentados? ¿Cuándo, Myriam? —Meneó la cabeza en manifestación de una absoluta confusión—. ¿Qué es eso de que te sentías indispuesta? ¿Cuándo te sentiste enferma, querida, habiendo coincidido con él? ¡Es que ni siquiera sabía que habías coincidido con él! ¡No me lo habías contado!

Ante la ausencia de respuestas y tras apreciar la mirada lánguida de su cuñada, se dio cuenta Anne de lo agobiante que debía resultar tanto interrogante, soltado de forma apresurada y a bocajarro, como si de una descarga de artillería se tratara.

Sin duda, no era esa la mejor forma de tantear a Myriam, por lo que se silenció de golpe y tomó aire uno, dos y hasta tres segundos, antes de animarse a continuar de un modo más calmo y formal.

—El modo en el que te miraba, Myriam... —Habló muy seria, sin dejar de mirar de hito en hito a su cuñada, que le devolvió una mirada por completo desangelada—. Esa no es la forma en la que se mira a alguien que acabas de conocer, te lo aseguro. Ese hombre, ese hombre; ¡oh, cielo santo! —Meneó la cabeza y no supo cómo continuar.

Myriam exhaló lenta y profundamente, procurando con ese gesto liberar la opresión que se había instalado en su pecho desde hacía demasiados minutos ya. En concreto, desde que Marcus se había ido llevándose con él todo el oxígeno que la propia Myriam parecía necesitar para sobrevivir.

¿Cómo era posible que sucediera de nuevo? ¿Cómo, cuando ya se creía curada de él? ¿Cómo, cuando se había prometido a sí misma mostrarse por completo impasible e indiferente a su presencia?

Retiró la mirada del camino desierto para centrarla en el frente.

—Es demasiado largo de contar, me temo —dijo, esbozando una sonrisa leve y trémula, entremezclada con un suspiro abatido.

Anne, sin mayor dilación, enlazó su brazo en el de Myriam para tirar de ella y retomar camino.

—Oh, querida. —Una sonrisa comprensiva le adornaba rostro—. Créeme que no puedes dejarme con tantas dudas revoloteando en la cabeza, especialmente tras haber visto con mis propios ojos al tan mentado señor Bailey, y comprobar cómo él te mira a ti. Volvamos a casa; pondré una tetera al fuego. —Le dio un par de palmaditas, en afectuoso gesto, al antebrazo de su cuñada—. Creo que tenemos mucho de qué hablar, señorita Everglott, y yo todo el tiempo del mundo para escucharte... Si estos pequeños diablillos nos lo permiten.

CAPÍTULO 9

Debía de pensar de él que era un auténtico necio o, cuando menos, que se había vuelto completamente estúpido, en lugar de mostrarse, diez años después, como el hombre maduro y juicioso en el que tendría que haberse transformado a esas alturas de su existencia.

¡Pero no, nada de eso podía representar a ojos de ella, estaba claro!

En el breve período de tiempo en el que hubieron de encontrarse esa misma tarde, él tan solo atinó a repetirse como un papagayo, reiterando una y otra vez su alegría por haberla hallado tan bien de salud.

“Me alegra encontrarla dando un paseo, me alegra comprobar que se encuentra bien, me alegra especialmente escucharlo en boca de usted”, remedó con fastidio.

“¡Imbécil, imbécil!”

Por supuesto que se alegraba, claro; de hecho, su corazón brincaba de alivio tras descubrir que tan solo había sufrido una indisposición sin consecuencias en casa de los Harrison, pero ¿no podría haber preguntado algo más ingenioso que evitara mostrarse como un bobo? ¿Acaso no había incluso titubeado? Sí, estaba seguro de que lo había hecho. ¡Un hombre maduro, ya rebasada la treintena, un hombre cabal acostumbrado a lidiar con auténticos truhanes en las cortes de justicia, balbuceando como un muchacho! ¿Quién podría creerlo?

No obstante y después de todo, ¿de qué otro asunto podrían haber conversado? ¿Qué podría decirle a esas alturas?

“¿Qué ha sido de tu vida, Myriam, después de que yo incumpliera todas las promesas y rompiera nuestro compromiso, de que yo desapareciera como un cobarde?”

“Oh, Myriam, te encuentro tan encantadora, si no más, como hace una década, cuando te supliqué una promesa de amor que yo incumpliría descaradamente después”.

Tal vez podría haber ensayado alguna otra cosa.

“He regresado a Smallton, no en la fecha que habíamos acordado ni en las mismas circunstancias, pero me alegra encontrarte aquí, Myriam, sin duda tú has sido la única en permanecer fiel a nuestro acuerdo.”

Resopló su frustración de forma lenta y prolongada, empañando de vaho un amplio óvalo del cristal de la ventana de su alcoba, donde se había parapetado para observar el exterior.

La mirada, bajo un ceño fruncido de severidad, trataba de atravesar el velo creado con su propio hálito para perderse en la lejanía, en esa ondulante colcha plagada de remiendos ocre, verde y marrón que tan bien conocía y que había sabido identificar a la perfección tras regresar después de diez años de ausencia.

Todo permanecía igual que en su memoria. Todo tan apacible, tan tranquilo, tan bucólico... En ese momento, tan completamente ensoñador bajo la luz incierta del ocaso.

Smallton era el mejor lugar del mundo. Mejor que Berkshire y, sin duda, mucho mejor que Londres.

Tragó en seco, Fue entonces cuando tomó consciencia del nudo que le volvía a apretar la garganta, del mismo modo que lo había hecho en presencia de Myriam.

Lo que nunca pensó encontrar en ese bello paisaje rural que conformaba Smallton era a la mujer que había amado con auténtico fervor, con esa inclinación devota y apasionada con la que solo un beato es capaz de adorar a su deidad.

Y así, de ese modo entregado, la adoró él.

Myriam.

Myriam Everglott.

Myri.

Nunca debió irse...

O, tal vez, nunca debió regresar.

Nunca debió solicitar promesas que él mismo sería incapaz de cumplir.

Estaba claro que las viejas heridas todavía supuraban y que cada vez que Myriam Everglott apareciera ante sus ojos lo único que sucedería sería que la llaga que cubría por completo su corazón se volvería sangrante y dolorosa.

Se dio media vuelta, sintiéndose por completo abatido y más cobarde que nunca, para regresar a la oscuridad de la alcoba y dejar que la negrura lo abrazase una noche más.

* * *

Resultó una auténtica liberación confesar su alma con Anne. De haberlo sabido, se habría concedido semejante redención mucho antes.

Porque su querida cuñada –su amable, juiciosa y prudente cuñada– no preguntó nada más allá de lo que había preguntado en el bosque, a pesar de que la curiosidad revelada entonces anunciaba una auténtica horda de preguntas de las que Myriam deseaba huir tanto como el gato escaldado huye del agua fría.

Pero, una vez en el *cottage*, en la intimidad de la sala y frente a sendas tazas de té caliente, a pesar de la omnipresencia de los pequeños Everglott revoloteando alrededor y exigiendo atención, a veces entre esperpénticos chillidos que horrorizarían incluso al santo Job, Anne se limitó a escuchar lo que fuera que Myriam quisiera decirle.

No estaba en la intención primigenia de Myriam, ni mucho menos, exponerse en demasía, tan solo revelar cuatro detalles muy ajustados que pusieran a Anne en antecedentes y le permitieran formar en su cabeza el contexto necesario a la situación imperante. Pero lo cierto fue que, una vez que Myriam empezó a tirar del hilo que llevaba apretando y ahogando su alma durante los últimos diez años, a la vista de que Anne resultaba una oyente excelente que ni juzgaba ni censuraba y ni siquiera interrumpía su atropellado soliloquio con opiniones que no eran requeridas, Myriam acabó contando todo cuanto había que contar.

Todo.

Por supuesto, se guardó para sí los detalles íntimos que no aportarían relevancia informativa alguna y que pertenecían, sin atisbo de duda, a la privacidad de la propia implicada.

¡Qué liberador resultó confesarse de ese modo! ¡Qué cómoda se sintió una vez que hubo terminado!

Fue como quitarse de encima, de golpe, el peso abrumador que llevaba cargando sobre los hombros toda una década.

Nunca, en todo ese tiempo, había mostrado sus heridas a nadie más, ni siquiera a Connor, que había sido testigo directo del modo en que llegó –o llegaron– a provocárselas, porque había aprendido a soportar las llagas en silencio y apartada de las miradas de todos.

Se había obligado a ser fuerte y a continuar con su vida, tratando en todo momento de no arrastrar a su familia al lodazal en el que se había convertido su alma. Nadie debía visitar ese infierno de negrura y dolor, tan solo ella debía sufrirlo tras haberse introducido en él por decisión propia.

Las noches habían llegado a ser un auténtico purgatorio, y así se lo refirió a Anne.

Permanecer sola en la alcoba, abrazada por la oscuridad, le hacía despertar de golpe todos los recuerdos asilados en su cabeza; de ese modo, las miradas color de brea, las sonrisas encantadoras, las promesas entregadas, los besos que sellaban compromisos e ilusiones y la esperanza de un futuro en común pululaban detrás de los párpados cerrados, a modo de burla, a modo de doloroso reproche a la ingenuidad de una muchachita estúpida.

Tras escuchar con absoluta atención el discurso de la muchacha, que duró lo que dura caliente el contenido de una tetera mediana, Anne acabó formándose una idea clara y específica de lo que había sido la relación entre Myriam y Marcus Bailey.

¡La relación entre Myriam y Marcus Bailey!

¿Pero acaso había escuchado bien? ¡Una relación romántica entre Myriam, su Myriam, y el señor Bailey! ¡Jamás habría supuesto algo así! ¡Jamás la había imaginado involucrada en una inclinación romántica y devota!

Pero había sucedido, sin duda; y, a juzgar por el sentimiento con el que ella desgranaba sus recuerdos, no se había tratado de un capricho pasajero o de un simple entretenimiento de dos chiquillos jugando a ser mayores y modelando en sus manos por vez primera el amor.

Lo que Myriam y Marcus Bailey habían compartido iba mucho más allá. Se trataba de un auténtico compromiso forjado entre dos jóvenes decididos a entregar corazón y alma al otro, dos jóvenes que habían intercambiado promesas, ilusiones y besos apasionados, con el cielo y el bosque como únicos testigos.

Dos jóvenes decididos a dar un paso al frente y sellar su relación.

Dos jóvenes cuya finalidad era casarse tan pronto como pudieran hacerlo. Tan pronto como Bailey terminara su carrera de derecho y regresara a Smallton para pedir la mano de Myriam.

Aunque el compromiso adquirido entre los dos jamás se había formalizado ante testigos, Anne entendía que aquellas promesas habían sido intercambiadas como un acuerdo por completo legítimo que tan solo esperaba a ser validado.

David jamás le había revelado nada acerca de todo eso; comprendió Anne que su esposo no deseara mostrarse desleal a su hermana revelando lo que él consideraría por completo concerniente a la privacidad de Myriam.

Anne también lo creía así. Se alegraba, entonces, de haber alcanzado tal grado de confianza con su cuñada como para que ella misma se sentara con calma a revelar todo el asunto.

El hecho de que Marcus hubiera incumplido su compromiso con absoluta impiedad, a través de una miserable carta, acababa de retratarlo a sus ojos como un hombre poco formal, cobarde, inconstante y desleal. Nada que ver con el retrato caballeresco y casi

heroico que Nancy y Molly habían pincelado del hombre, tampoco nada semejante a la imagen que la propia Anne había formado en su cabeza al verlo en persona esa misma tarde.

Myriam lo había amado, no le quedaba a Anne el menor atisbo de duda, le había entregado su corazón, aunque, por desgracia, lo recibió de vuelta hecho añicos. La odiosa historia de siempre acerca del hombre que, una vez que abandona el reducido círculo rural para adentrarse en el grandioso y novedoso círculo universitario o capitalino, ve expandidas sus miras y todo lo anterior se le hace ya pequeño. Incluso la devoción de un corazón puro y sincero.

¡Oh, pobre, pobre Myriam!

Ahora podía entender su porfía y, de algún modo por completo razonable, podía comprender su reticencia a volver a confiar en un hombre.

Cuando al fin, terminado el contenido ambarino de la tetera, Myriam dio también por finalizada su emocional discursiva, inclinó la cabeza y la mirada para dejar en reposo su alma.

Revolver en el pasado había agitado sus entrañas y aturdido su ánimo, orillándola a un abismo al que hacía demasiado que había prometido no asomarse más.

Anne aprovechó ese momento sensible para tomar entre las suyas la mano de Myriam y apretarla en cariñoso gesto. De ese modo, sus miradas se encontraron. La de Myriam, como era de esperar, permanecía velada por un llanto que se anunciaba inmediato.

—Las viejas heridas curarán, querida, tarde o temprano lo harán —le susurró con una sonrisa cargada de comprensión y cariño—. Gracias por confiar en mí y contármelo. Has dado el primer paso y, sin duda, el más importante; ahora, juntas, observaremos cómo esas heridas van poco a poco sanando.

CAPÍTULO 10

Descansaba Myriam ese atardecer en el jardín delantero de Mershaw Cottage, recostada con relajo en una silla que había revestido con una manta para ampararse de la brisa vespertina, cubierta la cabeza con un recogido bonete de paja trenzada y un chal ligero sobre los hombros, mientras, a su alrededor, jugaban los sobrinos, que ofrecían ruidosa compañía a la paciente tía.

Había iniciado la tarde decidida a leer y a evadirse un tanto mientras los pequeños se entretenían en el jardín, pero, a la vista de que los niños no parecían mostrar interés alguno en dejarla tranquila, optó por dejar *Los castillos de Athlin y Dunbayne* sobre la hierba y dedicarse a disfrutar de las excelencias del paisaje y el clima benevolente aunque fresco de primeros de septiembre.

De vez en cuando, se concedía cerrar los ojos, respirar profundo y sonreír al escenario que la envolvía, regalándole la penetrante fragancia de la hierbabuena y la lavanda, también el melodioso canto de los pajarillos que endulzaban las últimas horas del día con su plumosa presencia entre la vegetación.

Al cabo de un rato de amable abstracción, la llamada reclamante de algún sobrino o los chillidos de otro, víctima de alguna improvisada trifulca infantil, la obligaban a regresar al presente y solicitar calma, aun sin necesidad de levantarse de su asiento.

Por fortuna, la calma regresaba enseguida y la tía podía regresar al estado de apacible sopor en el que había decidido, con gusto, sumergirse.

Imbuida en tal aspiración de evadirse se encontraba, cerrados los ojos y entregados los sentidos al entorno auditivo y fragante del que formaba parte, aquietada la respiración y las extremidades sobre la reclinada silla, cuando el contacto de una mano infantil sobre su hombro la sobresaltó de pronto.

Uno de los pequeños, James, de cinco años, la miraba fijamente con sus grandes ojos color avellana abiertos de par en par, tan cerca de su rostro que Myriam incluso hubo de alarmarse.

—James, me has asustado, cariño. —Sonrió, acariciando la frente del pequeño. Como él seguía mirándola muy serio, preguntó—. ¿Estás bien? ¿Te ha pegado alguno de tus hermanos?

El niño negó con la cabeza, enfatizando mucho el gesto.

De pronto alzó la diestra para mostrar a su tía un juguete: un caballo de madera hermosamente tallado y vivamente policromado. Acto seguido esbozó una amplia sonrisa mellada, tan grande y espontánea que contagió de inmediato a su tía.

—¿Y ese caballito tan bonito? —Myriam no había visto nunca ese juguete, podía asegurarlo, puesto que desde que la familia había llegado a Mershaw Cottage se había acostumbrado a recoger todos los diminutos instrumentos que los pequeños traviesos dejaban esparcidos por toda la casa—. ¿De dónde lo has sacado, James?

El niño continuó sonriendo, travieso y, sin moverse del lugar, hizo rodar la cintura para alargar el brazo opuesto y señalar un punto en la distancia, un lugar situado a la espalda de donde tía y sobrino se encontraban.

—Él... —dijo James—. Él me lo dio.

Myriam se incorporó ligeramente para observar en la dirección indicada.

De los labios entreabiertos huyó un jadeo urgente, al tiempo que la sangre principiaba a pulsar en las sienes y en los oídos en ronco zumbar, ensordeciéndola por completo.

Porque del otro lado de la tosca valla de madera, en el sendero que cruzaba por delante del *cottage*, Marcus Bailey permanecía a lomos de un caballo mestizo de elegante y lacia crin negra que contrastaba con el pelaje canela.

Sobre tan magnífica montura, el jinete no podía resultar de menor categoría; ataviado con un redingote marrón bajo el que asomaba un chaleco verde musgo completamente abrochado, pantalones en tono parduzco y botas *hessian* lustradas, asidas las riendas con firmeza bajo puño enguantado en cuero, erguido como un bastión sobre la silla y coronada la cabeza con un sombrero cilíndrico, Marcus la miraba con la expresión seria que Myriam había asumido habitual en él.

No supo cómo reaccionar, aunque resultaba imperativo que lo hiciera de algún modo, pero su cuerpo, por lo visto, se había negado a obedecer, una vez más.

El único atisbo de vida procedía del violento traqueteo que causaba la víscera romántica vilmente atrapada bajo la carcasa de un sayo inerte.

Así, con ese agitado pum-pum que retumbaba en su interior hasta sacudirla en cuerpo y alma, se limitó a continuar observándolo, con la boca seca y la mirada carente de parpadeo, sin atinar siquiera a levantarse, mientras las manos se aferraban a los brazos de su silla con la desesperación del náufrago que se aferra a su tabla de salvación.

Al cabo de un tiempo indefinido, fue Marcus el que concedió movimiento a la escena, tocándose el ala del sombrero a modo de cortesía.

Acto seguido tiró de las riendas para obligar a su montura a volver grupas y alejarse del lugar con paso acelerado.

Nada más.

No obstante, antes de verlo desaparecer por el sendero y bajo las opacadas luces crepusculares, Myriam casi se atrevería a jurar haber distinguido una breve sonrisa en ese rostro.

* * *

¿Acaso tampoco iba a serle concedido el beneplácito de encontrar un minuto de paz y sosiego para el alma –algo que por lo visto parecía impensable en los últimos tiempos– durante el servicio dominical?

¿Tampoco en la casa del Señor iba a poder relajarse y descender las defensas que por necesidad se había visto obligada a levantar recientemente?

Intentó prestar atención a su querido padre, quien, encaramado en el púlpito frente a su atenta congregación, predicaba con gran vehemencia un sermón sobre el perdón y la necesidad de perdonar al prójimo.

Como sucedía de forma habitual, ella misma había colaborado en la redacción de dicho sermón y, aunque, sin duda, se trataba de un tema especialmente candente, procuró mostrarse tan objetiva como

le fue posible a la hora de reflejar ante la comunidad los beneficios de dejar atrás el resentimiento o la ira.

Pero tan solo pudo prestar debida atención a la primera parte, porque, en un momento dado, por nefastos caprichos del destino o, tal vez, debido a ese reconocido sexto sentido femenino –por completo indeseable en tales circunstancias– volvió el rostro hacia la nave izquierda del templo para colisionar de frente con la mirada insondable que tan bien conocía y que tantas emociones –muy en contra de sus propios deseos– despertaba en su ser.

Desvió la suya con rapidez, encendido el color y agitado el corazón, para concentrarse en la persona de su padre en plena abstracción oratoria.

Pero, aunque sus ojos se negaran a mirar en la dirección prohibida, sus sentidos permanecían más alerta que nunca y su corazón vivamente despierto, por lo que a su memoria, traidora y presta a dejarse llevar por derroteros indeseados, acudieron de inmediato retazos que no deberían mostrarse tan dispuestos a ser evocados.

Una muchacha de diecisiete años, cubierta su cabeza con un modesto bonete de ancha visera trenzada y copa de tela, permanecía sentada en uno de los primeros bancos de la iglesia, en su nave central, atenta al sermón de su padre.

Todo el templo, de hecho, permanecía sumido en un silencio reverencial en el que se hacía eco solemne la prédica del buen pastor, el señor Everglott, quien, en esos momentos, hablaba acerca del amor mortal, del divino y del compromiso con el prójimo.

Myriam se sentía orgullosa de él.

Era un padre magnífico y un entregado hombre de Dios.

No obstante, la sangre de la juventud bulle de continuo y con gran efervescencia. No obedece a aquietamientos forzosos, por lo que dicha joven enseguida precisó de otras distracciones más allá de la escucha sumisa y placentera exigida para un sermón dominical.

Ladeó la cabeza con gesto distraído hacia la nave izquierda del templo para encontrar enseguida –porque sabía perfectamente dónde buscar– a un joven ataviado con una chaqueta de terciopelo azul marino, asistiendo al servicio con la cabeza inclinada y la mirada perdida en el suelo, sentado al lado de su anciano y severo pariente.

¡Qué atractivo era! ¡Qué apuesto y elegante siempre!

Parecía sumamente concentrado, incluso melancólico, aunque ella, en su ingenuidad núbil, no fue capaz de atribuir semejante estado circunspecto a otra cosa más allá de la gravedad obligada y requerida ante un sermón dominical.

Sonrió para sus adentros.

Soñaba en secreto con el día en que él terminara sus estudios en Eton y regresara por fin para casarse en esa misma iglesia, bajo la bendición del Señor y de su propio padre, quien oficiaría la ceremonia.

Así lo habían planificado tantísimas veces mientras paseaban por el bosque, tomados de la mano y regalándose besos apasionados que actuaban a modo de sello para su amor juvenil.

Ante semejantes pensamientos la sonrisa callada se exteriorizó para iluminar el rostro de luna llena de la muchacha mientras sus ojos brillaban de emoción. ¡Qué poco faltaba para que Marcus finalizara sus estudios! ¡Qué poco para que se apersonara por fin en Mershaw Cottage para pedir su mano! ¡Qué feliz se sentiría su padre, quien siempre había estimado al joven Bailey, y qué dicha sentiría Connor, puesto que él había sido quien había presentado a los felices tortolitos!

Como si de algún modo hubiera intuido la mirada de Myriam, Marcus levantó la suya para fijar en la joven unos penetrantes ojos negros.

Se encontró con la sonrisa de la muchacha y con sus chispeantes ojos verdes, pero él parecía incapaz de sonreír.

Por eso devolvió la mirada al suelo.

Myriam frunció el ceño al no ver correspondida su sonrisa, también al verle rehuida la mirada cuando esperaba complicidad y el mismo amor que ella derramaba en la suya.

Por desgracia, su desconocimiento del mundo y de la vida le impidió sospechar nada de la calamidad que se estaba fraguando. De haber sido un poco más avispada o experimentada en las relaciones humanas, habría establecido que ese pequeño gesto iba a convertirse en el principio del fin.

¡Ojalá no hubiera sido tan necia!

¡Ojalá nunca tan ingenua!

Una vez finalizado el oficio, ya lejos de los recuerdos, Myriam abandonó la nave acompañada de su cuñada Anne para escoltar a su padre quien, en la puerta del templo, se ocupaba en saludar a sus feligreses y a recibir de ellos un amplio despliegue de amabilidad y felicitaciones, como sucedía cada domingo.

David y Connor se mantenían en un aparte del atrio, conversando animadamente con otros caballeros.

No esperaba Myriam que uno de los últimos en abandonar la iglesia fuera Marcus Bailey, mucho menos que se detuviera, como un feligrés más, a saludar a los Everglott.

Como si el tiempo se hubiera detenido diez años atrás...

Se paró ante el anciano y, con un cabeceo a modo de cortesía dirigido al pastor, se expresó con tono ronco pero amable.

—Un gran sermón, como de costumbre, pastor Everglott.

El anciano, visiblemente sorprendido ante el gesto —seguro que no esperaba que Bailey se parara a saludar, tampoco que alabara el sermón del día— le ofreció asimismo un cabeceo lento y ceremonioso a modo de gratitud.

—Me alegra que resultara de su agrado, señor Bailey. —Se notó a través de su tono vacilante que le costaba dirigirse a él como “señor” cuando siempre había sido, y así lo recordaba, el joven Bailey—. Como cada semana, Myriam me ha ayudado a escribirlo.

Marcus dirigió a la aludida una mirada fugaz mientras se esforzaba en mantener toda la atención centrada en el anciano, aunque, a juzgar por la forma en la que el ala del sombrero rodaba entre sus dedos enguantados, no le resultaba sencillo mantener firme dicha concentración.

—Un gran sermón —repitió, sin duda con mayor convencimiento al ser conocedor de la colaboración de la señorita Everglott—. Tremendamente esperanzador.

—Me alegra que lo entienda de ese modo, señor Bailey.

—Por supuesto, señor. Resulta agradable, y confortante, mantener la esperanza de expiar sobre la tierra los propios pecados, sin necesidad de esperar al juicio divino, —Esa vez miró a Myriam con intensidad—. Aunque no todo el mundo sea merecedor de perdón, después de todo.

Myriam le sostuvo la mirada.

—Se equivoca, señor —intervino el anciano, recuperando la atención de Bailey—: Todo el mundo merece la oportunidad de redimirse si en verdad lo que se busca es una redención sincera.

—Así lo creo —apuntó Bailey tras aspirar una breve bocanada.

—Pero sucede, padre, que no todo el mundo posee la capacidad de perdonar —añadió Myriam de pronto, tan seria como diligente—. O no es capaz de encontrar dentro de su alma la voluntad de hacerlo cuando el daño infringido ha superado lo tolerable.

Durante algunos segundos las miradas de ambos permanecieron enlazadas, retándose y, tal vez, calibrando cuál de los dos la retiraría antes.

Fue Marcus.

Con un único cabeceo dirigido a los tres Everglott, continuó su camino, cruzando el atrio a grandes zancadas ante la atenta mirada de Connor quien, en la distancia, no se había perdido ni un solo gesto acontecido a las puertas del templo.

CAPÍTULO 11

El día de San Miguel era un día importante en el ámbito rural, porque, aparte de marcar el fin de la temporada de cosecha, se contaba como la primera fiesta importante del otoño.

En Smallton, para regocijo de todos, en especial de los más jóvenes, esa tarde de finales de septiembre se celebró un baile público, que, por supuesto, contó con gran afluencia.

No faltaron las jovencitas Everglott, quienes, en coalición con sus inseparables amigas Fisher, no se demoraron en exponer sobre sus sayos exaltados gran parte del guardarropa, con los consiguientes adornos, cintas, plumas y bagatelas, una vez más sin el menor asomo de gusto y medida en la composición, capa sobre capa y color sobre color.

Al principio, Myriam se mostró reacia a asistir, pero, finalmente, animada por Anne, comprendió que no podía ni era justo que se encerrara en vida por el simple hecho de evitar encontrarse con Bailey.

—Haces muy bien, querida —le había dicho Anne, quien también habría asistido de buena gana de no ser por la obligación de permanecer en casa con sus cuatro retoños—. Las viejas heridas deben curar. No lo harán si las mantienes tapadas. Ábrelas y exponlas a la luz del sol, cicatrizarán mucho antes.

¿Por qué debía esconderse? ¿Por qué no era él el que se quedaba en su casa? ¿Había hecho ella algo malo? ¿Algo por lo que debería permanecer en un aparte?

¡Desde luego que no!

El inconstante había sido él.

El incumplidor había sido él...

Cierto que ya no bailaba como cuando más joven; más cierto que otra cosa era que acostumbraba a permanecer en los márgenes del salón como mera espectadora más que participando del propio baile.

Tenía veintisiete años, por lo que ya no era una candidata a considerar entre las jóvenes solteras; se cansaba mucho más rápido, además de que su tolerancia a soportar pisotones y traspiés por parte del compañero ocasional también había menguado.

Ver bailar a las parejas más jóvenes, conversar con las matronas y golpear el suelo con la puntera del zapato o batiendo palmas para seguir el ritmo de la música resultaba para ella más que suficiente.

En ocasiones, Connor, o algún caballero del pueblo, mostraba la bondad y la cortesía de solicitarle una pieza. De ese modo, podía sentirse agradecida de haber sido incluida en la celebración. ¡Había sido tan buena bailarina cuando era más joven! ¡Y tan entusiasta!

Acababa de dar comienzo una animada contradanza en la que participaban bastantes bailarines formando dos filas paralelas.

Apostada al borde de la pista de baile, seguía la música con palmas y sonrisas, procurando imbuirse en el ambiente festivo.

En un momento dado, alguien tomó a Myriam de la mano para introducirla en el grupo y, por consiguiente, se encontró de pronto en el centro del salón.

Mientras giraba, mientras saltaba con elegancia y se entrecruzaba con los otros bailarines, sujetando la falda y repitiendo la coreografía, mientras la música alegre sonaba de fondo, ninguna negra sombra le empañaba los pensamientos.

* * *

Desde un ángulo opuesto del salón, Marcus observaba con cierto hastío el movimiento que había dado comienzo en el centro de la pista de baile.

Una contradanza.

Torció los labios en una sonrisa nostálgica.

Nunca había sido un experto bailarín, aunque recordaba a cierta señorita que disfrutaba especialmente de ejecutar –con gran acierto– dicho baile.

¡Qué bien bailaba! ¡Con qué donosura se deslizaba por el centro del salón, como una ninfa entre las flores de un jardín! ¡Era tan bonita, tan risueña y tan llena de vida aquella Myriam Everglott que él había visto desperezarse al mundo!

Pero todo aquello permanecía ahora tan lejano y opacado en su memoria, tan hondamente sepultado bajo cientos de escenas pretéritas, que parecía formar parte de un sueño.

Como si nunca hubiera sucedido.

Pero sí había sucedido.

Lo sabía, porque el dolor que experimentaba al rememorallo era demasiado real como para ser considerado imaginario.

Sin embargo, sus recuerdos, lo único que quedaba de todo lo vivido, parecían pretender esa noche jugarle una mala pasada, porque, de nuevo, distinguió ese bonito rostro de luna llena, risueño y radiante como antaño, dando vueltas y deslizándose en medio del salón como un pequeño ruiseñor entre las flores. Como el hada que tantas veces había evocado en sus largas noches de remordimiento y abandono.

Se obligó a parpadear para cerciorarse de que se trataba de la realidad, en vez de un recuerdo huido sin permiso de los abismos de la memoria.

Pero no, no soñaba despierto.

En efecto, ella, Myriam Everglott, bailaba formando parte de un grupo, feliz y resplandeciente como una ninfa. Suave y ligera como un pajarillo o una sílfide pisando nubes.

Hermosa. Hermosa como una reina.

Sin ser dueño de sí mismo ni de sus propios instintos, Marcus se descubrió de pronto abriéndose paso entre los asistentes.

¿Qué pretendía? ¿Verla tan de cerca como pudiera? ¿Participar de su sonrisa? ¿Apreciar mejor el brillo de sus ojos? ¿O, simplemente, retratarse como un bobo al acudir desesperado al llamado de tan bella sirena?

Se paró al inicio de la agitada corriente que lo envolvió de golpe en un pequeño gran revuelo de gasas, muselinas, plumas y lazos de raso. También de empujones y pisotones sin control, de codazos y miradas reprobatorias.

A partir de ahí, engullido del todo por la vorágine, dejó de poseer potestad sobre su propio cuerpo y su propia consciencia. Los pies se movieron por sí solos, como si actuaran por cuenta propia; por

consiguiente, de ese modo, se encontró también –sin saber cómo– en medio de la pista, formando parte de pronto de esa animada contradanza que llenaba de movimiento y colorido el gran salón.

* * *

Sucedió tan rápido que Myriam no tuvo tiempo de reaccionar.

En el momento en el que debía producirse el cruce de parejas que exigía la danza, se encontró frente a frente con esa mirada profunda que le removió, en solo un segundo, las entrañas y le arrebató el aliento, obligándola a perder el paso.

No esperaba encontrarse con Marcus allí mismo; sabía que existía una amplia probabilidad de que coincidieran en un baile público, ya que se trataba de un pueblo tan pequeño, pero, por descontado, no esperaba encontrarlo en medio del salón; mucho menos, bailando. A él no le gustaba especialmente bailar.

Se recompuso de inmediato y retomó los pasos, impelida por la dulce marea en movimiento.

Marcus fue capaz de seguirla sin tropezarse ni estorbar al resto de bailarines.

—Buenas noches, señorita Everglott —la saludó él cuando se cruzaron por segunda vez.

Myriam lo siguió con la mirada, con el ceño fruncido por su gran desconcierto; quizá, por eso no fue capaz de responder.

¿Qué pretendía?

Habían coincidido en cuatro ocasiones; él la había visto incluso en la vergonzosa tesitura de sufrir un vahído, se habían cruzado durante un paseo por el bosque, se había mostrado amable con su sobrino pequeño regalándole un juguete y habían coincidido a la salida de los oficios. Todo eso había sido más que suficiente.

No precisaban de mayor interacción. No era necesario. ¿Pretendía, entonces, acaso bailar y conversar como si de dos viejos amigos se trataran?

No obstante, cuando la distancia a que obligaba el paso le concedió cierto descanso, razonó que resultaría sumamente ingrato de su parte dejar de transmitir cierto agradecimiento hacia uno de los aspectos antes mentados, y así lo hizo en cuanto volvieron a reunirse en el centro.

—Gracias por el caballito que le regaló a mi sobrino James.

De nuevo se distanciaron, no así las miradas de ambos.

—No es nada —dijo él cuando se volvieron a reunir—, tan solo un viejo juguete que encontré en la casa. Él sabrá sacarle más partido del que, a estas alturas, podría hacerlo yo.

Se separaron durante algunos segundos, obligados a cambiar de pareja.

Myriam trató de centrarse en el anciano caballero con el que debía compartir los siguientes pasos, para eso le ofreció una sonrisa amable. Con un poco de suerte, no tendría que intercambiar más palabras con Marcus.

Pero al cabo de unos cuantos giros en el centro del salón, Marcus y ella volvieron a coincidir frente a frente.

—¿De verdad piensa lo que dijo el domingo tras el servicio?

Los verdes jades tornaron interrogantes.

—¿Qué cosa, señor?

—Que existen personas que carecen de la capacidad de perdonar...

Myriam aspiró una amplia bocanada que retuvo de forma inconsciente en su interior, hasta que no pudo más y se vio obligada a liberarla con una profunda exhalación.

—Que existen personas incapaces de encontrar dentro de su alma la voluntad necesaria para hacerlo...

—Lo creo —espetó perfectamente seria—; en especial cuando el daño infringido ha sido más elevado del tolerable.

Marcus descendió la mirada.

—Lo recuerdo, sí, esas fueron sus palabras.

—Al igual que existen personas que no son merecedoras de perdón —añadió ella, recuperando la mirada del caballero.

Marcus acusó el golpe, aunque procuró no reflejarlo en su exterior.

—Su padre, en cambio, afirmó que todos merecemos ser perdonados...

Myriam jadeó una risita escéptica.

—Excepto aquellos que, tal vez por egoísmo o tal vez por falta de sensibilidad, son incapaces de comprender y asumir la magnitud real de sus actos. —Rodeó a Marcus para volver a situarse frente a él y encararlo con firmeza—. Resulta demasiado sencillo arrepentirse y solicitar condescendencia después de haber obrado con absoluta

perfidia, ¿no cree? ¡Qué sencillo resultaría para los corazones pérfidos actuar con absoluto descaro, si saben que tarde o temprano serán expiadas sus faltas!

Marcus no apartó de ella sus penetrantes ojos negros, afectado ante la sinceridad y la dureza que reflejaban esas palabras. Resultaba obvio que Myriam se refería a su propia historia, que el ser pérfido que mencionaba era él mismo y que la persona con absoluta incapacidad para perdonar era la propia Myriam.

—Ser conscientes de la ausencia de remordimientos por parte del infractor —continuó Myriam— puede provocar, asimismo, una ausencia absoluta de perdón por parte de quien ha sufrido el daño.

Marcus encajó la mandíbula con rotundidad hasta que un músculo palpitó en su mejilla. Por un instante, se quedó parado, incapaz de reaccionar ante el estoque verbal. Myriam jamás lo perdonaría. Eso estaba claro. Y sería justo.

—¿Cómo puede saber que no existen remordimientos por parte del infractor?

Myriam le dispensó una mirada afilada, cargada de intención.

—¿Los hay?

Por fortuna, el paso de baile lo obligó a reaccionar y a moverse; tuvieron que separarse de nuevo.

Posicionados en filas opuestas, Myriam sonrió al muchacho lampiño que permanecía frente a ella; Marcus, por su lado, se mantuvo perfectamente serio ante la matrona que le sonreía con exagerada coquetería.

Sin embargo, cuando volvieron a cruzarse, la tensión continuaba en plena efervescencia.

—¿No se le ha ocurrido pensar que tal vez el infractor nunca considerara que sus actos pudieran suponer una afrenta tan grave? —susurró mientras rodeaba a Myriam para situarse en el lado opuesto.

Myriam jadeó, indignada y perpleja, y por un segundo perdió el paso.

¿Cómo se atrevía a decir algo así?

Quiso contestarle, quiso protestar, pero, al instante, se vieron obligados a formar parte de un corrillo de cuatro en medio de las dos hileras que ocupaban el salón, por lo que el silencio resultó obligado y la lava que le borbotaba en la garganta hubo de ser empujada con rapidez hasta las profundidades del alma.

Tuvieron que tomarse de la mano, aunque ni siquiera se miraron, aunque la mandíbula de ambos permaneciera firmemente encajada y los corazones batieran con la fuerza de un mazo dentro del pecho.

Giraron una vez, se reunieron los cuatro integrantes en el centro del círculo y regresaron cada uno a su posición inicial, rígidos como cuerdas de arpa.

—¿Cómo podría saber el infractor que, en verdad, sus actos acarrearían consecuencias tan graves? —insistió Marcus.

Myriam sentía la sangre hervirle en las venas y sentía el feroz burbujeo de esa lava que había deslizado había abajo, soterrándola a la fuerza en las profundidades de su alma, pero sabiéndose incapaz de sofocar su terrible ardor, tal vez por eso bailaba con los puños cerrados y apretados a ambos lados del cuerpo.

—¿Cómo podrían no hacerlo, señor? —jadeó ella.

Marcus contuvo el aliento.

Por un instante, quiso detener el baile, tomarla del codo y expresarse con el alma y el corazón en los labios, tal vez tratar de justificar lo injustificable, no obstante resultaba paradójico, casi hilarante, tratar un asunto de semejante gravedad mientras era obligado dar saltitos y giros frente a quien le devolvía una mirada tan fría y dura como el acero.

Tan solo atinó a balbucear:

—Yo... Jamás consideré...

De nuevo en la posición inicial, situados uno frente al otro, Myriam siseó a través de los dientes apretados:

—¿Quién se cree que es para valorar el modo en el que otros puedan asumir las consecuencias de un comportamiento tan vil, mezquino y egoísta? —exhaló de forma sonora su indignación—. ¿Cómo podría saber que en verdad sus actos acarrearían consecuencias tan graves? —remedó con rabia—. ¿De qué pasta está hecho su corazón, señor Bailey?

Marcus permaneció firme y perfectamente encopetado, como un faro en medio de la tempestad, tratando de sostener esa mirada que prometía traspasarlo y abatirlo. En su fuero interno, pese a la compostura que se esforzaba en transmitir, se sentía tan desmoronado y endeble como ese faro antiguo y a medio derruir que es embestido por un oleaje implacable. Myriam era el mar del norte perfectamente encolerizado y con potestad para arrojarse y embestirlo.

Tras un último acorde, la música finalizó. Ambos se vieron obligados a ofrecer una reverencia al otro a modo de despedida.

Sin esperar respuesta o reacción a sus palabras, Myriam se dio vuelta para desaparecer entre el bullicio, de modo que dejó a Marcus parado como un pasmarote en medio de la pista, aturdido por la multitud de aplausos que se hacían eco a su alrededor.

Únicamente, cuando fue consciente de la ausencia de Myriam, una vez que se hubo encontrado solo en medio de la multitud, se permitió relajar la compostura y descender barreras.

El golpe que Myriam acababa de asestarle había resultado fulminante. Una bofetada de realidad bien merecida después de una década de cobardía.

No obstante, todavía quedaba un último obstáculo que salvar aquella noche. Un último estoque.

Connor Everglott se instaló a su lado y, aunque su mirada permanecía perdida con pretendido disimulo en alguna parte al frente, no se situó sobre él cuando le habló a continuación, su intención quedaba bastante clara:

—Aléjate, Bailey. Al parecer, es algo que siempre se te ha dado bastante bien. No quiero volver a verte cerca de ella nunca más.

CAPÍTULO 12

—¿Cómo pudo imaginar que sus acciones no tendrían consecuencias? —Myriam jadeó su estupor y, acto seguido, se llevó la temblorosa mano a los labios en un gesto involuntario, como si, de ese modo, pretendiera limitar el paso a tantas emociones como brotaban de su alma con delator atropello—. ¿Cómo pudo él suponer mis sentimientos tan frágiles como para ser inmunes a dichas consecuencias?

Cientos de lágrimas le hacían brillar los ojos y danzaban atrevidas en el arco oscuro de sus pestañas. El hecho de que ladeara el rostro en sentido contrario obedecía sin duda a la privacidad requerida en previsión de dicha circunstancia.

—¡No puedo ni creermelo semejante osadía! —Replegó los labios al interior de la boca e inhaló profundo por la nariz, consciente del temblor que le sacudía la barbilla y ofrecía un prólogo perfecto al inminente llanto—. ¿Tan poco me conocía como para suponerme inmune a su abandono?

Estaba a punto de llorar, pero no quería hacerlo. Llorar implicaba concederle la razón a Marcus Bailey; llorar implicaba reconocer que Marcus Bailey todavía gozaba de determinados privilegios y cierto poder sobre su persona.

¡Y se había esforzado tanto por negarle semejante poder!

¿Pero acaso no era cierto? ¿Acaso no estaba claro que todavía disponía de la supremacía suficiente cuando era capaz de arrancarle a su alma tantas emociones diferentes, muchísimo tiempo después de haberlas inculcado?

—Es natural que te sientas indignada, querida Myriam...

Myriam exhaló con urgencia. ¿Indignada? Sí, efectivamente por un lado se sentía indignada ante la airada —¡y efímera, y frívola!— respuesta de Marcus, pero también se sentía ofendida y dolida. En su fuero interno, además, se sentía especialmente triste.

Muy triste.

¿Acaso él había considerado tan vanos los sentimientos de ella como para siquiera sopesar que no iba a sufrir tras abandonarla sin ofrecer ninguna explicación? ¿Consideraba acaso que por ser joven e inexperta su corazón sentiría menos? ¿Acaso no estaba menospreciando su amor y su corazón al suponer tal cosa?

Suspiró esa vez y trató de aplastar la presencia inminente de las lágrimas bajo el peso de los párpados. Inhaló profundo y deslizó la mirada por la verde campiña plagada de tréboles y florecillas rosadas.

De nuevo se obligó a no llorar.

Anne y Myriam habían salido a dar un paseo por los alrededores de la propiedad para tratar de evadirse; una, de la frenética actividad familiar y la otra, en un intento de aligerar, hasta, tal vez, de sacudir y lanzar a la brisa vespertina, muy, muy lejos, las emociones que le aplastaban el alma.

—¿Cómo pudo actuar con semejante desafecto, Anne? ¿Cómo pudo imaginar que su proceder me resultaría indiferente después de todo? —sollozó—. Después de tanto.

Anne no respondió. Se limitó a continuar caminando al lado de Myriam, escuchando en silencio su plática indignada, perfectamente consciente de que en cualquier momento debería confortarla, porque la siempre resuelta Myriam Everglott corría serio peligro de desmoronarse en cualquier momento.

Seguía pensando de Marcus Bailey lo mismo que había pensado en cuanto Myriam le había relatado su historia en común.

Sin duda, había actuado como un cobarde, al desaparecer de la vida de la joven después de haberse grabado a fuego en su corazón. Semejante proceder no resultaba aceptable; mucho menos, caballeroso.

No obstante se sentía inclinada, por algún extraño motivo, a no pensar lo peor de él.

No iba a excusarlo, desde luego; había actuado mal en el pasado. A consecuencia de su penosa decisión había destrozado la felicidad y las ilusiones de una jovencísima Myriam Everglott, orillándola a una existencia solitaria que casi podría decirse resignada; sin embargo..., ¿no estaban todavía a tiempo de enmendar la situación?

Había visto cómo miraba a Myriam y era consciente de que ella no sentía tanta indiferencia hacia Marcus Bailey como se empeñaba en demostrar. De hecho, cuanto más indiferente decía sentirse, más claro estaba que se trataba completamente de lo contrario.

Semejantes divagaciones quedaron sin resolución en la cabeza encofiada de Anne porque en ese preciso instante la silueta de un caballero acortando a pie la distancia que lo separaba de ellas la obligó a silenciar las voces de su magín.

Ataviado con un sobretodo marrón, pantalón claro, botas *hessian*, el bastón en la diestra y el sombrero cilíndrico en la siniestra, el caballero caminaba con paso distraído, aunque perfectamente

erguido y distinguido en la pose, como si caminara por el mismísimo St. James en lugar de por un amplio camino de tierra.

Anne observó con disimulo la reacción de Myriam. Pudo apreciar cómo la joven ralentizaba el paso y se tornaba blanca como la tiza una vez que hubo localizado e identificado al que se acercaba lentamente por el camino.

Marcus se paró delante de ellas y, tras observar durante un largo segundo a Myriam bajo un ceño profundamente fruncido, ofreció a ambas mujeres un golpe de cabeza a modo de cortesía.

—Señora Everglott —saludó con tono urgente—; señorita Everglott...

—Señor Bailey. —Fue Anne quien respondió, sonrisa amable en ristre— ¡Qué casualidad encontrarlo! Justo en este instante veníamos hablando de... —Myriam la fulminó con la mirada, encendido el color—. Hablábamos del buen tiempo que gozamos a estas alturas de la estación. —Rápidamente Myriam desvió la mirada al suelo—. Octubre se encuentra a la vuelta de la esquina y, sin embargo, no hace demasiado frío, de momento todavía se puede pasear sin riesgo de acabar resfriado.

—Es cierto, disponemos de muy buen tiempo —dijo él sin más.

Comprobó Anne que, mientras hablaba, Bailey no apartaba la mirada de Myriam, a pesar de que ella mantenía la suya porfiadamente inclinada bajo un ceño fruncido a severidad.

Una sonrisa sagaz se asomó a los labios de la señora Everglott. Quizá, tal y como había cavilado hacía unos minutos, todavía no fuera tarde para ellos dos.

—¿Se dirigía a algún sitio en particular, señor Bailey? —preguntó Anne de pronto.

Sorprendió sin duda a Marcus con su intervención, puesto que se vio obligado a parpadear y a revelar cierta confusión cuando balbuceó las siguientes palabras:

—No...; en... en realidad, me limitaba a pasear sin rumbo por los alrededores —confesó, señalando el panorama con el brazo en el que portaba su sombrero—. Me sentía inclinado a comprobar si todo seguía igual que en mis recuerdos. —Una sonrisa fugaz, nerviosa, estiró brevemente los labios de él.

Anne lo observó con interés. No, no quería pensar lo peor de él. Había actuado como un cobarde y revelado una conducta inconstante, pero ¿acaso no era demasiado joven también él por ese entonces?

—Ah, ¿conocía usted el pueblo? —preguntó, fingiendo ignorancia. A su lado, Myriam continuaba con la mirada baja y el ceño sombrío. Las manos enlazadas frente al talle, firmemente apretadas, hablaban a Anne de las terribles turbulencias internas que avasallaban a su cuñada.

—Sí, lo conocía —admitió Marcus—; de hecho pasé aquí los mejores años de mi vida.

De forma inconsciente, el ceño de Myriam se acentuó. Los dedos se enredaron también con mayor empeño.

—Dígame —continuó Anne con tono amable e idéntica sonrisa en los labios—, ¿lo encontró todo tal y como recordaba?

Myriam contuvo la respiración. Tal vez, Marcus no se percatara, pero ella, que era consciente de toda la información de la que disponía Anne, entendía sus intervenciones como un claro asalto.

—Sí, para bien, desde luego —apuntó Marcus, efectivamente ajeno a la intencionalidad de la señora Everglott—. Aunque no me esperaba menos: Smallton es un lugar delicioso e imperturbable al paso del

tiempo.

—Tanto como sus habitantes, realmente encantadores —concluyó Anne, dirigiendo a su cuñada una mirada rebotante de afecto que no pasó inadvertida para Marcus, quien no pudo menos que estirar los labios en una sonrisa de concesión, a pesar de que Myriam pareciera evitarlo con todas sus fuerzas.

—Puesto que, ya que camina usted sin rumbo —intervino Anne—, tal vez, no le incomode escoltarnos hasta casa; de hecho, ya nos disponíamos a regresar, ¿verdad Myriam, querida?

La aludida observó a su cuñada con ojos desorbitados y mirada temerosa. El color había huido por completo de su semblante y hasta los labios aparecían lívidos.

—Seguramente, el señor Bailey ha de tener cosas más importantes que atender —apuntó Myriam con urgencia.

Marcus aspiró una breve bocanada de aire que retuvo por un instante en sus pulmones. La mirada continuaba inamovible, tal y como lo había estado desde que se habían encontrado, en la silueta de la mujer que parecía empeñada en rehusar su compañía y su atención.

—En realidad, no. —La urgencia de la respuesta sin duda resultó proporcional a la manifestada por Myriam segundos antes—. Así que será un auténtico placer acompañarlas hasta Mershaw Cottage.

Anne sonrió con amplitud.

—¡Estupendo, caballero! —Aplaudió—. Regresemos entonces, así podrá compartirnos las sensaciones que le evoca este maravilloso paisaje.

* * *

Por supuesto, Myriam no abrió la boca durante todo el trayecto. Tampoco hubo de permitirse levantar la mirada ni un solo segundo.

Parecía empeñada en encontrar algún inesperado tesoro en el suelo, entre las piedras arrancadas por las ruedas de los carruajes, que entonces permanecían sueltas y se enredaban en los zapatos conformando incómodos –en ocasiones peligrosos– obstáculos. Se mostraba más que dispuesta a no despistarse de su afán y a no dejar tampoco parcela alguna sin revisar.

Cualquier cosa con tal de evitar que su mirada coincidiera un solo segundo con la de él, eso estaba claro.

No era que Marcus hubiera esperado ningún tipo de benevolencia, en realidad. Después de la conversación intercambiada durante el baile de San Miguel, le había quedado claro que Myriam estaba enfadada con él y poco o nada dispuesta a perdonar sus faltas del pasado.

Tuvo que contentarse, entonces, con la charla ofrecida por la señora Everglott, quien en realidad tan solo parecía pretender llenar el silencio con temas sin relevancia como podían serlo el clima, el estado de los caminos y las bondades de la estación, siempre generosa a la hora de compartir conocimientos sobre frutos, variedades cromáticas y aromas.

Marcus participó de la conversación con tono y gesto amable, aunque, en todo momento, procuró no perder de vista a Myriam, así como tampoco a sus reacciones a la charla mantenida por él y Anne. Encontró a la joven por demás tan seria como de semblante disgustado.

La presencia de Marcus la importunaba. Había supuesto una horrible animadversión; Marcus no albergaba la menor duda al respecto.

Una vez que llegaron al final del trayecto, los tres se detuvieron frente a la cancilla de Mershaw Cottage.

Anne tuvo que excusarse con cierta precipitación, puesto que sus hijos correteaban por el jardín volviendo loca a la doncella de los Everglott, que los perseguía sin resuello; una vez que los pequeños localizaron a su madre, reclamaron su atención por completo, agarrándose a sus faldas y casi arrastrándola hasta el interior de la vivienda.

Por lo tanto, Marcus y Myriam se quedaron a solas.

No era esa una situación agradable para la joven, tampoco algo que su presencia de ánimo pareciera capaz de soportar; entonces, decidida a no prolongar más semejante tortura, le ofreció una reverencia de cortesía al caballero.

—Buenas tardes —dijo y, acto seguido, sin esperar respuesta o cortesía de vuelta, giró sobre los talones, abrió la cancilla y se dispuso a dejarlo atrás.

Ya había iniciado el sendero que cruzaba el jardincito de los Everglott cuando la voz ronca y grave de Marcus sonó a su espalda.

—Señorita Everglott...

A pesar del primer impacto que le causó tal reclamo en su interior, no se detuvo: continuó caminando.

—Señorita...

No iba a detenerse, podía llamarla cuanto quisiera, le daba lo mismo.

—¡Myriam!

Con el corazón cabriolando como un loco en el pecho, se detuvo en el acto, manteniéndose de espaldas a él. ¡Hacía tanto tiempo que no escuchaba su nombre salir de esos labios!

—Myriam, escúchame, te lo ruego... —Tras esa primera cabriola demencial, el corazón de ella se encogió, el estómago empezó a doler y las rodillas se entrechocaron bajo la falda—. Me gustaría poder retomar la conversación que dejamos a medias en el baile de San Miguel, por favor.

Marcus se expresaba en un tono bajo y suave, el mismo tono cadencioso y varonil que ella reconocía haber adorado muchos años atrás. El mismo tono que mantenía grabado a fuego en su memoria y que, secretamente, aún adoraba.

Tragó seco y cerró las manos en puños. La mirada ceñuda permanecía extraviada en el suelo trebolado bajo sus pies. Las lágrimas empezaban a picar detrás de los párpados.

—Se equivoca, señor: no ha quedado ninguna conversación a medias —dijo, sin volverse todavía, tratando de mantener estable la coraza con la que cubría su corazón—. Ya está todo dicho; por mi parte, nada más queda por decir.

Durante algunos segundos se instaló el silencio entre los dos. Como consideró Myriam que él ya no tendría nada más que alegar después de semejante corte, como ella misma se sentía al borde del colapso nervioso dado el cariz tenso de la situación, decidió retomar camino y dejar todo atrás.

De nuevo la intervención de Marcus la detuvo.

—Comprendo que ahora es demasiado tarde, que ya no servirá de mucho... —Myriam apretó los párpados para aplastar las lágrimas que empezaban a agolparse tras ellos—. Pero lo cierto es que lamento

tanto...

Se volvió rauda, la mirada brillante fija en él.

—¿Qué cosa, señor Bailey? —rugió.

Marcus no pudo evitar dar un respingo, pero encajó esa mirada y esa réplica furiosa con gallardía.

—Myriam...

Ella jadeó con brusquedad.

—¿Qué es lo que lamenta? —Los ojos velados por las lágrimas y enrojecidos en la contención calamitosa del llanto evidenciaban el estado de la joven—. ¿Haberse despedido con una miserable carta? ¿O haber traspasado sus afectos? ¿Qué es lo que lamenta y, al tiempo, no considera lo suficientemente grave como para suponer una afrenta, señor Bailey?

Marcus le sostenía la mirada, muy serio. Esos jades encolerizados lo observaban con dureza detrás de la cortina acuosa que trataba de opacarlos, amenazando con embestirlo y abatirlo con absoluta impiedad. Podrían hacerlo. Tan solo esa mirada color laurel tenía potestad alguna sobre su alma.

Tragó en seco. La nuez de Adán ascendió y descendió con violencia bajo el *cravat*.

—Eso... no es cierto —dijo apenas en un susurro.

Myriam, sin acabar de comprender el significado de tales palabras, sufrió por mantener la compostura mientras continuaba observando a Marcus con un gesto en el que se mezclaba confusión con indignación y dolor.

—Nunca fue cierto... —susurró Marcus, encogido de hombros.

Ella se cuadró con dificultad, consciente del temblor que entrechocaba sus rodillas y ascendía con violencia por su espina dorsal, sacudiendo todas y cada una de las fibras de su ser. Apenas era capaz de enfocarlo, apenas era capaz de respirar o sostenerse en pie.

Fue el turno de Marcus de exhalar, de llevarse la mano a la frente para aliviar el sudor frío que la perlaba. Fue su turno de cerrar los ojos, de apretar fuerte, organizar los pensamientos que se atropellaban en su cabeza y —¡maldito fuere su sino!— de encarar a esa mujer capaz de perdonarle la vida o de arrebatársela con una sola de sus miradas.

—Mis afectos jamás fueron traspasados —concluyó en un tono apenas audible—. Era mentira...

Myriam perdió el pie. Hizo amago de sostenerse en un apoyo invisible a su alrededor, pero no había nada en ese sendero en mitad del jardín, tan solo Marcus frente a ella. Sin embargo, sujetarse de él no podía considerarse viable.

De ese modo, trastabilló: echando mano al vacío, a la nada.

Marcus quiso asistirle, pero ella retrocedió, para mantenerse fuera de su alcance.

—Yo... —suplicó—. Myriam...lo lamento...

En ese preciso instante, como si los caprichosos hados los hubieran conjurado, David y Connor se personaron bajo el umbral.

Marcus no pasó por alto la mirada homicida de Connor, así como tampoco la otra mirada que le fue dispensada por el primogénito, la que, si bien no contenía indicios asesinos, no resultaba amable o acogedora en modo alguno.

Marcus cabeceó en la distancia a modo de cortesía mientras Myriam aprovechaba ese instante extraño para echar a andar a buen paso hacia la casa.

Sus hermanos varones se hicieron cada uno a un lado para permitirle acceso al hogar y reubicarse después, de inmediato, de nuevo bajo el umbral, como feroces cancerberos.

Marcus entendió en el acto la intencionalidad del gesto.

Y lo aceptó.

Lo expulsaban de sus vidas.

No había ya cabida para él en ese lugar.

No esperó cortesía alguna por parte de los hermanos Everglott, no aguardó una palabra amable o siquiera un gesto de urbanidad, mucho menos una invitación, así que, simplemente, se retiró en silencio, tras darse media vuelta para regresar sobre sus pasos.

Como una sombra.

Como un fantasma del pasado sin potestad para formar parte del presente.

No quería contienda alguna, en especial tras haber sido advertido por Connor durante la fiesta de San Miguel para que mantuviera la distancia.

No había regresado para abrir viejas heridas, no había regresado para martirizar u ofender a nadie con su presencia. Aunque, a decir verdad, a esas alturas y a la vista del estado de su corazón y de sus sentimientos, no sabía para qué demonios había regresado.

CAPÍTULO 13

Cerró la puerta de la alcoba tras de sí y se dejó caer de espaldas contra la madera, con la mirada perdida en los techos artesonados.

La mano diestra acudió rauda al pecho para reposar sobre el lugar exacto en el que latía su corazón; en esos momentos, imitaba a un batán enloquecido.

El aliento huía presuroso entre los labios. A causa de tal agitación, el busto ascendía y descendía en un apurado vaivén.

Las horas se le habían hecho interminables hasta que pudo despedirse de los suyos y retirarse a la intimidad de la alcoba para reflexionar, para poner en orden los pensamientos que, en ese instante, aparecían por demás atropellados.

Ahora, por fin, se encontraba a solas con ellos y, aunque llevaba horas deseándolo, en ese instante sintió miedo.

Miedo a sentir.

Miedo a reconocer lo que sentía.

Miedo a sufrir, a seguir sufriendo, a no dejar de sufrir jamás.

Apoyó la coronilla contra la puerta, cerró los ojos y, en el aire, sonó lánguido el eco de un gemido. O de un sollozo bajito.

Otro día hablaría con Anne; sin duda, a su cuñada le interesaría el giro que acababa de tomar su historia.

Pero, en esos momentos, no quería hablar con nadie ni ver a nadie; en esos momentos, únicamente deseaba rememorar palabra a palabra lo que Marcus le había dicho esa misma tarde. Necesitaba paladear a solas cada una de sus palabras.

¿No había sido cierto? ¿Eso había dicho? ¿Sus afectos no habían sido traspasados?

Un quejido ahogado huyó de entre sus labios, y la mano corrió a silenciar cualquier nueva acometida de sensibilidad.

¿Mintió?

Eso había asegurado él mirándola a los ojos velados por el llanto. Que no habían sido traspasados. ¡Que nada había sido cierto!

Pero entonces, si no era verdad, ¿qué clase de locura era? ¿Por qué había desaparecido de su vida diez años antes enarbolando semejante pretexto, llevándose con él su corazón y su alma entera? ¿Por qué había sentido la necesidad de mentir?

Si nada de aquello había sido cierto, ¿qué sentido tuvo tanto sufrimiento, tanta soledad, tanto resentimiento fermentando quedamente en el brasero de amargura que acunaba su corazón? ¿Qué sentido habían tenido esos dolorosos diez años?

Sus afectos no habían sido traspasados, eso dijo.

No podía creerlo, aunque, a esas alturas, tampoco sabía bien en qué creer. No era sencillo cuando todo su mundo, ese mundo seguro e inofensivo que se había esforzado en erigir en torno, se había vuelto repentinamente del revés.

Él había aparecido de nuevo cuando no creyó verlo aparecer ante sus ojos ya nunca más. Había aparecido y había avivado en su alma un sinfín de emociones sepultadas muchos años atrás, del mismo modo que el soplo ligero del viento es capaz de avivar los viejos rescoldos de esa hoguera que todo el mundo consideró apagada. ¿Quién podría imaginar que había fuego en la vieja hoguera? ¿Quién podría imaginar que aún era capaz de desprender tanto calor?

Se separó de la puerta para atravesar la alcoba, rauda como un suspiro, tomó la palmatoria que latía sobre su *bureau* y se acercó a la ventana con la misma urgencia que muestra el demente cuando tan solo él sabe a ciencia cierta hacia dónde va.

¿Y adónde iba, en realidad?

Tan solo a distraer la cabeza y a dejar de pensar un solo segundo, si fuera posible. Si seguía dándole vueltas a las palabras de Marcus, si seguía rememorando una y otra vez lo que él había dicho, la forma en la que la había mirado o el gesto contrito que apreció en su semblante, muy posiblemente su cabeza terminaría estallando como una granada madura. Muy posiblemente su corazón terminaría colapsando.

El exterior permanecía abrazado por una oscuridad notoria, escasamente iluminado el paisaje por los rayos argentados del gajo creciente que pincelaba el terciopelo negro del firmamento.

Myriam miró el cielo escaso de estrellas y descendió después la mirada a la oscuridad informe que lo vestía todo, mientras movía los labios para repetir a modo de plegaria cada una de las palabras de Marcus.

—¿Por qué has regresado? ¿Por qué has venido a remover las cenizas? —Las lágrimas le velaban las pupilas de jade, orillándola a la realidad de unos sentimientos que no podía ignorar—. ¿Por qué has tenido que decirme esto, Marcus Bailey? ¿Con qué derecho regresas para erigirte de nuevo como el centro único de mis desvelos?

De un firme soplido, apagó la llama titilante de la palmatoria para dejarse engullir por las sombras de su alcoba y de su corazón.

* * *

Observó la pequeña casa que emergía bajo el llanto plateado de la luna creciente, mientras un ligero sirimiri empezaba a deslizarse entre la neblina nocturna para calarlo poco a poco.

A él, estatua de piedra apostada en mitad de la campiña.

A él, por cuyo abrigo se deslizaba la suave humedad, empapándole la ropas y fijando el cabello oscuro en gruesos mechones alrededor del rostro impertérito.

A él, que allí plantado, con los hombros caídos y el cuerpo descargado con abandono hacia un lado, consentía que la llovizna incesante le calara los huesos y también el alma.

No se movió.

Ni aunque los cielos se abrieran en ese preciso instante para derramar de golpe sobre su cabeza el diluvio universal, ni aunque tal infrecuente evento sucediera, él no habría considerado moverse.

Se merecía una pulmonía, se merecía cualquier tipo de sufrimiento que el buen Dios tuviera a criterio enviarle a través del clima.

Se merecía chorrear como un maldito ganso recién emergido de un charco; sería el suyo un charco de egoísmo y negligencia; exactamente, lo que había cultivado a lo largo de los años.

Allí parado en la distancia, observando Mershaw Cottage con el desespero del náufrago que divisa la luz de un faro en la oscuridad, las imágenes de lo sucedido esa misma tarde acudieron a su cabeza para desplegarse cual abanico y despertar en su interior mil y una emociones en letargo.

Que no olvidaba.

Inmóvil bajo la lluvia, la humedad provocada por el sirimiri incansable le invadió los ojos y le empapó el rostro.

Parpadeó muy despacio, tomando por suyas las lágrimas que el cielo tenía a bien cederle. De ese modo, resultó sencillo que las lágrimas propias se sumaran de inmediato a la humedad que le acariciaba la cara.

Si los cielos proveían, llorar bajo la lluvia no resultaba tan humillante después de todo.

Encajó la mandíbula y apretó los puños a ambos lados del cuerpo.

No podía arrancarse de la memoria el gesto de Myriam, mezcla de sorpresa, mezcla de indignación y rabia. Tampoco podía olvidar sus ojos brillosos, prestos a un llanto inminente, ni el modo en el que trastabilló para encararse al borde del abismo al que él mismo la había orillado.

¡Oh, Myriam! Su Myriam. ¡Cuánto daño debió de hacerle!

Ahora lo comprendía.

Jamás pensó que sus acciones pudieran cobrarse semejantes consecuencias, jamás pensó que Myriam las sufriría del modo en el que lo hizo.

Simplemente, consideró que lo olvidaría sin más, que pasaría página, como quien desliza la página de un libro para aventurarse a un nuevo capítulo, que él acabaría siendo tan solo una efímera línea –borrosa con el tiempo– en el trazado de su vida; al fin y al cabo, por aquel entonces ella solo tenía diecisiete años. Jamás pensó que su juventud pudiera vincularse a un afecto sincero y perdurable, tan sincero y perdurable como él sabía que era el suyo.

De haber sabido que su decisión provocaría tanto daño...

De haber sido más sensato y haber concedido una mayor fe a su relación...

Cuando vio apagarse la última y diminuta luz de la vivienda, inclinó la cabeza, giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad. Aceptó la negrura que le ofrecía el añorado *cottage* del mismo modo que aceptaba el hecho de que había sido un completo necio.

CAPÍTULO 14

Marcus exhaló en profundidad y, con la mirada fija al frente, trató de comprender la forma en la que habían llegado a ese punto.

Cuando regresó a su casa dos noches atrás, después de haber liberado parte de sus penas y frustraciones contemplando Mershaw Cottage en la distancia, se encontró con el desconcierto de haber recibido una nota de parte de Connor Everglott.

El hermano de Myriam lo citaba en un punto para ajustar cuentas pendientes. Entendía Marcus a qué cuentas se refería Connor y, aunque no albergaba deseo alguno de complicar el asunto más de lo que ya lo estaba, también comprendió que desatender la demanda de Everglott supondría otra afrenta más que sumar a las ya existentes.

Por lo tanto, allí estaba.

Con la chaqueta y el chaleco arrojados a un lado en el suelo, ataviado en mangas ligeras de camisa e involucrado en una situación que jamás habría conjurado en su cabeza.

A escasos pasos frente a él, Connor Everglott, también en mangas de camisa y arremangado hasta los codos, alzaba los puños delante del rostro en posición defensiva.

Marcus, en cambio, mantenía los brazos laxos a ambos lados del cuerpo en una pose que rechazaba a las claras cualquier afán de contienda, aunque, a juzgar por la expresión homicida de su

oponente y por los movimientos púgiles que le dedicaba, estaba claro que Everglott no se contentaría con su impasibilidad.

Suspiró con largueza.

Los claroscuros del crepúsculo y las sombras vertidas en ese claro del bosque concedían privacidad al instante, punto que Marcus agradeció. No le habría agradado contar con testigos para ese mal asunto.

—¡Vamos! —bramó Connor, que movía los puños ante el rostro en un gesto claramente incitante—. ¿Qué estás esperando?

Marcus, que miraba con fijeza a su ahora contrario, exhaló lentamente por la nariz. No obstante, no se movió de su posición; trataba de obviar en todo momento los pasos inquietos de Everglott, que se movía delante de él a saltitos que un pajarillo fácilmente tomaría por suyos.

—¡Muévete, Bailey! ¡Muévete, maldito seas!

—No voy a pelear contigo, Everglott —dijo manteniendo la calma.

Semejante templanza solo consiguió encrespar todavía más a Connor, cuyos ánimos venían previamente encendidos de casa.

—¡Tendrás que hacerlo! —tronó de nuevo—. Salvo que no quieras defenderte, lo que me resultará bastante menos satisfactorio. —Su mirada emitió un brillo de desafío—. Pero igualmente válido.

—Everglott...

—¡Si voy a partirte la crisma, espero al menos que me concedas un poco de entretenimiento antes, maldito cobarde! ¡Ponte en guardia, te digo!

Marcus meneó la cabeza en negación.

—No deseo pelear.

—Demasiado tarde.

Connor dio un paso al frente sin cejar en la expresión enfurecida, pero, en lugar de partirle la crisma, tal y como había anunciado, descargó un puñetazo contra la clavícula de Bailey que apenas consiguió desestabilizarlo. Se trataba de una clara advertencia por parte de Everglott.

—¡Tu inacción me demuestra lo que ya sabía! —protestó Connor—. ¡Lo que siempre he sabido y tú has ampliamente demostrado! ¡Eres un cobarde, Marcus Bailey; sigues siendo un maldito cobarde!

Marcus jadeó.

—¿No podemos hablarlo? —lo instó—. Como dos hombres civilizados, Everglott, podríamos sentarnos y hablar acerca del asunto que nos ha traído aquí...

—¿Ahora quieres hablar? —rugió Connor—. ¿Diez años después, crees que podemos sentarnos a hablar como dos personas civilizadas? ¡Maldito cretino! ¿No piensas que sería mejor escribirme una miserable carta para decirme lo que sea que quieras decirme?

Marcus, ceño fruncido en viva expresión de disgusto, exhaló de una vez su resignación y, muy lentamente, alzó los puños frente al rostro.

—No es mi propósito llegar a este punto de desencuentro, Everglott; nunca he pretendido llegar a esto...

Por toda respuesta, Connor lanzó un nuevo ataque, esa vez en forma de gancho, pero Marcus lo esquivó con destreza, inclinándose y haciéndose a un lado de un salto, para frustración de su oponente.

—¡Maldito seas! —rugió Connor, indignado—. ¿Por qué demonios has vuelto? ¿Por qué no te quedaste en el maldito agujero en el que llevabas diez años escondido?

Marcus observaba con atención los movimientos de Connor, porque, aunque no deseaba pelear con él, tampoco estaba dispuesto a recibir una paliza si podía evitarlo. Dado el grado de enfado de Everglott, estaba claro que no existiría en el momento presente forma de hacerle entrar en razón, por lo que trataría de esquivar sus golpes y confiar en que acabara cansándose de llevar a cabo semejante disparate.

Ante la falta de respuesta por parte de Marcus, Connor se lanzó de nuevo contra él, esa vez para descargar su puño contra el rostro del abogado y, aunque Marcus vio el ataque, no fue lo suficientemente rápido: lo alcanzó en una ceja, lo que provocó sangre en el acto.

Marcus se tocó la herida y observó durante un instante los dedos manchados de sangre a través de una mirada velada en rojo. Latía, dolía, fluía como una fuente rota.

—¿Por qué te fuiste hace diez años? —continuó increpándolo Connor—. Desapareciste sin más, sin previo aviso, exculpándote a través de una estúpida carta. ¿Considerabas acaso que Myriam no se merecía una explicación cara a cara? ¿O es que significaba tan poco para ti que consideraste innecesario ofrecérsela? ¿Tan poca consideración le concedías?

Eso último indignó a Marcus, que dedicó una mirada rabiosa a Connor.

¿Qué decía aquel loco? Él jamás había menospreciado a Myriam, ella lo había sido ¡todo!

—¡La utilizaste, nos utilizaste a todos! Creí que éramos amigos, creí que nuestra familia era tu familia. Te burlaste de todos nosotros. ¡Y de ella especialmente! —continuó cizañando, preso de la

exaltación—. ¡Nunca te importó! ¡De seguro, incluso alimentaría tu vanidad el hecho de saber que una chiquilla humilde moría de amor por ti, aprendiz de letrado! ¡Menuda heroicidad aprovecharte de una jovencita ingenua y usarla como entretenimiento durante tus estadías en Smallton!

Encolerizado ante la insinuación de Everglott, esa vez fue Marcus quien lanzó su gancho derecho contra Connor para reventarle la nariz.

Connor se dobló sobre sí mismo entre gruñidos de dolor. Hincó la rodilla en el suelo al tiempo que se sentía completamente humillado ante la cantidad de sangre que le manaba del rostro y que parecía haberlo apartado irremediabilmente de la pelea.

—¡No tienes ni idea! —bramó esa vez Marcus—. ¡No sabes lo que dices, maldita sea! Yo amaba a Myriam... —Parado de ante pie ante Connor con expresión derrotista, como si en realidad hubiera sido él el golpeado, fue lo que atinó a decir, por completo ya fuera de sí.

* * *

Era todo lo que podía decir, en realidad, puesto que esa era su única gran verdad.

Mientras mantenía una posición encogida, Connor habló sin alzar la mirada del suelo al tiempo que trataba de taponarse la nariz y mantener la dignidad.

—¿Entonces, por qué la dejaste, Bailey? ¿Por qué rompiste tu promesa?

Marcus inhaló profundamente por la nariz y deslizó la mirada a lo lejos, entre las sombras del bosque, para no atinar a ver en la espesura otra cosa más que la imagen evocada y etérea de Myriam, con la expresión de un hada confusa e indignada, que lo observaba como si fuera un extraño. Por supuesto, esa imagen de Myriam era fuego fatuo, una mera ilusión creada por su mente trastornada.

—Yo fui un cobarde; yo creí que... —meneó la cabeza en negación y supo que no podía seguir hablando, porque ciertamente no existía justificación honorable a su conducta pasada.

Sentía la sangre deslizarse por el lateral de su rostro. Sin embargo, no trató de limpiarse, permaneció allí de pie, quieto, soportando el dolor palpitante de una herida que no dolía nada comparada con el suplicio que le torturaba el alma.

En especial, tras comprobar que la imagen de Myriam se había esfumado como la bruma al amanecer.

—No te imaginas cuánto te quería Myriam —siseó Connor. Sus palabras fueron puñaladas en el corazón de Marcus—. No eres capaz de comprender cuánto tiempo te estuvo esperando en vano y cuánto le costó continuar con su vida después de ti.

Marcus inclinó la cabeza, hundido.

Todo eso lo había ya imaginado tras haber hablado con Myriam, pero escucharlo de boca de Everglott supuso una dolorosa confirmación.

—Yo te consideraba mi amigo —remató Connor, sacando al exterior todo cuanto llevaba guardando durante años—. Tampoco te imaginas cuán culpable llegué a sentirme durante todo este tiempo por haber sido yo quien os presentó. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! De no ser por mí, ella jamás habría padecido tanto. De no ser por mí, seguramente ahora sería una esposa feliz y una maravillosa madre.

Un profundo dolor desgarró en dos el corazón de Marcus, arrebatándole incluso el aire. Las puñaladas habían sido certeras.

—Tú no debes cargar con culpas que no te pertenecen, Everglott. El único culpable en todo este desastre he sido yo. Yo le arrebaté la posibilidad de ser feliz. —Encajó la mandíbula con dureza hasta que los molares restallaron. Dentro de su pecho, el corazón pulseaba malherido, desangrándose despacio—. Ojalá pudiera hacer correr el tiempo hacia atrás para enmendar todas mis faltas.

—¿Y qué ganarías con eso? —le espetó Connor con mordacidad.

“De saber todo lo que hoy sé, jamás la habría abandonado.”

Tendió la mano a Connor.

Desde su posición innoble, Everglott observó un largo instante la mano ofrecida; finalmente, la aceptó para ayudarse a incorporarse.

—¡Esto no es una claudicación; ni lo pienses, Bailey! —concluyó, parado frente a Marcus en posición aún desafiante a pesar de la nariz por completo hinchada y reluciente en carmesí—. Volveré a tratar de partirte la crisma en cuanto tenga ocasión.

—Lo sé —concedió Marcus, también mostrando el rostro manchado de sangre y la ceja izquierda hinchada y ennegrecida.

Connor lo observó en silencio un eterno instante.

—Responde —insistió, carcomido por las perennes dudas—. ¿Por qué has regresado ahora a Smallton después de haberte ausentado por diez años? —Su tono reflejaba un claro reproche, pero no parecía encerrar una furia ingobernable esta vez—. Nadie sabía nada de ti, ni qué había sido de ti. Desapareciste sin más.

Marcus inhaló profundo por la nariz para exhalar después con un largo suspiro.

—Terminé la carrera de Derecho y me convertí en abogado; un buen abogado, me atrevería a decir. —Marcus sonrió para sí mismo con cierta nostalgia—. Obtuve un notable prestigio entre mis colegas de profesión y nunca me faltó trabajo, especialmente entre las clases altas.

—Sí, dijeron que te iba muy bien —apuntó Connor con cierto resabio.

—En mi último caso, me contrataron para que ejerciera la defensa de un empresario muy rico al que acusaron de estafar a decenas de clientes. Baste decir que conseguí librarlo de cuanto se lo acusaba; no obstante, aún al día de hoy tengo la certeza de que era culpable de todo. Por lealtad a mi profesión, obré mal, dejando en libertad a un estafador, a un hombre sin escrúpulos que había arruinado a muchos otros. Por eso, necesitaba evadirme de ese mundo horrible plagado de hipocresía y esnobismo. Pasé una temporada en Bath, pero incluso allí no pude escaparme de esas sonrisas falsas y esos afectos de conveniencia que, por desgracia, tan bien he llegado a conocer. Decidí regresar al único lugar cuyo recuerdo me transmite paz, seguridad e imperturbabilidad.

—¿Sabías que encontrarías aquí a Myriam?

Marcus dedicó a Connor una mirada penetrante, invariable. Entonces, Everglott supo que las siguientes palabras resultarían sinceras:

—Jamás pensé que continuaría aquí. Hace mucho que me la imaginaba en su propio hogar, rodeada de un esposo e hijos que la hicieran feliz. Tal y como lo merece.

* * *

Myriam descubrió con gran asombro el rostro descompuesto de Connor a la mañana siguiente, durante el desayuno familiar.

Tenía la nariz hinchada hasta el punto de la deformidad, además de completamente amoratada, de tal forma que la negrura y la hinchazón abarcaban incluso la zona bajo los ojos.

Cuando los varones de la familia le preguntaron el motivo de semejante presentación, Connor alegó que se había caído del caballo. Continuó saboreando los arenques fríos como si nada bajo las estrellas cobrara mayor importancia para él que el pescado que entonces ocupaba su plato.

Los demás nada dijeron, pero a Myriam en particular tal respuesta distó mucho de convencerla; por eso, durante un buen rato observó a su hermano con insistencia, procurando su mirada, pero él parecía haberse propuesto evitarla a como diera lugar. No volvió a levantar los ojos del plato en tanto se prolongó el desayuno.

Connor era un jinete experimentado. Los caballos de los establos eran por demás lo suficientemente dóciles como para tirar a cualquiera que los montara.

Jamás lo habían hecho, ni con su anciano padre ni con ella misma, que distaba mucho de ser una perfecta amazona, por lo que dudaba que hubieran arrojado al suelo a un hombre hecho y derecho como Connor, cansado además de ejecutar a diario dicha actividad.

No obstante, Connor tampoco era propenso a involucrarse en peleas, a pesar de su carácter impetuoso, por lo que Myriam no atinaba a comprender el origen real del accidente. Una nariz tan hinchada y amoratada como la que presentaba su hermano no era consecuencia de un tropiezo liviano, desde luego.

En el fondo de su ser, se había atrevido a barajar una cierta posibilidad, pero se negaba a concederle crédito.

Tendría que hablar con él.

Encontraría el momento de hacerlo y Connor confesaría la verdad. El muy ingenuo no podía considerar a su hermana tan indiferente como para no desear averiguar el motivo de las magulladuras. El real: una caída del caballo no entraba en consideración.

* * *

Una vez terminado el desayuno, cada integrante de la familia se hubo retirado a atender sus respectivas ocupaciones. Entonces, pudo Myriam encontrarse a solas con Anne en la sala de estar; de ese modo, aprovechó para anoticiarla de todo cuanto había descubierto días atrás por boca del propio Marcus Bailey.

Se había estado mordiendo la lengua durante todo ese tiempo a falta de disponer de un mísero instante de privacidad para confesarle las inquietudes a su cuñada, quien, de un tiempo a esa parte, se había erigido como la perfecta confesora. Por fortuna, la ocasión se dio ese mismo día; de lo contrario, de haberse visto en la necesidad de continuar silenciándose y asumiendo por sí sola información tan perturbadora, Myriam sentía que se habría vuelto loca de la desesperación.

Tan pronto fue asimilada la información, del mismo modo que había sucedido en el caso de Myriam, Anne se sintió poco motivada a creer lo que oía y, por supuesto, no alcanzó el entendimiento a comprender los motivos que pudieron existir para que tuviera lugar la separación de aquellos dos si, tal como Bailey aseguraba, no habían existido terceras personas ni un fundamento legítimo para el distanciamiento.

Anne la instó a profundizar más en el asunto, a reunirse con Bailey, incluso, para aclarar la situación de una buena vez.

Ella misma se ofrecía a acompañarla, a propiciar un encuentro de ser necesario, pero estaba claro que Myriam no podía dejar las cosas estar después de haber escuchado tal confesión de boca del propio Bailey.

Era hora, sentenció la señora Everglott, de que, diez años después, se pusieran las cartas sobre la mesa y se dijeran todo cuanto había que decir, todo lo que permaneció escondido en el fondo del alma de cada uno; todo lo que había provocado las dolorosas llagas que todavía escocían.

Myriam, completamente horrorizada ante semejante ocurrencia, rosas escarchadas en sus pómulos y aliento veloz, fue tajante en ese punto: no iba a reunirse con Marcus, no iba a preguntar nada, ni mucho menos exigir respuestas.

—Si no me fueron ofrecidas a lo largo de toda una década —continuó Myriam razonando a su manera—, no tiene sentido procurar respuestas ahora. Mucho menos ir yo misma en su búsqueda, como si suplicara una justificación. —Miró a Anne de soslayo, asomando un gesto de duda—. ¿Debo acaso suplicar una justificación?

Mientras exhibía sus pretextos, fue consciente Anne de cómo Myriam gesticulaba en demasía con las manos; de seguro tratando en vano de enfatizar la decisión. También notó cómo los colores que le escarchaban los pómulos abarcaban ahora todo el rostro, el cuello y buena parte del escote.

—Soy una mujer que pronto entrará en la treintena; no tiene sentido dar alas a un corazón que, a estas alturas, debería conformarse con la tibieza que le proporciona la felicidad de sus allegados. —Myriam tragó seco—. ¿Qué sentido tiene empeñarse en mantener una ilusión juvenil y soñar con enamoramientos tontos?

Por respuesta, Anne suspiró, rendida ante la cabezonería de la joven.

Abrumada, de pronto, ante el silencio de su cuñada y ante la marabunta de pensamientos que, por el contrario, hacían ruido en su cabeza, Myriam inclinó la mirada para centrarse en los propios dedos, enlazados con firmeza sobre el halda.

Mientras se obligaba a mantener la concentración en esos dedos largos, finos y blanqueados a causa de la fiereza del agarre, continuó devanando pensamientos.

¿Guardaba razón de ser remover las viejas aguas para tratar de ver el fondo? ¿Valía la pena tratar de ver el fondo?

No, de ninguna manera.

Había demasiado lodo en la superficie, demasiadas algas enmarañadas entre aguas que amenazaban con arrastrarla hasta las profundidades. Además, en las profundidades oscuras ya había estado.

¿Para qué sumergirse de nuevo? ¿Para qué mover las corrientes? ¿Para qué encenagarse?

Después de todo ya era demasiado tarde para los dos.

CAPÍTULO 15

El domingo, durante el servicio, Myriam no pudo evitar dirigir la mirada y la atención a la nave izquierda del templo.

Por más que se hubiera exigido desde que había abandonado la vivienda bien temprano, también incluso durante la primera parte del oficio, no desviar la mirada ni un solo segundo a esa parte en concreto de la casa del Señor, fue consciente de que tal propósito era como luchar contra un imposible, como quien se empeña tontamente en alzar diques en el mar.

Desde allí, sentada en la bancada familiar, acompañada por Anne y por sus queridos sobrinos, fue consciente del fuerte oleaje que batía inclemente contra el muro que ella había pretendido erigir, en vano, en torno a su persona a modo de protección, y que en esos momentos corría sería peligro de ser derribado.

El sonido de las olas contrastaba con viveza con el fuerte latir de su corazón y con el feroz movimiento en su vientre. Por eso –tal vez, porque, en verdad, era perfectamente consecuente con sus deseos más íntimos–, su rostro se volteó en esa dirección.

Cuando sus ojos se encontraron con las pupilas negras e insondables de Marcus, un escalofrío le recorrió el cuerpo: la sacudió por entero como hace el vendaval a un junco joven a merced de su aliento: las manos corrieron a enlazarse temblorosas sobre el regazo, el corazón sufrió una única y dolorosa sístole; no obstante, fue capaz de sostener la mirada de él con aparente entereza.

Descubrió entonces la herida hinchada y enrojecida de su ceja izquierda, bastante difícil de ocultar a pesar del bucle oscuro que, con clara predisposición, se deslizaba sobre ella. De ese modo, pudo atar cabos.

¿También él se había caído del caballo?

¡Oh, desde luego que no!

Connor y Marcus se habían peleado.

Tal certeza, que, previamente y con notable timidez se había insinuado en su cabeza, la horrorizó y le provocó una punzada dolorosa en el corazón.

No quería considerarla; hacerlo suponía una auténtica tortura, pero no existía otra explicación posible, tampoco cabía lugar a dudas.

Con el ceño fruncido a severidad y el gesto descompuesto, continuó mirando a Marcus mientras él le sostenía la mirada.

El hecho de que su querido hermano y Marcus se hubieran enzarzado por su culpa era algo con lo que no se sentía capaz de lidiar. Algo que jamás había pretendido o esperado; que le provocaba un gran dolor en el alma.

Debía hablar con Connor, debía... ¡Santo Cielo!

¿Qué iba a decirle?

Al fin y al cabo, ¿no había sido ella la desencadenante de semejante desencuentro? ¿No era obvio que se habían peleado por ella?

Jamás esperó que un enfrentamiento entre ambos hombres tuviera lugar después de tanto tiempo, pero parecía obvio que las viejas heridas, las de todos, continuaban abiertas.

El gesto apacible de Marcus mientras la observaba, como si la liberara de cualquier tipo de culpabilidad, contrastaba con los sentimientos inculpatorios de Myriam para consigo, lo que consiguió abrir un agujero devastador en el centro de su pecho.

No la culpaba.

No le recriminaba nada, aunque la herida que le inflamaba la ceja hubiera sido por su causa.

No había censura ni reproche en su mirada; tan solo derramaba paz, tan solo calma, tan solo interés y sentimiento.

En un gesto involuntario, se llevó la mano al busto para reposarla sobre el corazón en procura de alivio. Un alivio que, por supuesto, no le fue concedido bajo el doloroso y agónico pulsar de la víscera romántica.

Anne fue perfectamente consciente del intercambio de miradas, del gesto contrito de Myriam, de su respiración agitada y, por supuesto, también de la devoción manifiesta del caballero a través de una simple mirada.

De igual modo, fue consciente de la magulladura que presentaba Bailey sobre el ojo izquierdo y, como tampoco era necia en absoluto, pudo al igual que su cuñada sacar conclusiones por completo acertadas.

Entonces, la señora Everglott suspiró con disimulo.

¡Qué par de gallos encrespados esos dos; uno por defender el corral, y el otro en un intento de hacerse hueco dentro de él!

Myriam era mayorcita e inteligente en lo que a tomar decisiones se refería, pero, a la vista de lo acontecido, comprendió que, tal vez, podría interceder con levedad para favorecer un acercamiento entre Myriam y Marcus.

Le parecía obvio que, por muy mal que se hubiera presentado la situación de ambos en el pasado o por muy desacertadas que hubieran sido las decisiones tomadas por un joven Marcus Bailey, la vida parecía decidida a concederles una segunda oportunidad; de lo contrario, no los habría reunido después de tanto tiempo, incluso cuando los hados jamás parecieron favorables a un acercamiento.

Una vez finalizado el oficio, justo antes de abandonar el templo, Anne tomó del codo a su cuñada para retenerla un instante y sugerirle de forma susurrada que no se apresurara a salir, que tal vez resultara deseable que hablara con Bailey o que, al menos, accediera a conversar si era él quien se acercaba. ¿Qué mal podía existir en claudicar un poco?

Myriam se limitó a mirarla con cierta incredulidad antes de manifestar que no tenía nada de lo que hablar con él.

Pretendió ser tajante en ese punto, como en la ocasión anterior, aunque esa vez atisbó Anne un ligero viso de duda –¿o tal vez de esperanza?– en las pupilas brillosas bajo un ceño fruncido en base al desconcierto.

Consciente de la dubitación, en un intento de consolidar su porfía, Myriam tomó de la mano a su sobrino más pequeño y se apresuró a abandonar la iglesia en su compañía, evitando de ese modo la situación que Anne le había presentado segundos antes.

Estaba decidida a no exponerse a dicha posibilidad, puesto que no se sentía capaz de mantenerse firme.

Durante diez años, lo tuvo claro, pero, en esos momentos, consciente de la presencia y de la mirada de Marcus, sabía que no contaba con la fuerza de ánimo necesaria para permanecer alejada.

Marcus abandonó el templo en último lugar con la esperanza de encontrar en el atrio a Myriam.

Estaba decidido a acercarse a ella y entablar conversación, desafiando incluso a Connor Everglott, que no le sacaba la vista de encima en ningún momento.

Nada importaba; estaba dispuesto a aceptar las demandas de Everglott y volver a enzarzarse en una pelea si fuera necesario. Estaba dispuesto a romperse la otra ceja y a recibir cuantos puñetazos tuviera a bien propinarle el enfurecido hermano con tal de dejar claras sus intenciones: lo único que deseaba era estar cerca de Myriam y poder recuperar la familiaridad de antaño.

Sabía que semejante pretensión se acercaba a la locura y que, seguramente, no fuera merecedor de nada de eso después de todo lo sucedido; sabía que Connor jamás se lo permitiría, pero necesitaba sentirse cerca de Myriam, necesitaba recuperar de algún modo lo que se había perdido por su culpa.

La necesitaba a ella.

Solo a ella.

Quería recuperarla.

No obstante, sus anhelos se vieron prontamente truncados cuando descubrió, después de haberla buscado con la mirada, que Myriam era la única integrante de los Everglott que no se encontraba presente.

Se había marchado una vez finalizado el oficio; tal vez, con el firme empeño de evitarlo, consideró decepcionado.

En cambio, se encontró con la mirada compasiva de la señora Everglott, secundada por una sonrisa amable y un cordial cabeceo. Aunque no era en absoluto lo que esperaba entonces, ese gesto venturoso sí que le concedió una cierta esperanza.

* * *

Amparada en la seguridad de su alcoba, sentada en el borde del lecho, Myriam sostenía sobre el regazo el viejo atado de cartas que, por algún extraño motivo, se había empeñado en conservar a lo largo de toda una década.

En alguna ocasión, se había sentido tentada a deshacerse de todas esas epístolas cargadas de esperanzas, de sueños, de ilusiones y promesas que se habían visto truncadas de golpe, pero jamás había reunido el valor suficiente para llevarlo a cabo.

Habría sido sencillo verlas arder bajo la violencia de las llamaradas de la chimenea, del mismo modo que ardía su alma bajo un dolor lacerante que parecía imposible de sanar; no obstante, en el último segundo, se había negado a quemarlas.

De algún modo, necesitaba aferrarse a esas letras; parecía hacerlo con absoluta desesperación, puesto que, en ellas, se concentraba su juventud, en la elegante caligrafía permanecía plasmada la prueba de un amor correspondido en otro tiempo; también la ilusión de tantos sueños que debieron cumplirse y que quedaron en nada.

Gracias a esas letras sabía que no había sido una fantasía, sino que, en verdad, había existido una bonita historia entre Marcus y ella.

En la última carta quedaba constancia también de una separación que la había tomado por sorpresa, y en la que Marcus revelaba que debían dejar de escribirse, de verse, de tenerse porque sus afectos habían sido traspasados.

Y a raíz de ahí surgió el abismo.

El infierno.

La nada.

Ahora, diez años después, Marcus le revelaba que todo el sufrimiento había sido un sinsentido porque jamás hubo terceras personas. A juzgar por sus palabras, nunca tendrían por qué haberse distanciado.

¿Pero era real? ¿O simplemente decía eso porque le convenía decirlo ahora? ¿Cómo saber si mentía? Si lo hizo una vez, podía volver a hacerlo en el presente.

¡Oh, qué fácil podía ser regresar al lugar donde había sido amado después de haber fracasado en otros corazones!

¿Acaso Myriam debía aceptar ser el segundo plato al que recurrir después de haber saboreado y aburrido el primero?

En la alcoba, sonó lánguido el eco de un suspiro, reminiscencia de un sollozo. Con la cabeza inclinada hacia el grueso racimo de papel, acariciaba con el pulgar el descolorido lazo que reunía la correspondencia de dos jóvenes enamorados mientras la mirada y la memoria se perdían entre las vitelas oscurecidas por el tiempo y la humedad.

Las palabras de Anne de esa misma tarde acudieron prestas a su cabeza.

“Marcus Bailey regresó a Smallton con treinta y dos años, sin traer consigo esposa o hijos, por lo que da a entender que se encuentra solo. Tan solo como lo está tu corazón, querida Myriam. ¿No lo ves? Porque yo veo con claridad a dos almas solas que, secretamente, claman por reunirse. ¡Oh, Myriam! ¿No te das cuenta de que a veces las cosas se suceden de un modo particular debido a un sabio propósito? Los caminos del Señor son inescrutables, querida, y, a menudo, nos obligan a dar vueltas y más vueltas tan solo para probar nuestra fe, porque finalmente acaban por conducirnos al punto de destino consignado desde el principio”.

Un nuevo suspiro huyó de los labios de Myriam mientras la mirada insistente, persuasiva y amable de Anne acudía a su memoria para enlazarse con sus consejos.

“Tienes casi treinta años, Myriam, ya no eres una niña. La vida te presenta esta oportunidad que, a mi parecer, no deberías dejar pasar. Ambas sabemos, a pesar de que tú te empeñas en ocultarlo, lo que Marcus Bailey ha sido para ti y lo que aún sigue siendo al día de hoy. No te niegues la posibilidad de ser feliz, querida mía, no bases tu vida en una eterna espera –mucho menos, en un triste recuerdo– cuando tienes ante ti la oportunidad de vivir plenamente el presente y de amar con todo el corazón. Concédete al menos esa posibilidad”.

Pero, ¿podía ser tan sencillo? ¿Podía encontrar en su corazón la forma de perdonarlo? ¿Podía ser posible que su corazón volviera a recuperar el ritmo cadencioso y devoto con el que solo consiguió hacerlo vibrar Marcus Bailey? ¿No era entonces demasiado tarde ya para ellos, demasiado tarde para el amor?

Acarició el grueso atado apenas con la yema de los dedos, consciente del tacto áspero de la vitela.

Había llorado tanto, había sufrido tanto, había nacido tanto dolor donde antaño hubo entrega y amor...

Marcus...

Marcus...

Se llevó el fajo a los labios y depositó un beso suave y liviano sobre el papel mientras el olor antiguo de la tinta, del pergamino y de la humedad que envolvía la gavilla ascendía hasta sus fosas nasales.

Una lágrima solitaria abandonó la brillante pupila para descender con urgencia el lívido pómulos.

Cerró los ojos. Exhaló lento y profundo.

Las respuestas a todas sus preguntas residían más allá del antiguo legajo de correspondencia: se encontraban sin duda en su propio corazón.

Y acababa de desenterrarlas por fin.

* * *

La conversación con Connor era solo cuestión de tiempo.

Ese tiempo llegó por fin una plomiza tarde de principios de octubre, bajo un cielo profundamente encapotado y la promesa de lluvia inminente coronando sus cabezas.

Era obvio que tanto Connor como Myriam deseaban encontrar un momento a solas para hablar largo y tendido acerca de lo que había sucedido y que ninguno de los dos se había atrevido a mencionarlo delante del otro.

Posponer el instante sería un craso error. Tan solo ayudaría a crear distancia entre dos hermanos que siempre habían sido especialmente unidos.

La posibilidad de dar un paseo aprovechando la tregua climática – posiblemente demasiado breve– resultó una agradecida iniciativa, por lo que empezaron a caminar por la propiedad, decididos a no alejarse mucho en aras de la precaución.

Durante demasiados minutos, imperó el silencio entre los dos. Myriam se entretuvo de inmediato con la deleitosa contemplación del jardín en plena estación otoñal, ora observando y escuchando el crujir de la hojarasca que cubría el suelo presto al letargo, ora apreciando las postreras yemas de las camelias y la sensación de la

tierra reblandecida bajo sus pies, o, simplemente, aspirando el agradable aroma de la hierba mojada y del musgo encharcado que vestía las piedras.

Connor, en cambio, buscaba la manera de iniciar una conversación cuyo fin, tal vez, no resultara demasiado amable para él después de todo.

Respetaba profundamente a su hermana y albergaba un muy buen criterio acerca de su persona, porque, pese a tratarse de su hermana menor, con el correr de los años había dejado de manifiesto su buen juicio, su sensatez y la amabilidad de sus sentimientos.

A esas alturas, Myriam contaba veintisiete años, por lo que Connor podía asegurar –todo el mundo podría hacerlo– que era una mujer de lo más prudente, cabal e inteligente. No había odio, resentimiento o amargura en su corazón –cuando bien podría asilar cualquiera de tales sentimientos, poseía grandes motivos suficientes para hacerlo–; en cambio, Myriam continuaba siendo tan paciente, amable y generosa con todos como podría serlo cualquier alma que no hubiera padecido una desilusión similar a la suya.

No obstante, Connor albergaba también el convencimiento de que podría ser esposa y madre, además de vivir una existencia plenamente feliz; tal convencimiento era algo que lo mataba por dentro y le causaba profundo pesar.

Bajo su criterio, él mismo había propiciado de algún modo su estado de soltería y su corazón desolado. Cargaba con esa culpa desde hacía una década; una que consideraba que jamás podría descender de sus hombros.

Aspiró en profundidad la brisa fresca del día. Con semejante energía en los pulmones, tomó arrestos para enfrentarse a lo que debía de haber enfrentado mucho tiempo atrás.

—Sé que hace días que deseas preguntarme algo, hermana —comenzó mientras mantenía un paso lento y cómodo—. Así que hoy que nos encontramos solos, te ruego que no te frenen la prudencia o el miedo a incomodarme.

Myriam dejó a un lado la contemplación de la camelia de yemas blancas para reanudar el paseo, volverse hacia su hermano y dedicarle una mirada sorprendida.

—Pero yo ya poseo la respuesta a mi interrogante, Connor —manifestó al tiempo que esbozaba una breve sonrisa—. El domingo en la iglesia me fue confirmada.

Connor aspiró otra ingente cantidad de aire. De nuevo, su hermana hacía gala de una inteligencia vivaz, sorprendiéndolo con su saber estar y su prudencia. Muy al contrario de él mismo, que siempre había sido puro nervio y vehemencia.

Lo había adivinado, seguramente al ver a Bailey en una condición similar a la suya. Aun así, se había callado.

—No te caíste del caballo —añadió Myriam, manteniendo una sonrisa cómplice.

—No, no lo hice.

Sin decir nada, Myriam cabeceó en asentimiento, confirmando para sí misma lo que ya había intuido, aunque jamás deseó llegar a semejante conclusión, ni quisiera hacerlo en ese momento.

En efecto, en la iglesia, mientras observaba a Marcus desde la bancada central, le fue convalidada su negra suposición y, en esos momentos, Connor se lo ratificaba alto y claro.

De todos modos, se alegraba de que Connor no le mintiera ni ocultara la realidad por temor a incomodarla.

Si esa tarde iban a abrir el corazón y el alma ante el otro, todo parecía indicar que así sería, no tenía sentido emplear innecesarias vueltas de hoja.

Durante algunos segundos, ambos hermanos continuaron caminando en silencio, inmersos en sus respectivas cavilaciones que, secretamente, confluían ambas en un nexo común.

—Tan solo existe una persona en este mundo a la que deteste más que a Marcus Bailey —dijo Connor de pronto, intervención que sorprendió de nuevo a Myriam—; esa persona soy yo mismo, querida Myriam, por haber permitido que te rompiera el corazón.

Se vio obligada a aspirar una profunda bocanada con tal de no colapsar, de tan impactantes como resultaron tales palabras, mazazos para su sensible corazón. No obstante se atavió con todo el aplomo que consiguió recopilar en su interior para continuar caminando sin perder el paso o el aliento.

—Nunca debí haberos presentado...

Myriam se detuvo en seco. Para sorpresa de Connor, se paró ante él para tomarle las manos en un intento de reclamar por completo su atención. Las miradas de ambos se encontraron bajo el cielo plomizo para ornarse de inmediato con la sonrisa falta de resentimiento de Myriam. De hecho, esa hermosa sonrisa rezumaba, como siempre, ternura y templanza.

—No digas eso —pidió. Connor apartó la mirada, avergonzado—. No tienes que sentirte culpable en absoluto; mírame, mírame hermano, te lo ruego. —Connor la miró, su mirada ceñuda abrigaba un cariz brillante—. No quiero que cargues con una culpa que no mereces; no lo hagas, Connor.

—Myriam...

Ella negó con la cabeza, dispuesta a interrumpir sus protestas.

—En modo alguno, ni tus decisiones ni tus actos han influido negativamente en mi vida. Marcus pasaba muchos meses del año en Smallton, posiblemente nos hubiéramos conocido, aunque tú no nos presentaras.

Connor inclinó de nuevo la mirada y exhaló su aflicción.

—Sea como fuere, lo lamento tanto...

—No lo lamentes, te lo pido —continuó Myriam, y alargó la sonrisa para secundar sus palabras—. Te aseguro que, si pudiera volver atrás en el tiempo, cambiaría muy pocas cosas de hecho.

Connor la miró con curiosidad, recordando una situación similar, la que Bailey le había retratado el día de la pelea, cuando rogó disponer de la posibilidad de dar marcha atrás para enmendar sus faltas.

—¿Cómo podrías no cambiar lo sucedido?

Myriam suspiró.

—De no haber conocido a Marcus, me habría negado la maravillosa posibilidad de sentir y de amar con tanta pasión como amé aquella vez. —Una amplia sonrisa, secundada por el brillo que cintiló en las verdes pupilas, ornó tales palabras—. Es algo que no me habría perdonado. Él fue lo más bonito y lo más trágico que pudo conocer mi corazón. Simplemente por el hecho de haberme permitido experimentar emociones tan fuertes y profundas, debería sentirme privilegiada.

Connor liberó un quejido.

—Pero te partió el alma en dos; ¿cómo podrías sentirte afortunada por eso?

Myriam suspiró de nuevo, forzándose por mantener la sonrisa.

—Sentir dolor también resulta necesario para saberse vivo, Connor —manifestó Myriam, que lo comprendía todo al fin. Alcanzar ese grado de comprensión consiguió inflamar su alma de una dicha y una paz hasta entonces desconocidas—. Yo he sentido, hermano, yo he amado y he sufrido. He sido sacudida como una hoja a la que agita el viento, he sido zarandeada con la impiedad de un auténtico vendaval. Es lo justo. Solo de esta forma, podré algún día reconocer que he vivido y que he sentido.

Connor negó muy despacio con la cabeza. Su ceño fruncido le confería un gesto encorajinado como el de un niño pequeño al que niegan su petición.

—No creo que pueda perdonarlo jamás.

Myriam se llevó las manos de su hermano a los labios para besar con ternura el dorso ligero de vello.

—Si mi corazón no alberga resentimiento, el tuyo tampoco debería hacerlo.

Connor la miró fascinado.

Y extrañado.

Y confundido.

¿Myriam había perdonado a Marcus? ¿Había encontrado la forma de hacerlo? ¡Qué afortunado podía sentirse entonces ese necio de Bailey!

No solo lo habían amado en el pasado con una intensidad y una lealtad abrumadoras, sino que, diez años después, todavía había sitio para él en el corazón de Myriam.

—¿Estás segura? —Fue lo único que Connor atinó a preguntar.

Sonrisa siempre en los labios, Myriam se encogió ligeramente de hombros.

—No lo sé, Connor; a estas alturas de mi vida, creo que ya no estoy segura de nada. Las antiguas certezas han sido desbancadas por la novedosa realidad. —Un nuevo beso afectuoso fue depositado en los nudillos de Connor—. Que sea el corazón el que me guíe de ahora en adelante, que sean mis emociones las que actúen como timonel en mi vida. Yo ya estoy cansada de nadar contracorriente, tan solo deseo dejarme llevar.

—Myriam, yo no quiero que sufras nunca más.

—Libérate de cargas innecesarias, querido Connor, y quítate ese horrible peso de los hombros, porque yo nunca he dispuesto semejante lastre sobre ti.

CAPÍTULO 16

¡Qué hermoso había amanecido el día en Mershaw Cottage después de una larga y alborotadora noche de lluvia y viento!

Todo parecía resplandecer con una luz más vívida e, incluso, el cielo, pese a lucir encapotado y en apariencia más bajo de lo normal, permitía el paso de algún rayo áureo deslizándose por entre su densa y resquebrajada capa algodonosa para conceder al paisaje la vivacidad de una acuarela humedecida.

Anne se entretenía en el jardín delantero recortando espigas de la inmensa mata de lavanda que crecía pegada a la valla y cuyas caperuzas se alzaban, con todo su vigor violáceo, de cara al firmamento.

Myriam y ella se encargarían después de ir formando pequeñas gavillas y ponerlas a secar en un rincón oscuro para crear centros florales o perfumar las almohadas y los guardarropas.

Su cuñada se había mostrado dispuesta a ayudar en la recolección, por demás sobraba decir que Myriam disfrutaba especialmente del aire libre y de las bondades de la naturaleza, pero también de la compañía de sus pequeños sobrinos y, en particular, de la satisfacción que le proporcionaba complacer y mimar a esa adorada facción de Everglott, por lo que no hizo falta mucho más que un par de ruegos, algún que otro estudiado mohín y unos cuantos besos en la mejilla para que la abnegada tía los acompañara durante sus juegos y renunciara a su estadía en el exterior.

Complacida con la tarea y a punto de dar por finalizada la labor, Anne alzó la mirada del colorido y fragante macizo vegetal justo a tiempo de distinguir la silueta del caballero que se acercaba por el sendero de tierra dando un paseo.

La sorpresa de Anne fue proporcional a la satisfacción que le produjo semejante descubrimiento.

Como acostumbraba a ser habitual en su persona, Bailey vestía un elegante redingote azul marino, sombrero cilíndrico, lustradas botas de cuero y un bastón que acompañaba sus pasos bajo la mano enguantada.

Anne se enderezó una vez él llegó a su altura. Esbozó su mejor sonrisa a modo de recibimiento; se sentía muy dispuesta a no dejar pasar la oportunidad que, como bendecida agua de mayo, acababa de presentarse ante sus ojos.

Estaba claro que Marcus Bailey también anhelaba semejante oportunidad o, de lo contrario, se hubiera buscado otro itinerario para su paseo diario.

Así que, sonrisa en ristre y determinación en la frente, Anne Everglott se mostró decidida a propinar el empujoncito que faltaba a esos dos bobos, por lo que no le preocupó resultar un tanto porfiada, ni obvia o descarada al procurarlo. A esas alturas, cualquier estúpido remilgo se encontraba fuera de lugar.

Dentro de poco, la familia abandonaría Mershaw Cottage para regresar a su hogar. Anne, en concreto, deseaba partir con la bendición de haber hecho algo bueno por Myriam, de ser posible habiéndola dejado feliz y alejada de su empeinado estado de soltería.

—Señora Everglott. —Marcus se paró del otro lado de la valla, justo delante de Anne, se quitó el sombrero y le ofreció una reverencia lenta y concisa.

—¡Señor Bailey, buenos días! —lo saludó Anne en tanto ofrecía el consabido gesto de cortesía. Tras comprobar que Marcus parecía buscar a alguien en el jardín, Anne se apresuró a añadir—: La señorita Everglott se encuentra dentro, jugando con los niños. —Advirtió la mirada desilusionada de él, también la sonrisa forzada, por lo que Anne decidió continuar perforando la coraza del caballero —. Es una tía excelente y los pequeños la adoran. Bueno, en realidad, ¿quién podría no adorar a nuestra querida Myriam?

Marcus, consciente de que su paseo había sido en vano, no fue capaz de disimular la decepción; no obstante, procuró regalar una sonrisa a la amable mujer que, sin duda alguna, había sido, de entre todos los moradores de Mershaw Cottage, la única en mostrar afabilidad hacia él.

—Por supuesto —concedió—, la señorita Everglott cuenta con el aprecio de todo el mundo.

Desvió la mirada en el acto por temor a delatarse. Gesto que no le pasó desapercibido a Anne, para quien el ceño repentinamente fruncido y la mandíbula apretada del caballero mostraron a la perfección todo cuanto callaban los labios.

—¿Aceptaría entrar a tomar el té, señor Bailey? —Anne hizo ademán de girar hacia la cancilla para abrirla, pero Marcus dio un paso al frente y, con un gesto de la mano, detuvo su intención.

—Se lo agradezco, señora Everglott —intervino con cierta urgencia —, pero me temo que no sería muy bien recibido. —Inclinó la mirada con evidente contrarío para depositarla sobre las lustradas punteras de sus *hessian*, obligándose a controlar los verdaderos deseos de entrar y acompañarla a tomar ese té ofrecido, para acallarlos con la certeza de la realidad que imperaba en su vida.

No era bien recibido en Mershaw Cottage ni en la vida de los que allí habitaban. Especialmente, en la de Myriam. Ya no había cabida para él en su corazón.

Anne se compadeció inmediatamente de él, también de la querida Myriam; ¿cómo no compadecerse de dos almas que, en definitiva, no dejaban de dar vueltas la una alrededor de la otra sin atreverse a acercarse?

¿Acaso iban a continuar observándose de lejos durante el resto de sus vidas? ¿O acaso tendría que desaparecer Bailey de nuevo para que Myriam abriera los ojos de una bendita vez?

¡No, Anne no iba a permitirlo! Se sentía como la hermana mayor que Myriam nunca tuvo. La apreciaba con sinceridad, así que, mientras estuviera en su mano, no iba a permanecer indiferente a la atracción que existía entre los dos y que, al parecer, ninguno de ellos era capaz de apreciar.

—Uno nunca puede estar seguro de eso, señor —añadió quedamente. Con sus palabras consiguió recuperar la mirada y la atención del caballero—. A menudo, las dudas nublan nuestra razón y nos impiden ver la realidad, la misma realidad que para otros permanece tan clara como el arroyo de una montaña.

Marcus la miró con fijeza, comprendiendo que la señora Everglott no hablaba en sentido figurado.

—Las dudas, el temor y la inseguridad no son jamás buenos aliados —continuó ella—. En especial, cuando permitimos que dirijan nuestra vida hacia la senda incorrecta.

Estaba claro que la señora Everglott sabía de lo que hablaba. Seguramente Myriam, la querida Myriam, habría tomado a su cuñada como confesora en alguna ocasión pasada, descargando en ella parte del dolor que él mismo había provocado.

Y era justo.

Si había hablado de él, de su historia en común y de lo vil que había sido al abandonarla después de ofrecerle un ciento de promesas que se llevó el viento, sería igualmente justo.

Aunque lo hubiera mencionado en los peores términos, no podía reprocharle nada cuando el único merecedor de reproches era él.

—Se expresa usted con gran sabiduría, señora Everglott, aunque me temo que mi senda de vida no ofrece ya demasiadas variantes.

—¿Usted cree? Quizá, sea momento de dejar atrás las indecisiones para dar un paso al frente, señor; el agua corre por aquí más clara de lo que usted piensa. —Le sonrió con afecto.

Marcus la observó con gratitud. A pesar de albergar conocimiento de sus horribles decisiones pretéritas, la buena mujer actuaba como una experta instrumentista y parecía conocer exactamente qué tecla tocar para hacer sonar la vieja maquinaria que zumbaba aún bajo el pecho de ese necio que la escuchaba, concediéndole alguna suerte de esperanza. Como si albergar cierta esperanza fuera todavía posible.

—¿Le agradaría entrar? —lo invitó Anne con una sonrisa benévola, confiando en haber resquebrajado la coraza del caballero—. Un té jamás le ha hecho mal a nadie...

Pero Marcus, tras un fugaz segundo de dubitación, que casi lo orilló al abismo de la claudicación, finalmente jadeó para negar con la cabeza.

—Es usted muy amable, pero me temo que debo rehusar.

Anne le miró con evidente contrariedad, enternecida ante lo que supuso timidez, precaución o respeto por parte de Bailey.

Eso decía, sin duda, mucho de él y del pesar que cargaba en sus entrañas debido a su comportamiento pretérito.

Una persona que muestra remordimientos posee alma; quien tiene alma tiene esperanza, pasión, amor y corazón.

Iba a tomarle más tiempo del que había estimado, pero Anne no pensaba rendirse.

—Está bien, en otra ocasión tal vez —concedió, resignándose a dar por finalizada la conversación.

Sin embargo, Bailey no se movió; continuó parado del otro lado de la valla, los pies anclados a la tierra, fija la mirada ceñuda en el suelo mientras rodaba el sombrero con nerviosismo entre los dedos.

Anne lo observó con curiosidad: trataba de averiguar por qué continuaba todavía allí parado y poco dispuesto, al parecer, a marcharse.

En verdad, ofrecía Bailey una imagen extraña, de puro extravío emocional, erguido del otro lado de la valla, con la mirada perdida y la cabeza agitada por el aleteo de un centenar de aves en plena revolución.

En efecto, tras algunos segundos de apresurada reorganización de emociones y sentimientos, consciente de que la mujer no era ajena a cuanto había acontecido en su pasado, Marcus exhaló en profundidad a modo de claudicación. ¿Para qué seguir torturándose? ¿Para qué continuar ocultando lo que no tenía sentido ya ocultar?

—Permítame que le cuente una historia, señora Everglott —dijo de pronto, lo que obligó a Anne a dar un respingo a causa de lo inesperado de su intervención—. ¿Dispone de unos minutos para escucharme? Le aseguro que no le robaré mucho tiempo.

Anne boqueó, sinceramente sorprendida.

—Por supuesto, señor Bailey, lo escucho.

Él cabeceó en asentimiento, sumamente agradecido ante la posibilidad de liberar su alma. Si Myriam había considerado a la señora Everglott una buena profesora, era porque la mujer merecía sin duda tal consideración.

Carraspeó, buscando las palabras adecuadas con las que iniciar su relato.

—Hace años vivió aquí cerca un hombre joven que, con sus actos, demostró no ser tan inteligente como todos creían. —Jadeó una sonrisa sarcástica—. Especialmente, como creía él mismo de sí.

Anne escuchaba atentamente. Comprendía la intencionalidad y veracidad del relato. Tal vez y solo tal vez no estaba todo perdido después de todo.

—Carecía de familia o relaciones más allá de la presencia de un pariente lejano, un anciano solitario, que fue su tutor y, finalmente, su testador. —Marcus se expresaba con gran sentimiento, volcando el alma en su inesperada revelación—. Él lo rescató cuando el muchacho quedó huérfano, lo llevó a su casa, costeó sus estudios y lo sostuvo económicamente hasta que pudo ganarse la vida por sí mismo. Lo trató como a un hijo, aunque sin revelarles ni un ápice del afecto que un padre demostraría a su único vástago. No obstante, de no ser por ese anciano, el hombre joven jamás habría sido nada en la vida, puesto que sus padres carecían de fortuna o conexiones. El anciano lo recuperó de las sombras y lo puso en el camino correcto.

Se refería al viejo Bailey, comprendió Anne, el propietario de la casa de ladrillo a la que el caballero había regresado y del que Myriam ya le había hablado.

—El anciano era un hombre recto, severo en ocasiones, particularmente estricto en lo concerniente a la disciplina y a la presencia que debía mostrarse ante el resto de la sociedad. Lo más seguro fuera que, a pesar de toda esta severidad, tan solo procurara

lo mejor para su heredero —continuó, esbozando una media sonrisa cáustica—. Aunque su concepto de lo mejor, no fuera sin duda el mismo concepto que para el joven, eso está claro.

Anne le dirigió una mirada sesgada. Empezaba a sospechar los derroteros que parecía tomar la historia. No le agradaban.

—De seguro, fuera su inexperiencia, su ausencia de mundo o, digámoslo claramente, su cobardía, lo que provocó que el joven tomara ciertas decisiones que hicieron añicos sus sueños, junto a los de quienes él amaba —Marcus suspiró, acababa de arrancarse de cuajo la espina que durante años llevaba incrustada en el alma—. Si hubiera sido valiente, si tan solo hubiera tenido el coraje de tomar sus propias decisiones... —Se silenció en el acto, mostrándose claramente conmovido—. Si hubiera hecho eso, ese joven sería hoy un hombre feliz.

Anne lo miró de hito en hito.

—¿Y qué le impide serlo todavía?

Marcus boqueó como pez arrojado fuera del agua, concediéndose un instante de titubeo. Pero, en el acto, regresó la realidad a su cabeza; la realidad no concedía opción a dudas. Esbozó una sonrisa sarcástica.

—A quienes lastimó no parecen dispuestos a perdonarlo; y es justo.

CAPÍTULO 17

Desconocía Myriam por qué aceptó asistir a cenar con los Harrison después de lo sucedido la última vez.

Tal vez, porque se lo pidió su padre a título personal, y Myriam no se sentía capacitada emocionalmente para negarse a ninguna petición de su querido y anciano padre.

Por otro lado, sabía que la señora Harrison había quedado con mal sabor de boca después de que los Everglott hubieran abandonado su casa tras el desvanecimiento de Myriam, por lo que, de algún modo, la joven se sintió impelida a resarcir a la amable señora.

Los Harrison eran buenos feligreses, a pesar de los molestos devaneos del señor Harrison con el alcohol. Sin embargo, era conocido en todo Smallton el buen corazón del matrimonio y la generosidad de su casa, de modo que, a pesar de la incomodidad del momento, todo el mundo sentía aprecio por los ancianos.

Además, en esa ocasión el señor Everglott también asistiría, por lo que Myriam accedió a acompañarlo a él y a Connor, con la esperanza de que Harrison se entretuviera conversando con su padre y dejara a un lado comentarios fuera de lugar. Con un poco de suerte, cenarían, pasarían el rato y regresarían a casa al cabo de un par de horas.

No obstante, la sorpresa de Myriam resultó considerable tras descubrir que, una vez más, tal como había sucedido en la vergonzosa ocasión anterior, Marcus también había sido convidado.

Lo que Myriam no podía saber, porque en realidad pertenecía a la privacidad de Bailey, era que el caballero había rondado a Harrison desde que había coincidido en su casa con los Everglott para asegurarse de que contaran con él cuando volviera a repetirse la invitación.

Connor saludó a Bailey con notable frialdad, pero, al menos, en esa ocasión, no apreció Marcus el brillo homicida que hasta el momento le había dispensado su otrora amigo.

Parecía que, de algún modo, se hubiera firmado una especie de tregua silenciosa entre los dos. Una tregua cuyo lacre quedaba patente a través del ligero hematoma que todavía lucía Connor sobre el puente de la nariz o Marcus en la ceja izquierda.

El anciano Everglott fue sin duda más afectuoso al ofrecerle un apretón de manos que sorprendió a Marcus. El pastor siempre había sido un buen hombre, compasivo y justo; ser consciente de eso cargó con dureza el corazón del abogado. Sin duda, tan solo él se había mostrado impropio y cruel con quienes le ofrecieron una acogida y un cariño de los que ahora, comprendía, no había sido merecedor.

No parecía el anciano albergar resentimiento hacia él, aunque, al tratarse de un siervo de Dios, resultaba comprensible entender que no había lugar para el rencor en su noble corazón.

La salutación entre Myriam y Marcus fue breve, concisa. Un cabeceo firme y seco por parte de él; una reverencia rápida por parte de ella. Las miradas de ambos se rehuyeron con urgencia.

Se sentaron a la mesa y, por caprichos del destino, Myriam y Marcus ocuparon asientos contiguos.

Tal circunstancia aceleró el pulso de Myriam e hizo que entrechocara las rodillas bajo la mesa; no obstante, procuró la joven no reflejar nada de todo lo que le sucedía. Debía mantenerse firme y

actuar con naturalidad por más que se sintiera quebrar por dentro.

Tal y como Myriam había predicho, Harrison se entretuvo conversando con su padre acerca de determinados pasajes bíblicos para, acto seguido, preguntar a Connor sobre la presencia de venados en los bosques de Smallton.

Ese nuevo tema ocupó a los caballeros durante unos buenos quince minutos y fue un lapso de tiempo que Myriam agradeció para tratar de serenarse y hacerse con la situación.

La señora Harrison le ofreció algo de conversación al preguntarle por sus sobrinos y por su cuñada, pero, enseguida, ambas se callaron para atender a sus respectivos platos.

Confiaba Myriam en pasar desapercibida durante el resto de la velada y sentirse libre de la atención de Harrison: no soportaría en modo alguno volver a ser puesta en evidencia delante de Marcus.

¡Oh, Marcus!

Se había sentado a su lado tan apuesto como siempre, tan elegante como lo había conocido en los últimos tiempos, desprendiendo esa fragancia a madera y sándalo que había aprendido a identificar con su persona.

Titánico conflicto suponía tratar de calmar los nervios que la estremecían cada vez que Marcus movía un solo músculo o, simplemente, respiraba. ¡Empeoraba cada vez que participaba en la conversación de los caballeros porque su tono bajo y grave reverberaba en los oídos de Myriam!

Ella lo observaba por el rabillo del ojo mientras intentaba en todo momento no ponerse en evidencia, permanecer serena, controlar su agitación, tomar la sopa sin sorber o beber el vino de naranja sin que resultara audible el acto de tragar.

En una ocasión, incluso, temió derramar el contenido de su copa cuando el fino pie de cristal tropezó con el plato al tratar de depositarlo en su sitio.

En su interior, se libraba además una terrible batalla: por un lado, deseaba que la velada transcurriera deprisa para poder regresar a casa, lejos de la tortura de tener al lado a Marcus y sentirlo a un tiempo tan lejos; pero, por otro lado, temía que las horas pasaran sin haber cruzado ni media palabra con él.

¿Por qué no le hablaba? ¿Por qué ni siquiera la miraba? ¿De pronto había vuelto a ser indiferente para él? ¿O acaso había sido una ilusa al pensar que podía volver a importarle?

Terminaron de cenar y se dispusieron a realizar la sobremesa en la sala.

Myriam y la señora Harrison se sentaron en un tresillo junto al fuego mientras los dos ancianos ocuparon el asiento enfrentado, con las rodillas de cara a la lumbre.

Los caballeros jóvenes se situaron de pie, cada uno a un lado de la chimenea. Marcus se situó escoltando a las damas en tanto Connor ocupó el costado de los caballeros.

Fue entonces cuando, al verla frente a frente, pareció reparar Harrison por vez primera en la joven que acompañaba a su esposa.

—¡Oh, nuestra querida señorita Everglott, aquí está! —exclamó con gran vivacidad. Su ímpetu puso en guardia no solo a la implicada, sino también a Connor y al propio Marcus—. Tan bonita, tan juiciosa...y todavía soltera.

No pudo evitar Myriam poner los ojos en blanco mientras se llevaba la copa de vino dulce a los labios para saborearla despacio, tratando de restar importancia al comentario.

Marcus permanecía muy serio; la mirada firme e inamovible reposada en Myriam.

—¿Qué clase de hombres habitan en el mundo para no considerar una mujer así y permitir que continúe soltera? —Harrison insistía en el elogio, demasiado adornado de ebriedad como para resultar agradable.

Myriam desvió la mirada a las anaranjadas lenguas de fuego, agradecida sin duda de que su cercanía provocara los rubores de su rostro y que, de algún modo, pudiera disimular así a los que acababan de asomarle en las mejillas, consecuencia desagradable de la vergüenza.

—Una sarta de hombres estúpidos, está claro —intervino Marcus.

Su comentario, amén de la firmeza del tono, captó la atención de Myriam y, en realidad, la de todos los presentes.

Aunque fue sin duda la mirada anhelante de la señorita Everglott, adornada de sorpresa y desconocimiento, la única que enlazó con los oscuros orbes que la sostenían.

Harrison estalló en una carcajada sonora fuera de lugar aplaudiendo el comentario de Bailey.

—¡Concuerdo, joven! ¡Está usted completamente en lo cierto! —añadió, encarnado como un ruibarbo—. Espero que, al menos, aparezca uno lo suficientemente espabilado para remediarlo; de lo contrario dudo mucho de que exista esperanza alguna en lo concerniente a la cordura de nuestro género. —Le guiñó un ojo a Bailey con clara intencionalidad.

Connor carraspeó para desviar la atención de los presentes, aunque Marcus y Myriam se encontraban tan perfectamente imbuidos el uno en la otra como para ser conscientes del resto de la humanidad.

Por fortuna, funcionó con Harrison, quien enseguida animó al joven Everglott a servirse otra copa de brandy para aligerar la carraspera.

Myriam, cuyos colores impregnaban con fuerza a sus mejillas, desvió la mirada al suelo, confundida ante la marejada de emociones que la atacaron de golpe.

¿Por qué había dicho Marcus lo que había dicho?

* * *

Myriam abandonó su asiento para cruzar la sala y situarse frente a la ventana. Dejó a su espalda conversaciones variadas que a ella poco o nada aportaban. También pretendía dejar atrás la desazón ante la penetrante mirada de Marcus, de la que era plenamente consciente, amén de sus últimas palabras, que sin duda la habían descolocado por completo.

Movió ligeramente los visillos a un lado y observó el patio de los Harrison bajo la luz argentada de la luna creciente.

Las formas geométricas de los setos recortándose contra la negrura nocturna la distrajeron durante un rato: al menos, hasta que la voz grave y cadenciosa de Marcus sonó a su lado.

—Una noche hermosa y serena —apuntó quedamente el caballero.

Myriam desvió la mirada para observarlo. Él contemplaba el jardín a través de la abertura que la joven había obrado en los visillos. Su perfil era tan hermoso y varonil que estremecía. De hecho, sacudió el corazón de Myriam y le apretó el estómago, lo que le provocó un estado de nervios difícil de controlar.

Tal vez por eso y por saberse incapaz de controlar la intensa marejada que golpeaba en su interior, se encontró de pronto hablando cuando no había esperado o pretendido decir nada.

—Una vez me preguntó acerca del sermón de mi padre en el que se hablaba del perdón...

Se silenció de golpe sin terminar la frase, porque ella misma se extrañó de su intervención.

Marcus volvió el rostro para mirarla con gesto de sorpresa, puesto que no había esperado semejante apunte a esas alturas.

En realidad, no había esperado gran cosa aparte de su indiferencia.

Se había acercado a la ventana simplemente para tratar de aprovechar los últimos momentos en casa de los Harrison, ya que sabía que pronto debían retirarse y no deseaba abandonar la velada sin haber mantenido al menos una conversación de provecho con Myriam.

Necesitaba saber si podía alimentar algún tipo de esperanza o si, por el contrario, estaba todo perdido en lo que al corazón de Myriam se refería.

—Usted me respondió que no todo el mundo poseía la capacidad de perdonar, en especial cuando el daño infringido superaba lo tolerable —apuntó él—. Sí, lo recuerdo.

Myriam asintió y devolvió la mirada al exterior.

Fue el turno de Marcus de observarla con fijeza.

De admirar ese bello perfil; los rizos apretados que enmarcaban su cara de luna llena, las cejas largas y bien trazadas, los ojos rasgados de largas pestañas oscuras, los pómulos altos, la nariz correcta, la

barbilla prominente. Seguía siendo tan bella como la recordaba, pero se acrecentaba ahora su belleza con la serenidad de la edad adulta.

—¿Sigue pensando lo mismo?

Myriam se tomó unos segundos para considerar la respuesta. Cuando Marcus se imaginó que no habría más intercambio entre los dos, ella negó despacio.

—Pienso ahora que todo el mundo posee la capacidad de perdonar —dijo con suavidad—; tan solo es necesario encontrar en el interior de cada cual la disposición para hacerlo. De hecho, estoy más que convencida de que en el perdón se encuentra el verdadero descanso del corazón.

Marcus inhaló profundamente por la nariz. ¿Quería con eso decir que lo había perdonado? ¿Que se encontraba al menos dispuesta a hacerlo? ¿Existía esperanza para él después de todo?

—Durante el baile de San Miguel usted se equivocó en algo que dio por supuesto —dijo él de pronto, lo que obligó a Myriam a volver el rostro para ofrecerle una mirada interrogante—. Sí existen remordimientos, muchísimos, señorita Everglott; nunca han dejado de existir.

CAPÍTULO 18

¡Cuál no sería la sorpresa de Marcus cuando, a la mañana siguiente y demasiado temprano para ser considerada visita de cortesía, el servicio le advirtió que lo esperaban en el recibidor desde hacía un buen rato!

¡Y cuán infinito resultaría su posterior desconcierto cuando descubrió que la visita era nada menos que Connor Everglott!

Allí se encontraba el hombre, parado en medio del recibidor, ataviado con un frac verde musgo desabrochado, abultado lazo de *cravat* sobresaliendo sobre el chaleco y lustradas botas de cuero.

Perfectamente erguido y arrollador en su pose, a pesar de contar con una estatura inferior a la del propio Bailey.

Así era el Connor que él había conocido: un pequeño guerrero dispuesto a enfrentarse al mundo con las armas que le fueran concedidas sin esperar preferencias o bondades inmerecidas.

Marcus se encaminó hacia él, dispuesto a aprestarse para lo que sobreviniera. Como conocía a Connor, su carácter impetuoso, la inquina que le profesaba y el anterior desencuentro acontecido entre los dos, no podía albergar Marcus esperanzas de una visita amable.

Por eso, tal vez, decidió que lo mejor sería no andarse por las ramas y acabar con semejante coyuntura cuanto antes.

—Si has venido a llamarme la atención por hablar con tu hermana en casa de Harrison —dijo en un tono perfectamente serio—, te advierto que no pienso pedirte disculpas, Everglott; que, de hecho, hablaré con ella cada vez que ella lo admita.

Connor escuchó su discurso sin interrumpirlo y sin componer tampoco expresión alguna capaz de delatar sus emociones. Permanecía impasible observando a Bailey con la barbilla en alto y los párpados entornados: mantenía de ese modo una pose desafiante.

Marcus continuó:

—En cambio, si lo que quieres es volver a pelearte conmigo... —Se pausó un instante, consciente de que podía encararse hacia un abismo del que no había vuelta atrás—. Si eso quieres, estoy más que dispuesto a aceptar lo que dispongas en caso de que tu condición para evitarlo sea que me aleje de la señorita Everglott.

Connor enarcó ambas cejas, sinceramente sorprendido ante lo que acababa de escuchar.

—No pienso alejarme, Everglott —sentenció—. Esta vez, mi decisión es firme.

Connor jadeó una risotada.

—¿Antes no lo era?

Marcus trató de ignorar la pulla. Cerró las manos en puños y tragó seco sin aflojar un ápice la firmeza de su posición.

No obstante, Connor no parecía disponer de un ánimo belicoso en esa visita.

Ante la ausencia de respuesta por parte de Marcus y a la vista de la rigidez afectada que mantenía en su gesto, Everglott asomó una sonrisa que desconcertó a su contertulio.

—Relájate, Bailey, te noto bastante tenso —añadió con cierta fanfarronería.

—No es mi deseo pelear contigo —aclaró Marcus—, pero tampoco lo es permanecer al margen de la vida de Myriam.

Connor espurreó una risotada.

—Ahora es Myriam...

Marcus frunció el ceño.

—Siempre ha sido Myriam.

—¿Incluso cuando decidiste abandonarla?

Marcus se silenció, porfiando en su ceño fruncido la severidad.

—Tú no quieres pelear —prosiguió Connor—. Y yo estoy cansado de maldecirte todos y cada uno de los días de mi vida; te aseguro que resulta agotador, que acaba minando la entereza de cualquiera. Soy un tipo mayor ya para estos trasiegos, Bailey; deseo descansar.

La sorpresa consiguió desencajar la expresión de Marcus, lo que provocó en su cara un gesto de completo desconcierto.

—Al parecer, tendré que sufrir verte revolotear alrededor de mi hermana una y otra vez...

Marcus lo miró un largo instante antes de responder.

—Tendrás que hacerlo —afirmó— si ella me permite acercarme.

Connor meneó la cabeza al tiempo que jadeaba una sonrisa cáustica.

—¡Pobre de mí, entonces!

De nuevo Marcus tragó seco.

Era la segunda vez en pocas horas que se atrevía a forjarse esperanzas en base a las palabras que le eran dispensadas; primero, por parte de la propia Myriam, ahora en labios de su hermano.

Quería pensar que no era una ilusión, que Myriam podría perdonarlo, que le sería concedida la oportunidad de cortejarla de nuevo, como cuando eran chiquillos y el futuro parecía pertenecerles.

Tal perspectiva consiguió dar alas a su corazón y elocuencia a su discurso.

—Hablaré con Myriam si accede a escuchar lo que pretendo decirle, que no será otra cosa más que la verdad que reside en mi corazón —expresó con la urgencia que acompaña a los nervios—. Pero a ti también te debo una explicación, porque éramos amigos e igualmente te decepcioné.

—Lo hiciste —Connor asintió—, pero yo no necesito explicaciones, ya no. —Torció los labios en una sonrisa socarrona—. No me importas tanto como para necesitarlas, cretino. Me sentiré satisfecho siempre y cuando Myriam encuentre una respuesta a todo el dolor que empañó su vida durante diez largos años. Nunca se mereció tanto sufrimiento.

—Mi corazón tampoco estuvo falto de dolor, Everglott, aunque en mi caso fue merecido, lo sé, lo admito. —Marcus tomó aire antes de continuar—. El anciano Bailey era un buen hombre, pero un tanto prejuicioso y elitista...

Connor bufó.

—La vieja historia, aunque creí que sería demasiado vieja como para tener cabida en nuestros días.

Marcus inclinó la cabeza, sintiéndose avergonzado ante su propia cobardía.

—Lo más lamentable fue que tú te prestaras a concederle fundamento —continuó Connor—. Creí que estabas por encima de esos viejos prejuicios, propios por demás de otro tipo de personajes; creí que nos conocías bien, que Myriam significaba para ti mucho más que toda esa sarta de convencionalismos.

Quiso Marcus protestar, quiso mostrar su punto de vista y justificarse de cualquier modo, pero se silenció en el acto puesto que era obvio que estaría negando lo innegable.

Había fallado, sí, él mismo había accedido a formar parte de una idea prejuiciosa y esnob originada en la mentalidad de un anciano para quien no todo el mundo se encontraba a su altura. No existía justificación alguna a su cobardía.

—Yo...

—Te repito que yo no preciso explicaciones, Bailey —lo cortó Connor—. Ofréceselas a Myriam; que sea ella quien decida si mereces su perdón.

CAPÍTULO 19

Anne miraba a un lado y a otro del camino. Conservaba, por supuesto, una cierta actitud disimulada en su actuación, mientras procuraba mantener el paso para permanecer al lado de Myriam, asunto que no resultaba por demás complicado puesto que la joven caminaba con andares distraídos, embebiéndose con la belleza armoniosa del paisaje.

Por el momento, no había señal alguna de la persona a quien esperaba.

Suspiró, siempre actuando con gran disimulo, mientras trató de mantener la mirada y la atención al frente, aunque por el rabillo del ojo continuara muy pendiente de cualquier movimiento que se produjera alrededor.

Confiaba en que se presentara.

O mucho la había engañado la última vez que se vieron o estaba convencida de que no desaprovecharía la oportunidad.

Si lo hacía, entonces ella se rendiría definitivamente, resignada a saber que todo estaba perdido y que ya no había esperanza para esos dos.

¡Sería tan lamentable conformarse con la idea de que no hubiera esperanza!

Miró a Myriam, perfectamente distraída con la vegetación que las acompañaba durante su paseo. Sonrió con afecto, a pesar de que ella no pudiera percibir el gesto.

Ojalá el paso que había dado trajera paz y felicidad a la vida de su cuñada, ojalá su destino cambiara de una vez por todas otorgándole lo que siempre había merecido y se le había negado.

Desde luego, confiaba Anne en que esa tarde se resolviera de una vez por todas el futuro de Myriam y Marcus Bailey. De lo contrario, su iniciativa no habría servido de nada.

Su esposo David conocía de primera mano esa aspiración secreta.

Él la había sorprendido en la alcoba, mientras escribía una nota al señor Bailey. Aunque, en principio, David se sorprendió de la decisión de su esposa, una vez que ella le hubo explicado cuanto debía saber –omitió, por supuesto, las confesiones de índole privada de Myriam–, el mayor de los Everglott se limitó a besar la frente de Anne y darle las gracias por tomar cartas en un asunto en el que ni él ni Connor habrían sabido cómo actuar.

La señorita Everglott y yo misma pasearemos por el sendero que bordea el sotillo más o menos a la hora que le indico. Puede que considere usted la posibilidad de salir a disfrutar del aire fresco y la luz otoñal a esa misma hora y por ese mismo lugar, señor Bailey.

* * *

Ajena a los pensamientos y anhelos de su cuñada, Myriam caminaba silenciosa y meditabunda, pendiente tanto del melodioso cántico de los pajarillos entre el follaje como del agradable sonido que producía la densa alfombra de hojarasca bajos sus pies.

Pensaba en la cena en casa de los Harrison y en lo que Marcus le había dicho allí, junto a la ventana.

Le alegró descubrir que sí hubo remordimientos tras su separación. De algún modo, aunque resultara ingenuo y estúpido de su parte, saber eso la confortó.

Le habría dolido pensar que Marcus jamás se arrepintió de lo sucedido, porque eso la obligaría a atribuirle una falta de sentimiento y corazón que ella no deseaba otorgarle. Se negaba a pensar, después de todo, que no había sido nada para él.

Por lo tanto, saber que sí existieron remordimientos, resultó un bálsamo de aceite para la herida del corazón.

Anne se detuvo de pronto.

Lo apreció Myriam por el rabillo del ojo.

Esa pausa repentina la obligó a regresar a la realidad para comprender lo que estaba sucediendo.

El corazón se saltó un latido cuando descubrió la figura alta y apuesta de Marcus Bailey parado frente a ellas en mitad del camino.

El caballero, fija la mirada en los verdes jades que lo observaban con anhelo, ofreció un cabeceo a ambas damas en señal de cortesía.

A un tiempo, ellas respondieron a la distinción cordial con sendas reverencias.

No se percató Myriam del intercambio cómplice de miradas entre sus acompañantes, bastante ocupada se encontraba tratando de mantener una respiración acompasada y desoír al tiempo el violento zumbido del corazón.

—Buenas tardes, señor Bailey, ¡qué agradable sorpresa encontrarlo por aquí! —dijo Anne con gran regocijo. Había asistido, no la había decepcionado: eso era lo importante.

—Buenas tardes, señora Everglott. —Devolvió Marcus la mirada a Myriam, que le había sido rehuida tan solo para saludar primero a Anne—. Señorita Everglott.

Myriam forzó la sonrisa. A sus avezados veintisiete años, se encontraba de pronto tan nerviosa como una debutante.

—Ya que se ha sucedido esta maravillosa casualidad —intervino Anne, la artífice del encuentro—, ¿le agradecería acompañarnos?

Myriam contuvo el aliento, pero permaneció al pendiente de la respuesta de Marcus.

“Que diga que sí, que diga que sí...”, se encontró pensando. Aunque si decía que “sí” probablemente acabara sufriendo un colapso nervioso.

—Por supuesto, será un placer.

Un suspiro de alivio se sucedió en el interior de Myriam quien, sin poderlo evitar, se llevó una mano al pecho para tratar de calmar el inflamado corazón. Acto seguido, se apresuró a disimular el gesto acariciando la liviana gasa que le cubría el escote.

Marcus se situó entre ambas damas para reanudar juntos el paseo, pero Anne se las ingenió para, poco a poco, con notable disimulo, ir quedando rezagada del par mientras fingía entretenerse con la

contemplación de alguna especie vegetal o deleitarse con el aroma de las flores silvestres que crecían en los lindes del camino.

En un momento dado, a la vista de que Marcus y Myriam no parecían muy animados a entablar conversación, se decidió a promover un instante de intimidad completa a la pareja.

Para eso, tuvo que aguardar unos minutos mientras continuaban caminando hasta alcanzar el objetivo de Anne. Una vez llegado al punto idealizado, la dama llamó la atención de los dos.

—¡Oh, me gustaría adentrarme en ese sotillo para recoger algunas castañas! —explicó, señalando un bosquecillo a su diestra—. A los pequeños les encantan asadas e incluso escaldadas. —Dirigió la atención a Marcus—. Si no le importa escoltar aquí a Myriam mientras yo me ausento unos minutos, mis hijos se alegrarán mucho con la sorpresa...

Myriam se apresuró a añadir:

—Pero podemos ayudarte a recogerlas, Anne, así terminaremos antes...

—¡En absoluto, querida Myriam! —Negó realizando un aspaviento con la mano—. Tan solo serán unas poquitas, las que pueda guardar en mi ridículo, así que no merece la pena que nos adentremos todos en el sotillo y nos manchemos de tierra el calzado. Si el señor Bailey es tan amable de acompañarte mientras yo realizo mi recolección, le estaré muy agradecida.

Marcus cabeceó a modo de asentimiento.

—Con gusto, señora Everglott. —De nuevo intercambiaron una mirada cómplice que tampoco Myriam apreció esa vez.

—No tardaré nada...

Se alejó Anne hasta que su silueta pasó a formar parte de la hermosa acuarela que ofrecía el bosquecillo de castaños.

Myriam enlazó las manos frente al talle, miró al suelo y suspiró.

No sabía qué decir ni cómo iniciar una conversación con Marcus y, si algo tenía claro, era que no deseaba permanecer en silencio a su lado hasta que la circunspección los ahogara a ambos.

¡Había tanto de lo que hablar! ¡Tanto sentimiento encogido y silenciado! ¡Deseaba tanto que todo se arreglara entre los dos! ¡Oh, Dios, había soñado tantísimo con un momento así!

Por fortuna, fue Marcus quien dio un paso al frente, como le sugiriera Anne durante su última conversación.

Al fin y al cabo, tal vez, como la dama había sugerido, el agua corriera más clara de lo que él suponía.

—Señorita Everglott. —Ella volvió rauda la mirada a la persona que le hablaba—. Myriam... —Los colores inundaron las mejillas femeninas—. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, te ruego que me concedas un instante de tu vida si te parece bien.

Myriam, acelerado el corazón y oprimidas las entrañas, sonrió con nerviosismo. ¡Volvía a tutearla!

Como en los viejos tiempos, como antes de que la calamidad se cerniera sobre ellos, como cuando eran tan solo Myriam y Marcus.

¡Oh, si alguien pudiera adivinar la violencia con la que temblaban las piernas y se le entrechocaban las rodillas! ¡Si alguien conociera el dolor que atoraba su columna, consecuencia de la tensión del momento, obligándola a permanecer rígida como cuerda de arpa! ¡Si alguien pudiera escuchar los latidos frenéticos del corazón,

golpeándose sin concierto contra la carcasa ósea que lo resguardaba! ¡Si pudiera dominarse ese aliento apresurado que le apretaba el pecho y amenazaba con ahogarla!

—Hable —dijo ella apenas sin voz—; lo escucho...

—Myriam... —comenzó diciendo, pero, en el acto, se silenció para humedecerse los labios, de pronto demasiado secos—. Debemos hablar acerca de lo que sucedió hace diez años, cuando me comporté como un imbécil.

Myriam inhaló una corta bocanada que retuvo durante algunos segundos en los pulmones.

—Aquella carta...

Marcus negó con la cabeza, ceño fruncido a severidad. Cerró las manos en puños a los costados y exhaló su alma entera.

—No tengo perdón, lo sé —se lamentó—. Fue una absoluta cobardía de mi parte escribirla y esperar que resultara el sello apropiado para justificar un comportamiento inaceptable. —Se llevó uno de los puños a la boca para, presa de la desesperación, apresar los nudillos entre los dientes. Durante un instante prensó hasta provocarse daño—. Imagino que la quemarías hasta verla reducida a cenizas...

Myriam exhaló, temblando como vara verde. Su cuerpo entero se vistió bajo la ropa de dolorosa piel de gallina.

—Conservo todas y cada una de tus cartas, Marcus...

Su voz sonó más trémula de lo esperado, sus ojos permanecían velados por la presencia inminente de las lágrimas que los copaban. Sus piernas se sentían a punto de fallar.

Marcus jadeó, impactado.

Myriam acababa de tutearlo al tiempo que revelaba haber conservado toda su correspondencia luego de una larga y penosa década. Eso lo desarmó por completo. De no ser porque en base a su condición se sentía obligado a mostrar entereza y hombría, se habría derrumbado allí mismo, a los pies de esa gran mujer.

¿Cómo había osado él infravalorar el sentimiento y el corazón de la muchacha de apenas diecisiete años de otrora cuando acababa de demostrarle una constancia y una lealtad de la que él mismo había carecido? ¿Cómo había sido tan estúpido de menospreciar la grandeza de aquel valiente corazón femenino? ¿Cómo no había percibido que en ella habitaba una tenacidad de la que él carecía, una constancia como la del mar que, no tan lejos de allí, se movía sin distinguir el día de la noche?

—¿Cómo pudiste hacerlo? —La voz de él también sonó convulsa y vacilante—. ¿Cómo fuiste capaz de encontrar dentro de ti el valor y el corazón para conservar lo que te había provocado tanto daño? —Su voz sonó seguida de un quejido—. ¿Por qué quisiste guardarlas, Myriam?

Una lágrima solitaria descendió la ardorosa mejilla femenina. La barbilla principió a temblar en la ardua contención del llanto, así que, de pronto, tratar de contenerlo resultó por completo impensable.

De ese modo el alma de Myriam se desbordó a través de los ojos anegados.

—No lo sé —admitió entre lágrimas—. Simplemente no podía tirarlas. Si lo hacía sería como olvidar todo lo que hubo entre nosotros. Conservar esas cartas me ayudó a comprender que había sido real, tan real como el dolor que después me desgarró el alma.

—Fue real, Myriam, muy real...

Myriam se llevó las manos a los labios para tratar de contener los sollozos sonoros que le sobrevinieron, a tropel y en ascenso, desde lo más profundo de su ser.

—Nosotros lo éramos, de igual forma que lo era también todo cuanto sentíamos...

—Entonces, ¿por qué te fuiste? —sollozó—. ¿Por qué dijiste que ya no me querías? ¿Por qué me dijiste que tu corazón pertenecía a otra parte?

—Ya te confesé que mentí. —Marcus se llevó la mano al cuello para aflojar con brusquedad el nudo del *cravat*. Sentía que se ahogaba de puro nervio y que el aliento convulso le quemaba el pecho—. Debía mentirte, debía hacerlo para que te resultara más sencillo olvidarme, olvidarlo todo. Si conseguía que me odiaras, sería más fácil y más rápido para ti.

Myriam boqueó como pez arrojado fuera del agua. Las lágrimas seguían corriendo y deslizándose por su rostro como un manantial desbordado del cauce.

—Te equivocaste —le retrucó. Los hombros descendieron de golpe, el alma entera cayó hasta sus pies—. No fue sencillo, ni tampoco rápido.

Fue tiempo de que Marcus replegara los labios al interior de la boca y tragara las lágrimas silenciosas que principiaron a surcarle rostro.

—Fui un estúpido —repitió—. Merezco que me odies.

—Te he odiado durante tantas noches que casi llegué a olvidar todos los días que te amé.

La oscura mirada, velada por las lágrimas e inclinada hasta el momento, se alzó hacia Myriam.

—Yo nunca dejé de amarte, Myriam.

Ella sollozó tan hondo y sentido que casi se quebró.

—Fuiste dolor, Marcus, tanto dolor que pudiste doblegarme. Quise morirme todas y cada una de mis noches, cuando el corazón despertaba del letargo diurno y los recuerdos afloraban. —Trató de mantenerse en pie, aunque resultaba complicado disponer de una cierta entereza o siquiera de la dignidad necesaria después de semejante declaración. Por eso quizás perdió pie un segundo antes de recuperarse y abrazarse a sí misma en un intento de sostenerse—. No entiendo nada... —jadeó, negando con la cabeza al borde del desvanecimiento—. ¿Por qué...?

Marcus, consciente de la debilidad de la muchacha, dio un paso al frente para tomarla de las manos y de ese modo enlazar su mirada. Esas pupilas, negras y brillantes, consiguieron sostenerla y mantenerla a salvo del insondable abismo al que se había asomado.

—No puedo culpar a nadie de algo que solo debiera atañerme a mí; al fin y al cabo, yo contaba con veintidós años por aquel entonces; no era ningún niño: debí comportarme como un hombre —empezó relatando Marcus. Myriam permanecía atenta a su mirada y a sus palabras—. Pero dependía por completo del anciano Bailey. Él costeaba mis estudios. Todavía no había terminado mi carrera en aquel tiempo. Sin su apoyo económico yo jamás hubiera prosperado. Y necesitaba terminar la carrera para forjarme un futuro, de otra forma, ¿qué podría hacer con mi vida? —Marcus jadeó, recobrando arrojo para continuar, aunque reconocer su dependencia económica en el pasado y, de algún modo, admitir que había cambiado su relación con Myriam por un futuro acomodado lo retrataba más que nunca como un completo y soberano cobarde. Una persona de la que hoy en día él mismo se avergonzaba profundamente—. Él sabía de nuestra relación y, simplemente, me sugirió ponerle fin. Dijo que se trataba de una chiquillada, de un completo sinsentido, que a mí me esperaba un futuro brillante en el mundo de la abogacía, que

encontraría mejores oportunidades allá fuera y que tú eras demasiado joven para que la ruptura supusiera una afrenta tan grave. Dijo que me olvidarías rápido y que retomarías tu vida sin el menor problema, que aparecería cualquier muchacho proponiéndote matrimonio y todo quedaría atrás.

Myriam negó con la cabeza, ceño fruncido a severidad.

—Ya ves que se equivocó...

—Nos equivocamos los dos.

Myriam aspiró una honda bocanada. Trataba de recuperar la lucidez y ordenar los pensamientos que se atropellaban dentro de la cabeza. Había cosas que escapaban por completo a su raciocinio.

—Pero, el anciano Bailey... se llevaba bien con mi padre. No lo comprendo. Yo creía que era amigo de nuestra familia.

—Todo el mundo se lleva bien con el pastor Everglott —admitió Marcus—. Una cosa, sin embargo, es mantener una relación correcta y cordial; otra es emparentarse, unir lazos familiares, blasones y apellidos. Él deseaba algo más que la hija de un humilde pastor rural para quien sería su único heredero.

—Y tú le hiciste caso.

Marcus inclinó la mirada. Cerró los ojos, aplastando bajo los párpados todas las lágrimas allí acumuladas. Eran muchas.

Tras una profunda inhalación, Myriam liberó las manos y se soltó, aunque sin brusquedad alguna en su gesto.

De alguna forma, supo que necesitaba concederse espacio para pensar con claridad; no obstante, no se alejó.

Continuó de pie ante Marcus, observándolo con fijeza, tratando de leer en su alma a través de las pupilas de brea empañadas por las lágrimas allí asentadas.

Marcus reaccionó a ese gesto mirándola con aceptación.

Myriam debía de sentirse terriblemente decepcionada de él. Era justo. Antes, lo habría imaginado, ahora por fin tenía la certeza de que había sido un cobarde y de que no había sabido luchar por su amor, relegándolo a un segundo plano, anteponiendo profesión y futuro a su propia historia, la que los dos habían forjado.

—¿Crees que puedes hoy perdonar a aquel joven cobarde e inexperto de veintidós años, Myriam Everglott?

Ella continuó mirándolo, desgranando sus sentimientos y emociones, deseosa de profundizar en las de él. Ahogada en su propia sensibilidad.

—Si pudiera, yo mismo regresaría atrás y le propinaría una soberana paliza por estúpido, pero no puedo hacerlo, ya lo ves. Lo único que puedo hacer es, como hombre que soy hoy, asegurarte que mi corazón sigue sintiendo con la misma intensidad que lo hacía entonces.

Myriam exhaló. ¿Podía perdonarlo?

Él ya no era el muchacho de antaño, ya no era aquel chico que le había roto el corazón después de habérselo entregado ella con absoluta devoción.

Tampoco ella deseaba continuar siendo la mujer resentida y encenagada en un rencor profundo que llevaba existiendo diez largos años, cuando a día presente se sabía poseedora de un corazón que todavía palpitaba por y para Marcus Bailey.

¿Por qué negarlo?

Siempre había sido por él. Siempre para él.

—¿Es demasiado tarde para nosotros, Myriam? ¿Crees que tu corazón puede aún corresponder al mío?

De nuevo, Myriam exhaló; remató la exhalación con un gemido.

—Quise olvidarte, quise odiarte, de verdad que lo intenté con todas mis fuerzas...

No terminó. La emoción se apoderó de ella y la silenció de golpe con un sollozo abrupto.

Sin mediar palabra, Marcus se acercó lentamente, con timidez, con miedo a ser rechazado, consciente de que un paso en falso podía destrozar lo que pretendía recuperar tanto tiempo después. Sin embargo, a la vista de que Myriam no se movía ni imponía distancia entre los dos ante su acercamiento, a la vista de que esos ojos de jade brillantes y vibrantes se enlazaban aún los suyos, continuó el avance hasta que los labios se encontraron.

Fue un beso casto y fugaz al principio; un beso que ejerció de antesala al verdadero sentimiento que se abriría paso después.

—¿Es demasiado tarde? —susurró él sin dejar de mirarla.

—No, Marcus, nunca lo fue —musitó sonrojada—. Tú siempre has estado dentro de este corazón.

Una lenta sonrisa curvó los labios de Marcus, una que se vio reflejada en la de ella.

Dos sonrisas consolidaron entonces la realidad que palpitaba todavía y con más fuerza que nunca en sus corazones, porque ya no eran dos jóvenes inexpertos y titubeantes jugando al amor, ahora eran dos adultos dispuestos a entregarse al otro con un amor sereno, apacible y maduro.

Todavía podían tener mucho futuro por delante para ellos dos.

No lo pensó, acunó el rostro de su amada entre las manos y, mirándola con ese amor que siempre mantuvo vivo en su corazón, reclamó de nuevo sus labios con renovado ardor.

Volcó en ese beso todo el deseo y la pasión que esa hermosa mujer despertaba en él; se bebió su aliento cuando ese pequeño cuerpo, tembloroso y cálido, se pegó al suyo. Ella jadeó en la boca de Marcus como si buscara aire. Una boca que ella había anhelado durante tanto tiempo, que ahora le demostraba sin necesidad de palabras lo mucho que la amaba.

Le demostraba que nunca había dejado de amarla.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, y siempre, es un grandísimo honor y un inmenso placer que mis desvaríos románticos, que mis sueños decimonónicos puedan tomar forma y ver la luz bajo el sello de Vestales. Siempre habrá historias dulces y románticas para los lectores en mi tintero y en mi corazón.

Gracias a mi editora por creer en mí, y gracias mil por hacer un lugar a mis letras en el precioso abanico de sueños de la editorial.

Gracias a mis chicas del otro lado del océano, siempre cercanas y cariñosas, y siempre fieles a mi pluma: Anabel Reyes, Patricia Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Silvana Alayon, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, María Florencia Pescetto, Mónica Flores, Anette Rodríguez, Mika_Books, Raquel Canavese, Denisse (Aquileyendo), Nora Báez...

Gracias a las Lectoras Insurrectas por tantísimo cariño, y a todas las maravillosas lectoras que conocí a través de ellas: Mabby, Miriam Bonardini, Marcia Galarza, Adriana, María José, Débora Cinnalli, Débora Silva, Conchi Chazarra, Danisa Luna, MariNieves Aquino, Gabriela López... Os amo a todas.

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias: Claudia Cardozo, Julianne May, Nieves Hidalgo, Marta Luján, Ana F. Malory, Ana Ordóñez, Silvia Soliño, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina

Andrés, María José Alcaraz, Ana Fernández, Sabela y Lucía, Marta Fernández, Laura Sánchez, Marisa Paz, Alejandra Macol, Isabel Meléndez y María Teresa. Gracias por acompañarme siempre.

Gracias Kelly Dreams, por tanto, por tanto...

Gracias a mi niña Elizabeth y a Diego, por tanta vida y tanta luz.

Y gracias a ti, lector, que una vez más me acompañas en mis desvaríos románticos.

Ojalá que cada vez que deslizas la mirada por las líneas que escribo te sientas mucho más cerca de esa época decimonónica que tanto amo.

*A aquellas tres cosas que los Antiguos
consideraban imposibles
debería sumársele esta cuarta:
hallar un libro impreso sin erratas.
Alonso de Cartagena (1384-1456)*